

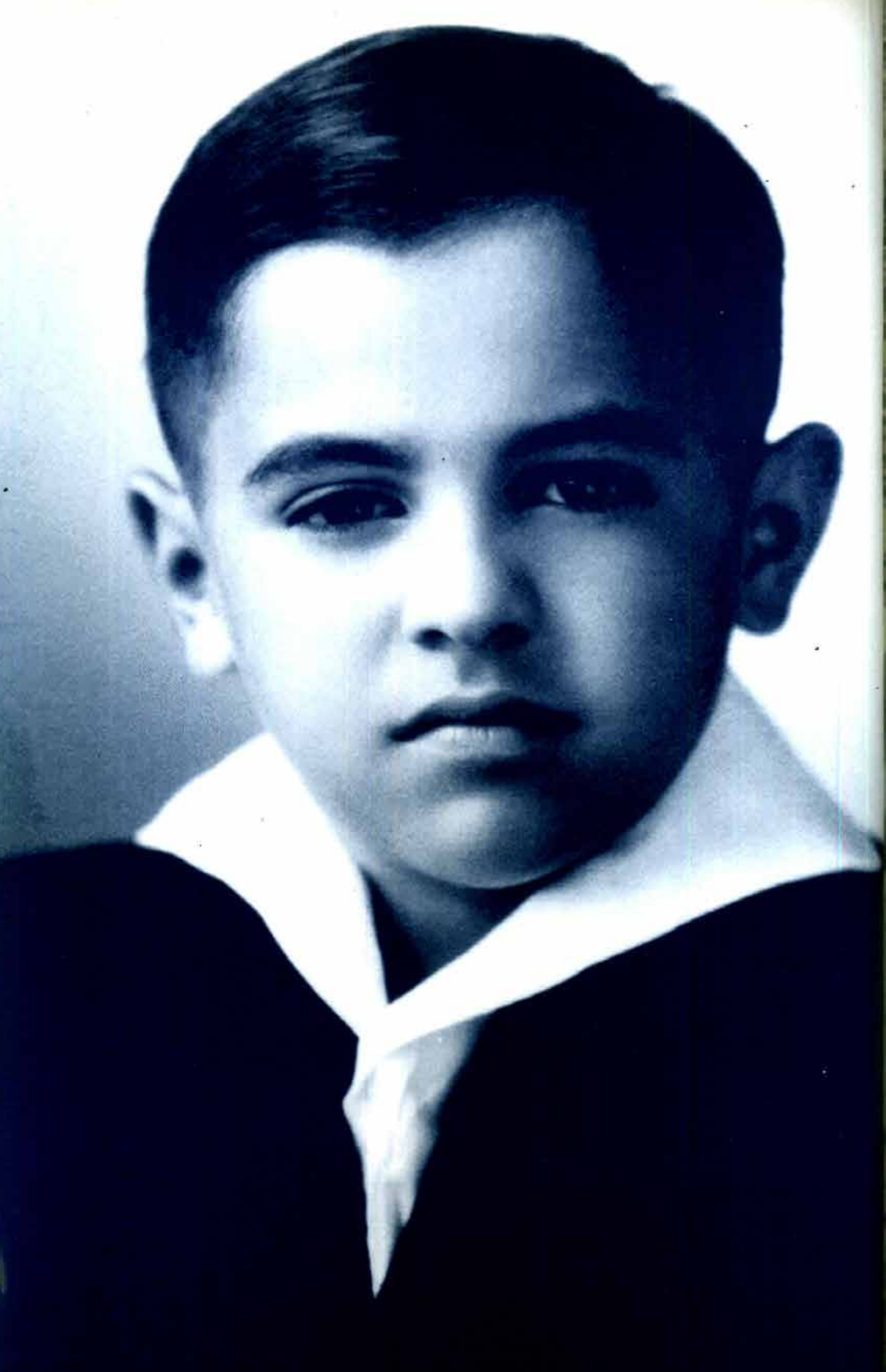
Diario

DE CAMPO

SUPLEMENTO No. 22 OCTUBRE 2002

Carlos
Navarrete





ÍNDICE

- 3
El Viaje de la Uva
- 4
Carlos Navarrete
Roberto Díaz Castillo
- 6
Mi compadre Carlos Navarrete Cáceres
-los años juveniles-
Dra. Beatriz Barba de Piña Chán
- 9
Así siento, Carlos Navarrete
María José Con
- 12
Algo más sobre mi "cuate" Carlos
Jorge Angulo
- 16
Reciprocidades
Alfredo López Austin
- 21
Carlos Navarrete o cómo recuperar
el interés por la poesía
Manuel Gándara
- 26
Carlos Navarrete, amigo,
colega y compañero
Jaime Litvak King
- 27
Medio siglo de amores...
(es que también hay amores entre amigos
a veces más largos que los otros)
Beatriz Braniff
- 28
Arqueología como antropología:
la enseñanza del maestro Carlos Navarrete
Lynne S. Lowe
- 30
Carlos Navarrete Cáceres
Enrique Franco Torrijos
- 32
Carlos Navarrete Cáceres
Constantino Reyes-Valerio
- 33
Una carta a Carlos Navarrete
María Elena Ruiz Aguilar
- 34
Carlos Navarrete. Su nombre es vivencia
Emilio H. Quesada A.
- 35
Carlos Navarrete Cáceres
Noemí Castillo Tejero
- 36
Para el homenaje al profesor Carlos Navarrete
Robert Cobean
- 37
Carlos Navarrete: luchador, conversador, conferencista,
arqueólogo, etnólogo, historiador, escritor y amigo
Julieta Arechiga V.
- 39
Carlos Navarrete
Trinidad Pulido
- 42
La aportación de Carlos Navarrete
a los estudios de religiosidad popular
Bolfy Cottom
- 48
Recuerdos compartidos
*Iker Larrauri
Mayán Cervantes*
- 52
Vida académica del Dr. Carlos Navarrete
Pedro Jiménez Lara
- 55
Carlos Navarrete y el quehacer humano
Marcia Castro-Leal Espino
- 56
Carlos Navarrete Cáceres
Iván Urdapilleta C.
- 57
Para Carlos Navarrete
Yosahandi Navarrete Quan
- 58
Retrato hablado, Carlos Navarrete
Adrián Márquez Hernández
- 59
Por la senda del cristo negro
(a propósito de una conferencia)
José Barnoya
- 61
Mi querido Maestro:
Roska (Rosa Guadalupe de la Peña Virches)
- 62
Carlos Navarrete:
Los arrieros del agua
Alfonso Villa Rojas
- 65
Los Santos Patrones
Jesús Morales Bermúdez
- 69
Una novela chiapaneca: *Los arrieros del agua*
Carlos Illescas
- 72
El arqueólogo prefigura su tumba
Carlos Navarrete



Diario

DE CAMPO

SUPLEMENTO No. 22 • OCTUBRE • 2002

ES UNA PUBLICACIÓN INTERNA DE LA COORDINACIÓN NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA
DEL INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

DIRECTOR GENERAL DEL INAH: SERGIO RAÚL ARROYO

SECRETARIO TÉCNICO DEL INAH: MOISÉS ROSAS

DIRECCIÓN: GLORIA ARTÍS

SUBDIRECCIÓN EDITORIAL: ROBERTO MEJÍA

APOYO TÉCNICO: VICENTE CAMACHO

CORRECCIÓN DE ESTILO: MAURICIO DEL RÍO

DISEÑO Y FORMACIÓN: AMADEUS / ANA MA. BENAVIDES /

LILIANA ARGUETA

COORDINACIÓN DE ESTE SUPLEMENTO: ELSA HERNÁNDEZ PONZ

El Suplemento de *Diario de Campo* publica artículos, relatorías de foros, cartas, manifiestos, etc.,
que son enviados antes de la fecha de cierre. La responsabilidad del contenido de estos
materiales es exclusivamente de sus autores.

EL VIAJE DE LA UVA

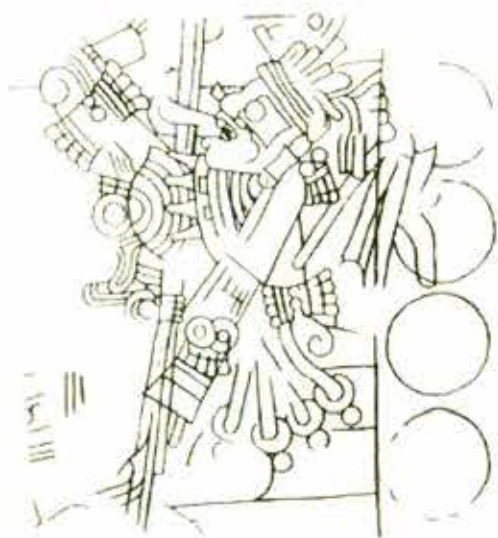
TONINO CON EL CIRCO "HERMANOS NAVARRO" 1939.

*De la uva se hace el vino
qué sabroso el vino en uva,
uva, uvín, uvón,
del chirivivirirón
qué sabroso el vino en uva.*

*De la uva pasa a la copa,
qué sabroso el vino en copa,
copa, copín, copón,
del chirivivirirón
qué sabroso el vino en copa.*

*De la copa pasa a la boca,
qué sabroso el vino en boca,
boca, boquín, bocón,
del chirivivirirón
qué sabroso el vino en boca.*

*De la boca pasa a la panza,
qué sabroso el vino en panza,
panza, panzín, panzón,
del chirivivirirón
qué sabroso el vino en panza.*



CARLOS NAVARRETE*

ROBERTO DÍAZ CASTILLO
LA ANTIGUA, GUATEMALA, 1998

No se me ocurrió nunca compararlo con nadie, hasta que supe cómo Luis Cardoza y Aragón vio a Tristan Tzara: “[...]de baja estatura, insolente, nacido un poco después de los tiradores de bombas a reyes o emperadores, con monóculo en el ojo derecho, que destacaba su soberbia. Dotado de temperamento subversivo, talentoso y culto, gustaba del escándalo, de sorprender”.

De esta semblanza, lo único que no corresponde con Carlos Navarrete es el monóculo. Por lo demás, un daguerrotipo. Surrealista y marxista —como Tzara—, su porte tiene algo de Carlos Pellicer, a quien, gracias a Navarrete, conocí en su acostumbrado nacimiento navideño allá en las Lomas de Chapultepec.

Empezamos juntos el bachillerato. A pesar de ser buen alumno, por su incandescencia estaba siempre arrestado. Le apodaban “Macizo” en reconocimiento a su fortaleza física. Lo recuerdo cumpliendo aquellos castigos semanales: ojos oscuros, melancólicos, bajo la recia sobreceja que escuda su inteligencia abrasante.



La obligada foto con las llamas del Perú, 1988.

Cursamos los dos primeros años en la Escuela de Derecho. Decidió entonces irse a México. Afán de búsqueda infinita. Se hizo arqueólogo, especialidad en la que ha ganado renombre internacional.

Mientras asistíamos a la escuela secundaria, y luego a la universidad, compartimos el ígneo quehacer de la revolución. Guardo un ensayo de juventud, explícitamente político, en el que la emprende contra el adocenamiento de la pintura guatemalteca durante el gobierno de Jorge Ubico. Militaba en el Partido Comunista (¿uno de sus fundadores?) y el grupo *Saker-ti* (Amanecer), de artistas y escritores jóvenes. Estaba al tanto de lo que ocurría en el ámbito de la cultura y me mostraba a menudo sus textos, sus poemas. Nervioso, inquieto, desconocía el sosiego. Valiente hasta la intrepidez. Artillero en revueltas callejeras, se armaba con piedras, cohetes, bombas y morteros de iglesia. Su madre insistía en prevenirlo: “Carlitos, de ametralladora, nadie se recibe”. La mía, le rogaba que dejara en casa la inseparable cachiporra al vernos partir a las manifestaciones de apoyo a la revolución. En exabruptos de buen humor, pronosticaba que al triunfar el socialismo el altar de la catedral sería convertido en cantina. Con varios obreros de las artes gráficas quiso prenderle fuego a las instalaciones de un diario derechista, pero Enrique Muñoz Meany logró disuadirlo. Una mecha encendida.

Era y continúa siendo autoridad en imaginería religiosa de Guatemala. Publicó, en libro, sus investigaciones sobre el Cristo Negro de Esquipulas. Se vestía de cucurucho y cargaba en las procesiones de Antigua. Nadie como él para gozar de las marchas fúnebres de semana santa. Pionero en la investigación y estudio de nuestras artes populares.

En Chiapas (“ala ausente del quetzal”, reza uno de sus poemas de adolescencia), lleva a cabo meritorias exploraciones arqueológicas. Recoge narraciones orales propias de esa región y las transmite con persuasiva sabiduría de abuelo-lengua. Le he oído hablar de los enanos azules que habitan las riberas de algún lago chiapaneco y he leído sus *Ejercicios para definir espantos*. Conoce mucho de San Pascual Bailón, acerca de quien ha escrito un volumen.

Enamorado de las tierras altas del área maya, donde ha hecho investigaciones etnográficas, es mesoamericano sin epítetos. Trabajaba en estas cosas cuando fue detenido

por la policía de uno de los tantos gobiernos militares. Puesto en libertad, celebramos el suceso en Quetzaltenango, su ciudad natal. Lo detienen otra vez. Supimos de él hasta que apareció en México. Desnudo y golpeado, sus captores lo lanzaron al río Suchiate, límite con Guatemala.

Leí hace poco un testimonio de sus andanzas por los Cuchumatanes, departamento guatemalteco de Huehuetenango que colinda con el sur de México. Cuenta ahí que conoció a Juan Domingo Diego, campesino chuj de San Mateo Ixtatán, anciano “lengua-conciencia de los demás, tatish de la sabiduría antigua”, asesinado a los cien años de edad por la contrainsurgencia. Y que él le confió esta historia: “-me dijo que-” ‘las salinas eran la puerta del pueblo, que de aquí salió un venado y siguiendo sus huellas blancas supieron los hombres dónde estaba la sal y se vinieron a asentar. Después, el primer cerbatanero caminó doscientos años para alcanzar el sol’. Carlos afirma que a Juan Domingo no le dieron tiempo de luchar a su manera, pero que esto es sólo temporal porque él le explicó que “cuando venga el segundo cerbatanero, todos vamos a resucitar para empezar de nuevo”.

Consistente, maciza como él, la creación intelectual de Carlos Navarrete. A Guatemala y México están consagrados sus empeños de arqueólogo, etnógrafo y etnohistoriador. Recibo uno de sus últimos libros, *Los arrieros del agua*, donde narra las vivencias de un andalón de antiguos caminos y rutas de las altas tierras mayas. “Desde esta Guatemala que me sigue doliendo” -anota en la dedicatoria manuscrita-, una confidencia “entre arrieros de ideales, de mucha vida recorrida, hasta que los acorralemos en un país libre”.

* Del libro *Las redes de la memoria*, FLACSO, Guatemala, 1998.



A Sudamérica, ...a encontrarme conmigo mismo. Metro Buenos Aires, 1988.

MI COMPADRE CARLOS NAVARRETE CÁCERES —LOS AÑOS JUVENILES—

DRA. BEATRIZ BARBA DE PIÑA CHÁN



Las clases, en el salón o en campo, son una "delicia" llenas de información, anécdotas y conocimientos.

Mi compadre Carlos Navarrete es uno de esos raros extranjeros que es más propio que los mismos nacionales. Forma parte de la historia de lo suyo y de lo ajeno. Se presenta orgulloso como guatemalteco y se maneja como el mejor de los mexicanos. No le quedaba más remedio que ser antropólogo, porque cuenta con todas las contradictorias virtudes que se necesitan para ello.

Y que yo recuerde, de sus anécdotas, ¿cómo sería que llegó a serlo? Él, el niño más bonito de Guatemala, nacido en Quetzaltenango en 1931. El hijo único y consentido de una bella joven guatemalteca que pensaba que el muchacho tenía obligación de estudiar abogacía y competir con una parentela que había destacado en política.

Cuando nos platica su vida, Carlos no se desvincula nunca de la historia; nos habla de su entrada a los institutos de educación media, pero mencionando que estaba en plena vigencia el gobierno de Arévalo, el cual cayó cuando él pasó a la Facultad de Humanidades. Después tomaría el poder Arbenz, quien cambió toda la orientación política de Guatemala en 1951.

Nadie sabe cómo se van a acomodar las piezas de un ajedrez, pero él conjuntó las jugadas necesarias para relacionarse con personajes destacados en una ciencia iniciática llamada arqueología.

A su entrada a la Facultad, hizo amistad —como es su costumbre—, con intelectuales visionarios, en especial con Luis Cardoza y Aragón, profesor de esa Universidad, preocupado por formar grupos de estudiantes progresistas.

La historia de Guatemala no se había sistematizado adecuadamente, y Cardoza y Aragón orientaba a los alumnos para trabajar en ello.

Carlos entendió que el horizonte prehispánico casi no se había trabajado, y pensó en profundizar en ese campo. Acudió a ciclos de conferencias de arqueología maya, dictadas por los arqueólogos norteamericanos que entonces excavaban en Guatemala. Lo que escuchó lo llenó de satisfacción; eso era lo que quería hacer para el resto de su vida: participar en el rescate de la historia de la cultura maya.

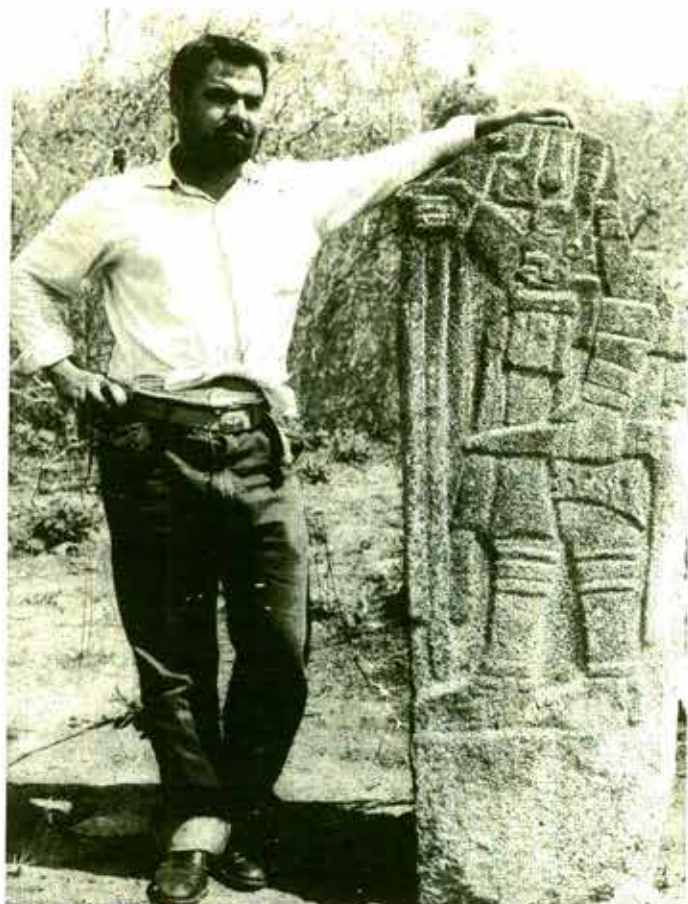
Platicó con Heinrich Berlin en 1951, quien acabó de entusiasmarlo mientras lo relacionaba con el Dr. Dávalos en México, y en dos semanas se cerraba el compromiso: había logrado su inscripción en la Escuela Nacional de Antropología e Historia en el Distrito Federal. Hubo tormenta en la casa, una madre temerosa y un tanto decepcionada, y un abuelo entusiasmado y conciliador. Tuvo que enfrentar el temporal.

Carlos es de las personas que todo lo saborean, que vitalizan lo inerte y dan color a lo descolorido. Relata con emoción la osadía de venirse en tren; le da énfasis al momento de decidir el uso de sus ahorros, al apoyo económico del abuelo, a la llegada a un México indiferente al encanto de un joven guatemalteco deslumbrado por un porvenir novedoso y aventurero.

Recrea su llegada al Distrito Federal como algo azaroso y expuesto; la fatiga, la casa de huéspedes, recámaras sobrepobladas, compañeros que le ayudan a buscar departamento barato y confortable. Por otro lado la escuela, autoridades congruentes, capaces, afortunadamente decididas a apoyar. El medio ambiente extraño, la calle de Correo Mayor inhóspita y las clases en un Museo cargado de maravillas arqueológicas que le abrían el apetito por los descubrimientos científicos.

Rememora con gusto la enorme, interminable lista de nombres de los amigos que de inmediato hizo. Porque él es así, fácil y amigüero, abierto, alegre y honesto. La tónica es que cerca de él sólo hay gente relajada y cordial. Se acuerda del que lo invitó a la cantina, el que dictaminaba piezas arqueológicas para coleccionistas, el que arreglaba relojes y acusaban de sinarquista, de las "sombrellitas", chicas de Filosofía que tomaban café con la mano derecha y con la izquierda

detenían el paraguas; del que dibujaba bien, del que gustaba de la ópera, de la muchacha rica, de la guapísima, de la bailarina de Bellas Artes, del más estudioso, del conde y de la marquesa. Todos tienen lugar en su memoria enmarcados en una sonrisa.



1958, con "El Soldado". Iglesia Vieja, Tonalá, Chiapas.

Los maestros tienen lo suyo: don Pablo se acomoda entre los restos del hombre de Tepexpan; Aveleyra entre los bultos de la cueva de La Candelaria; Dávalos en los oficios administrativos; Kirchhoff entre mapas de distribución de rasgos; Armillas en teorías de Childe; Noguera entre tepalcates; Antonieta Espejo exaltando el feminismo; Piña Chán localizando sitios; Villagra en los murales de Tepantitla; Bárbara Dahlgren con los mixtecos; Weitlaner entre las clasificaciones de parentesco; Marquina entre planos arqueológicos; Covarrubias en el arte indígena; Borbolla en museografía rojiverde; Comas en la defensa de la igualdad indígena; Bernal entre las urnas zapotecas y Caso en la Tumba 7 y el panteón mexicana. Todos lo formaron y de todos hace recuerdos.

Tiempos idos, tiempos de definición, cuando se construyó ese arqueólogo, Carlos Navarrete Cáceres, joven que vino a hacerse más guatemalteco y, sin dejar de serlo, se hizo mexicano.

Llegó en 1952, y en 1954 murió el abuelo, factor estimulante y apoyo económico. Tuvo que trabajar para sobrevivir y consiguió la nada apetecible plaza de acomodador en la lucha libre, allá, con Wolf Rubinsky. Después tuvo contratos con universidades americanas para trabajos de arqueología en México, también con el INAH, y fue conjuntando praxis con teoría, misma que acumulaba en la ENAH.

Experiencias de todo tipo, de amistad, de amor, de ciencias, de artes, de museografía, de política y de economía. En 1959 terminó los estudios y siguió trabajando en diferentes partes de la República, ya de tiempo completo.

Para 1963 regresó a Guatemala. En ese año la contrarrevolución tomó fuerza y estaba arrestando a todos los simpatizantes del ya pasado gobierno progresista. Carlos no fue la excepción. Estuvo varios meses en una cárcel degradante, sin más culpa que ser un intelectual capaz e inteligente.

De su regreso a México recuerdo su profunda tristeza, su gran depresión, su desencanto, porque era parte de la evidencia de que Latinoamérica jamás sería libre; primero Europa y después Norteamérica, la sujetarían y depredarían a costa de lo que fuera. ¿Por cuánto tiempo? Mucho más de lo que puede vivir un individuo.

Aprendió que la vida de los seres humanos no importa cuando las potencias militares requieren de la producción de los pueblos débiles; aprendió que la inteligencia se somete a la fuerza bruta; aprendió a callar y tener vergüenza de la lucha por la justicia; aprendió que el pez grande se come al chico y que con ello el equilibrio de la paz internacional no sufre ninguna alteración.

Regresó a México ese mismo año, deshecho, moralmente mutilado, intelectualmente roto. Tardó en recuperarse; la amistad, el amor y la arqueología, que no la bonanza económica, le fueron resanando las heridas.

En 1964 se tituló con la tesis *Los chiapanecas*, un trabajo bien hecho, que satisfizo a sus sinodales. Carlos entró en recuperación; igual que el Ave Fénix, se rehacía tomando como materia prima sus propias cenizas.

Para 1968 entró a trabajar en la UNAM y su vida quedó establecida. De ello y en adelante hablarán otros colegas de esta misma mesa.

Carlos:

Muchas gracias por tu honestidad, tu amistad y tu valor.

Gracias por tu vida dedicada a México.

Gracias por conservarte guatemalteco.

Y como dice la bella Catalina, no te cambiaría por nada ni por nadie.



Traslado de la Piedra del Sol al nuevo Museo de Antropología, 1964. De Izquierda a derecha: Navarrete, Mario Vázquez, Martínez Marín, G. Bonfil, Stepanenko, Hipólito Sánchez V., Leonel Durán.

ASÍ SIENTO, CARLOS NAVARRETE

MARÍA JOSÉ CON

Cuando me pidieron que hablara de Carlos Navarrete en febrero de este año en un homenaje que le hicieran en el IV Congreso Centroamericano de Antropología en Jalapa, Veracruz, al que no pude asistir, no sabía cómo hacerlo, porque me parecía difícil reflejar en palabras, retratar acertadamente a este gran maestro, que fue esencial no sólo en mi vida académica sino como amigo. Además, pensé, él que habla y escribe tan bonito..., no era, o mejor dicho, no es tarea fácil.

Creo que el mejor homenaje que uno le puede hacer a alguien como Carlos Navarrete, es haber asimilado lo que enseñó y transmitió, aunque creo que el verdadero homenaje se le hace cada vez que sus clases son buscadas, sus conferencias se abarrotan, sus trabajos se publican, su compañía se anhela.

Fui afortunada: mi rito de iniciación en la arqueología de campo estuvo a cargo de Carlos Navarrete, en 1972, cuando Eduardo Matos, entonces director de Prehispánicos, nos envió a Alejandro Martínez y a mí, aún estudiantes, al sitio de Cobá en Quintana Roo, para hacer un recorrido y mapeo, pues ya se anticipaba el desarrollo de Cancún.

Ese viaje con Carlos fue uno de los mejores aprendizajes que pudimos tener. Como estábamos bien verdes, empezó por darnos un recorrido por los diversos sitios arqueológicos de Yucatán y Quintana Roo, para familiarizarnos con el área. Armados del Marquina, el Thompson, y el Morley (que sumaban varios kilos en la mochila), nos introdujo al mundo maya de la forma en que sólo él lo sabe hacer.

Entonces Cobá era una comunidad monolingüe bastante aislada, de únicamente veinte familias; no había luz y un solo camión entraba una vez por semana. Como es natural, éramos la novedad, el espectáculo, lo diferente. Los cobaítas revisaban con curiosidad nuestra extraña basura, como el envoltorio de pan bimbo, las latas, etc., y sorprendidos corrieron el rumor que llegó hasta Tulum, de que había en el grupo una mujer que “trabajaba como hombre”.



La Toya, Navarrete, la Chapis y el Jerry. Ajusco. Buenos tiempos.



Carlos nos enseñó a hacer trincheras en la selva para mapear los grupos, y por las noches, a la luz de la *coleman*, rodeados de innumerables voladores, estudiábamos y discutíamos el libro de Thompson. Guardo recuerdos imborrables de ese viaje, plagado de garrapatas e insectos, de cuando Fuenteovejuna sustrajo nuestro plano del *jeep*, y de los baños en la laguna con jabón del *Perro Agradecido*, convencidos de que aliviaría la rasquiña de tanto piquete.

En ese viaje casi dejó sordo a Carlos: le dolía el oído y yo había escuchado que se debía poner un poco de aceite tibio en el interior. En una cuchara puse aceite de bebé y lo calenté con un cerillo, y Carlos, confiando en mí, se dejó hacer y para adentro, pero no lo enfrié lo suficiente y se podrán imaginar primero el grito del pobre Carlos y después las centellas que justificadamente cayeron sobre mí.

Recuerdo en otra ocasión, cuando fue el XLI Congreso Internacional de Americanistas en México, que al final de alguna sesión Carlos se fue con algunos amigos a tomar unos tragos que terminaron en bronca. Al día siguiente llegó con la cara estropeada, y para disimular los golpes, se había maquillado; he de decir que sin mucha pericia y poco sentido del color, porque quedó como Santa Claus de la Alameda.

Me cuenta Carlos que cuando Bernal lo vio le dijo: "Dígame si así se están resolviendo las discusiones en las sesiones, para entonces poner los pies en polvorosa...".

Mi generación tuvo la fortuna de tener maestros excelentes, con sólida preparación. Cómo olvidar al profesor Piña Chán, a la querida maestra Dahlgren, Arturo Romano, Hanna



Expedición guatemalteca a Dos Pilas: El Petén, 1960.

Faulhaber, José Luis Lorenzo, Pedro Bosc Gimpera, Ignacio Bernal, Wigberto Jiménez Moreno y muchos otros.

Pero con Carlos se estableció un vínculo único, especial; hicimos Alejandro, el Pájaro y yo una familia; por su espíritu siempre joven me parecía de nuestra edad, un amigo pero con más camino recorrido, y por supuesto mucho más conocimiento. Y desde luego que lo admirábamos y queríamos ser como él, tener su sello, jabón pero los Carlos Navarrete no se dan en mata...

Como amigos, nos contábamos entre otras cosas nuestras cuitas amorosas, quién no gustaba y no nos hacía caso o quién nos perseguía, que desde luego no nos gustaba, o cuando a nuestros amores se les derretía la cubierta de chocolate.

También Carlos puede ser canijo, no sé cuántas veces me dejó plantada, cuando debíamos revisar mi tesis. La angustia que una carga cuando está haciendo la tesis y piensa que nada más existe en el mundo, me llevó a emplear tácticas de cazador, con tal de adelantar.

Me citaba a tal hora, yo llegaba a su casa tocaba y nada, nadie abría, entonces esperaba en la calle y si salía algún vecino me colaba en el edificio, tocaba a su puerta, pegaba la oreja, no se oía nada, pero yo sabía que ahí estaba... Me asomaba por la rendija bajo la puerta, olfateando como chucho, aguzando los sentidos. No el olfato ni el reducido campo visual me confirmaban su presencia, pero el otro sentido, que no sé qué número es, me decía que ahí estaba que se escondía. Entonces comenzaba la cacería volvía a salir a la calle y esperaba a veces hasta una hora, volvía a tocar para despistar a la presa haciéndolo pensar que podría ser alguien más que yo ya me había ido y entonces abriría, pero nada... Por supuesto nunca lo pesqué.

Quizá por eso las mujeres se quedaban haciendo ollitas y cuidando patojos, mientras los hombres salían de cacería.

Muchos años después supe que Carlos muchas veces se asomaba por debajo de la puerta y veía de quién eran los zapatos... Y yo, siempre con las mismas botas.

También quiero rendir homenaje a las mujeres de Carlos, a sus hijos, a sus nietos, padres, colegas, y a los amigos de todas las épocas porque hicieron a Carlos, también son Carlos. Gracias a Guatemala, porque nos presta a Carlos que no nos lo regala, porque su corazón le sigue perteneciendo.

Termino con una carta que le escribí a Carlos en febrero, para el homenaje de Jalapa:

"Mi querido señor de las cuevas, de los Cuchumatanes, señor de Esquipulas, enano azul"

trasterrado dolido pero nunca amargado, regalo que nos dio el Suchiate, chinkultiqueño, mi jarri-te, mi butaque:

Paseamos por muchos rumbos de la vida, ésos que tú conoces tan bien. Viajamos juntos en todo tipo de vehículos y en otros que no requieren combustible, pues al fin y al cabo siempre fuiste un incansable andalón de todos los caminos. Pero también navegamos a través de tus experiencias que incomparablemente narrabas.

Nos presentaste a los mexicas y a los mayas muertos, con los que te hablas de tú, pero los retrataste en los vivos, y ésa fue la primera puerta que nos abriste.

Recuerdo bien cuando en una clase nos dijiste: 'Muchachos, hay que ser más *antropos* y menos *logos*', y muy bien que sabías lo que le aconsejabas a ese grupo de alumnos de arqueología, que no veíamos más allá de la brújula, el teodolito, la capa II y el tepalcate. Y tenías razón, de qué me hubiera servido tanta brújula y teodolito si no me hubieras enseñado que también hay rezadores, danzas de moros y cristianos, batallas navales chiapacorceanas, arrieros del agua, santuarios e imaginería religiosa, portadas de iglesias, marimbas alegres, cantinas y botanas.

Y desde luego, qué hubiera sido si no me hubieras presentado a don César, a su caballo *El Fierro* y a los espantos de Chikultic, o me hubieras hecho llorar narrando la historia del centenario anciano chuj, asesinado a palos, a manos de contrarrevolucionarios guatemaltecos, por ser la memoria de su pueblo.

No miento si digo que no conozco a otro maestro tan completo como tú; pusiste el listón bien alto Carlos, lo mismo poeta que novelista, cargador con cucurucho en procesiones, transmisor de narraciones orales, arqueólogo incansable y sagaz. De tu espléndido trabajo como arqueólogo, etnógrafo, etnólogo, somos testigos todos; no hace falta más que asomarse a tus numerosas publicaciones, a tus entrañables clases y memorables conferencias siempre pletóricas de escuchas. Respetado por todos, no dejaste de provocar celos y envidia entre la 'Nueva Ilustración' arqueológica, cuyos argumentos fácilmente desarmabas con habilidad de mosquetero dumasiano.

Si me preguntaran cuál es una de tus mejores cualidades, yo diría que tu incomparable

ingenio y buen humor. No hay conversación contigo que no sea alegre y ¿cómo no?, qué esperar de alguien que siempre repite: ¡ah vos, qué alegre es la vida...!

Pero también tengo que decir a tu favor, que te acompaña un temperamento fuerte (a veces de la gran diabla), que eres un revolucionario tenaz, antónimo de burocracias y puestos, que no en balde acuñó la célebre frase de 'no hay como la infantería'.



Dos Carlos y Chapis en Epazoyucan, Hidalgo.

Y otra de tus cualidades, aunque no me la preguntaran, es tu generosidad y modestia, que teniendo todo para ello, nunca te convertiste en erudito pedante.

Hombre de memoria e inteligencia prodigiosa y extensísima cultura, eres siempre referencia obligada: lo mismo sabes de arqueología que de cine o teatro, literatura y poesía, política, música y hasta de fútbol. Esto que aquí digo, alguna vez lo expresaría el Dr. Jaime Litvak en palabras no muy sutiles pero puntuales, y aquí, la cita exacta: 'Yo no sé para qué queremos una biblioteca, si lo único que haría falta es conectar la computadora al culo del profesor Navarrete'.

Formamos desde mi época de estudiante una familia, un grupo unido y afín, cohesionado por tu conocimiento y simpatía, que naturalmente se convirtió en una amistad inquebrantable. Recuerdo esas tardes donde en tu casa nos leías al Pájaro, a Alejandro y a mí algunas cuartillas de lo que estabas escribiendo en ese momento: tu novela, tu artículo, tu poema, uno de tus libros. Cómo olvidar esas salidas de estudio o de puro gusto, donde nos guiabas por todos los siglos.

Cómo agradecerle Carlos, no lo sé. Sólo decirte que por todo esto y mucho más, hoy y siempre, celebraré que tu vida y la mía hayan coincidido. Te beso con el corazón."



Los primeros pasos mexicanos.



Cueva El Gavilán, Texcoco. Excavaciones, ENAH, 1956. Navarrete, Martínez Marín, Iker Larrauri y Mario Vázquez.

ALGO MÁS SOBRE MI “CUATE” CARLOS

JORGE ANGULO

Cuando se quiere decir algo sobre Carlos Navarrete Cáceres, lo más fácil es recurrir a las numerosas anécdotas o experiencias que cada uno de nosotros ha tenido al convivir con Carlos en las aulas como colega, como estudiante o como maestro de la Escuela, y tal vez como escucha en el mismo congreso o ayudante en sus exploraciones y excursiones a zonas arqueológicas o coloniales.

Experiencias de convivencia en las que, por iniciativa de Carlos, se comparten por igual la opinión de los trabajadores del campo, como los comentarios académicos que surgen después de cada visita o exploración, a manera de una extensión en la investigación que siempre ocurre mezclada con “unos tragitos”. Pero si uno llega al fondo de las motivaciones por las que se conceptúa a Carlos, encontramos cuatro aspectos diferentes que se podrían concentrar en un solo Carlos verdadero.

Los referidos aspectos aquí enlistados son brevemente tratados, a sabiendas de que cada uno de ustedes tendrá mucho más que añadir de lo que se dice o se sabe de este maestro, a quien ahora se le rinde homenaje:

1. El mito y las leyendas que se han elaborado sobre Carlos Navarrete.
2. Carlos Navarrete como el amigo, colega y maestro dentro y fuera de la ENAH.
3. El antropólogo, arqueólogo, explorador, etnólogo, historiador, poeta y humanista.
4. El pensamiento político de Carlos, exento de dogmas o consignas de partido.

1. Cuando se dice que Carlos es toda una leyenda, que se ha convertido en un gran mito, no se puede evitar que busquemos la definición de estos atributos relacionados con nuestra profesión. En el diccionario de religiones encontramos que en los términos afines al concepto de mito, aparecen la fábula y la leyenda, que según explica “se forman por una reseña o relatos de un hecho real que se va deformando a través de ser emitido de boca en boca, ensalzando cada vez más los aspectos imaginarios que justifiquen la historia”.

Por su lado, H. L. Morgan dice que los mitos, leyendas y creencias religiosas “conceden un alto

grado a todo lo imaginativo y a los aspectos dogmáticos que le atribuyen a los acontecimientos ocurridos en un pasado incierto y poco confiable”.

Con base en estas definiciones, no podemos insistir en que a nuestro querido Carlos se le considere como un mito o una leyenda, pero en cambio don Carlos Navarrete sí encaja dentro de la categoría en la que el análisis antropológico define al héroe cultural que, con el tiempo, se convierte en una de las deidades tribales que conservan los pueblos o las culturas por largos periodos de tiempo.

Ejemplos de deidades tribales que existen en el medio antropológico, además de Quetzalcoatl o Kukulkán, se encuentran en los pioneros del área maya John Stephen y Catherwood, Spinden y Morley o Eric Thompson, Yuri Knorosov, Linda Scheele y los Stuart, entre los epigrafistas de la misma tribu maya, mientras que para quienes trabajamos el Altiplano, nuestros héroes culturales, convertidos en deidades del clan antropológico, son Manuel Gamio, Pedro Armillas y Rene Millon, tal como el resto de los arqueólogos conserva a Gordon Childe, Edward Seler, Eduardo Noguera, Paul Kirchhoff, Román Piña Chán y ahora a quien ahora se le rinde homenaje: don Carlos Navarrete Cáceres.

2. Carlos Navarrete el amigo, el colega y el maestro dentro y fuera de la ENAH.

El concepto de héroe cultural no sólo se le atribuye a Carlos por su trabajo académico llevado a la práctica que realiza en el campo, sino por muchos otros méritos que ha acumulado para que se le otorgue el título de deidad tribal que ahora podría proporcionarle la ENAH.

Sí, un título proporcionado por la Escuela Nacional de Antropología e Historia, en la que un buen número de generaciones y degeneraciones que han pasado por aquí son testigos de sus actividades desde que la escuela estuvo en Moneda 13 y en Moneda 16, en el Museo de Chapultepec, en una residencia en Polanco y ahora en Cuicuilco.

Todos sabemos que durante la convivencia que uno ha tenido con el infatigable maestro Navarrete se despiertan muchos de los muy diversos aspectos colaterales a la materia

que se estudia y que ayudan a remover las inquietudes que yacen inertes en la supuestamente disciplinada mentalidad de sus estudiantes y colegas que, sin que le pierdan el respeto que se ha ganado como maestro, se van convirtiendo en sus amigos, compañeros y colaboradores de sus varias actividades.

En este rango de amistad se pueden incluir tanto a sus colegas académicos como a los peones, arrieros y trabajadores en todos los niveles, con quienes no ha faltado la ocasión de compartir aquellos famosos “tragitos”.



Su primera comunión.

3. Antropólogo, arqueólogo, explorador, etnólogo, historiador, poeta y humanista.

Todos ustedes saben que Carlos Navarrete es uno de los investigadores de las culturas mesoamericanas más consagrados con que cuenta el país, puesto que en cada uno de sus trabajos proporciona una serie de valiosos datos que ayudan a la mejor comprensión de las culturas prehispánicas o que han abierto el camino a los diversos aspectos complementarios de la investigación.

Ejemplos de este tipo de investigación se han hecho palpables en el exhaustivo recorrido a pie a lo largo de la costa de Chiapas, explorando las posibles rutas de comercio o intercambio cultural y registrando los elementos más significativos que han permitido ampliar o consolidar lo que antes sólo eran hipótesis.

Es necesario recalcar que en este tipo de trabajos, Carlos no se contenta sólo con registrar el escueto dato arqueológico que demanda nuestra profesión, puesto que siendo un verdadero antropólogo que estudia las actividades humanas en forma integral, se preocupa por las prácticas, costumbres, tradiciones y lenguas que aún se conservan entre los grupos étnicos que circundan su área de estudio, para incluirlas como parte de los factores de transformación a lo largo del tiempo.

En resumen, Carlos Navarrete es un antropólogo integral que maneja por igual la arqueología, la historia, la etnología y otras disciplinas, sin desligar su preocupación por la conservación del patrimonio tangible y el intangible correlacionado con estas disciplinas. Es decir, en Carlos se encuentra al verdadero humanista que

expresa sus inquietudes por medio de las poéticas glosas con las que nos ha deleitado tanto en sus relatos en prosa como en verso.

4. Todos sabemos también que el humanismo de Carlos tiene una fuerte base en los conceptos políticos que no necesariamente se encierran en una filiación de partido y que me hacen recordar un poco de una antigua historia, por la experiencia que tuvimos juntos cuando la CIA-

claro detrimento del ejido colectivo que Cárdenas había instaurado dos sexenios antes.

Por supuesto, un campesinado que había sufrido trescientos años de servidumbre al coloniaje y cien años de sometimiento a los hacendados, no supo valorar las leyes de la Reforma Agraria ni los proyectos de formar cooperativas de trabajo artesanal; cedió sus derechos ante el muy publicitado relumbrón de la industrialización y no tuvo más opción que la de migrar a



La familia que disolvió la dictadura del "Sr. Presidente", 1912.
La Chabelita niña.

United Fruit y el traidor de Castillo Armas dieron el golpe de Estado al gobierno de Jacobo Árbenz.

La mutua participación en la protesta nos orilló a consolidar nuestra incipiente amistad en forma más profunda y permanente, pues la emotividad de ese atropello político me hizo sentir la rabia del pueblo guatemalteco y que resurgieran memorias de las previas experiencias sufridas en mi propio país.

Quizás debo aclarar que durante mi despertar a los hechos políticos fui correteado y golpeado, al igual que todos los estudiantes de Vocacional que participábamos en las protestas por el fraude electoral que diera la presidencia a Miguel Alemán, quien, con la idea de acabar con la era de los generales, esgrimía "un innovador impulso de industrialización" que sólo beneficiaba la inversión de los grandes capitales, en

las grandes ciudades en las que, como saben todos ustedes, se aceleró la formación de cinturones de pobreza y de extrema miseria.

No debe extrañarnos que desde el sexenio anterior, los ingenuos estudiantes de la primera y segunda enseñanza ya habíamos sufrido el primer fraude electoral en el que el general Manuel Ávila Camacho traicionó la pujante trayectoria revolucionaria al señalar, en su primera declaración oficial, que él no era socialista y mucho menos con tendencias comunistoides, sino un devoto católico, "apestólico" y demás liturgias que decía tener, para ganar la simpatía de un pueblo confundido por la propaganda de más de cuatrocientos años de prometerles una mejor vida después, que les haría olvidar haber sufrido el despojo de su terrenos durante su estancia en la Tierra.

Debo decir que la confusión del pueblo en aquel momento de cambio en el rumbo revolucionario fue mayor de lo que es ahora, pues aún no se despertaba el concepto de que el mexicano de clase media y baja era recipiente de los derechos humanos que los ingleses proclamaron para los ingleses en 1700, los franceses para los franceses en 1787 y, aunque se abolió la esclavitud en México en 1821, nunca nadie había hablado sobre los derechos humanos del mexicano común.

La frustrada esperanza de un regreso a la trayectoria de una democracia social había creado una apatía en mí hasta que en 1954 comencé mi carrera en la ENAH (entonces en Moneda 13); ahí encontré a Yólotl González y a Iker Larrauri, dos antiguos colegas en el campo de las artes plásticas y, junto con Mario Vásquez, integramos un equipo de trabajo museográfico dirigido por Miguel Covarrubias. En el mismo equipo, Carlos Navarrete compartía las experiencias que adquiría día a día, al clasificar los materiales arqueológicos en la bodega del entonces Museo Nacional de Antropología, que había destinado cuatro salones a la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Mi confianza en la trayectoria democratizadora se fortaleció al encontrar las mismas tendencias políticas y académicas en los nuevos amigos, colegas y maestros como Carlos, Iker, Piña Chán y otros, que en la cantina de la Luz compartían sus ideas y conocimientos sobre el pensamiento cosmogónico, el arte, la política y la economía que se podía vislumbrar en las culturas prehispánicas y contemporáneas.

En esos ámbitos de cordial convivencia académica, de intenso trabajo museográfico y de un esparcimiento muy "espirituoso", fue cuando entre broma y broma, muchos colegas, estudiantes y maestros consideraron que nuestro parecido físico nos definía como "gemelos idénticos" a pesar de haber nacido en países diferentes, de madre distinta y con un cuarto de Katún de diferencia.

Desde entonces nos comenzaron a llamar Hun Hunanpú y Xbalanqué, diciendo que no sólo el parecido era físico, sino que había un eco en nuestras "locas" formas de ser (más locas en Carlos que en mí), que reforzaba el concepto de "hermanos gemelos".

No podría citar las múltiples confusiones de identidad que he tenido con estudiantes,

colegas y otras personas que casualmente he encontrado en aeropuertos, terminales de autobuses, gasolineras, pueblos, ciudades, zonas arqueológicas y otros sitios que corren a saludarme, creyendo que abrazan al estimado maestro Navarrete. Pero debo mencionar que en 1968 (seis meses antes de Tlatelolco), fui invitado a dar un cursillo a la Universidad de San Carlos, Guatemala, donde, durante las tres semanas de mi estancia, diversos agentes del gobierno revisaron mi pasaporte y papeles de estancia sin motivo expreso, hasta que nuestros mutuos amigos me explicaron que le habían prohibido a Carlos entrar a su propio país y tenían que cerciorarse de quién se trataba

Dos anécdotas más ilustran nuestro parecido: en la comida anual que Beatriz preparaba para Román Piña Chán llegué con Chappie; ahí estaban Elsa y Catalina, Carlos llegaría más tarde. La niña, quien entonces debía tener cuatro o cinco años, corrió a recibirme gritando "papi, papi"; fue hasta que la levanté en mis brazos y vio de cerca mi cara que se asustó y me rechazó casi a punto de llorar.

La última experiencia de este relato la tuve hace dos días, cuando fui al Templo Mayor a recoger la copia de un artículo que Juan Román Berelleza amablemente me prestó. Del elevador a las oficinas encontré a un trabajador que, no acordándose del nombre de Carlos me dijo: "usted es el esposo de Elsa, verdad?". Cansado de responder a tan frecuentes confusiones, dar mi nombre verdadero y explicar que Carlos y yo somos amigos por casi medio siglo y todo lo demás, preferí asentir con la cabeza sabiendo que el viaje y la conversación en el elevador no podía alargarse más de unos segundos.

Ahora creo que, sin que ninguno de los dos lo haya declarado en una forma lineal, de manera inconsciente ambos sentimos ese vínculo de hermandad o de cierta identidad que se tiene con un gemelo consanguíneo a quien de verdad se quiere.

Sólo me queda dar gracias a Elsa Hernández Pons por haberme invitado a participar en este merecido homenaje a mi hermano, a mi "cuate" Carlos, a quien después de haber vivido y compartido varias experiencias en el Xibalbá, envió un abrazo y un caluroso saludo, diez años antes de que termine el treceavo Katún.



RECIPROCIDADES

ALFREDO LÓPEZ AUSTIN

Carlos Navarrete/María José Con Uribe
Alejandro Martínez Marín

Observaciones
arqueológicas en Cobá,
Quintana Roo



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Todo homenaje a un amigo supone una dosis, al menos pequeña, de autobiografía. No puede ser de otra manera, pues el testimonio es tanto una constancia de hechos como el fundamento de dicha constancia. Por tanto me referiré hoy no sólo a Carlos Navarrete, sino a una feliz confluencia de las vidas de varios compañeros allá en los lejanos años sesenta, y con ella a lo que fue y continúa siendo la base de una larga amistad. Éramos en los sesentas un conjunto de amigos, colegas en el trabajo universitario como investigadores y profesores en dependencias afines, vinculados con la historia, la antropología, la filosofía, la literatura y la pedagogía. Los sábados por la tarde nos congregábamos en casa de Roberto Moreno de los Arcos. Carlos Martínez Marín —presente en este homenaje y a quien desde aquí saludo— era uno de nosotros. Las reuniones servían para transitar entre las últimas horas del trabajo semanal y las primeras del descanso del fin de semana, arrastrando los temas de nuestras sesudas investigaciones a un ambiente que tenía ya los visos de dominguero. Uno de los pilares más firmes de nuestra camaradería fue y sigue siendo la reciprocidad, en nuestro caso el intercambio de ideas, experiencias y conocimientos que daban desde entonces sustento a nuestras respectivas pasiones profesionales.



Circo Unión, Campeche, 1989. Si la arqueología no da...

Para hablar de la naturaleza social de la reciprocidad y el don pudiera invocar las doctas enseñanzas de grandes pensadores, con Mauss y Hubert a la cabeza, pero mi propósito no es repasar imperfectamente los conocimientos que en forma tan puntual se transmiten en esta Escuela. Simplemente deseo confirmar que la reciprocidad es la más humana de las virtudes, la que permite establecer los vínculos que convierten al hombre en miembro de una sociedad. Se habla de la virtud unilateral de la dádiva bajo los nombres de generosidad, benevolencia, magnanimidad, esplendor, largueza, munificencia, caridad; pero todos estos términos se refieren a un hecho que puede consumarse en una sola acción, que con frecuencia deja su huella sólo en la memoria, que marca a los participantes, dador y receptor, con rangos de jerarquía. La reciprocidad, en cambio, brinda para recibir, actúa para esperar; supone el grato interés de prolongar indefinidamente un vínculo. La reciprocidad enlaza, asocia, establece un juego de equivalencias que nunca saldan la deuda. Es la virtud de la cultura; llena de significados la vida del hombre.

Recuerdo las reuniones sabatinas teñidas fuertemente por el valor de la reciprocidad. ¡Felices tiempos aquellos en que la labor intelectual no podía prescindir de la gozosa colaboración de los colegas! La reciprocidad enriquecía cotidianamente nuestras vidas. Habíamos entendido que en cada uno de nosotros podía descubrirse un mundo, incluso cuando teníamos que cernir el discurso del amigo para separar lo real de lo ficticio y aceptar lo ficticio, sin ingenuidad, también por reciprocidad, como una gala. El aprendizaje marchaba de la mano con su gozo. Vivíamos el oficio. No se había implantado la incentivación de los pilones. No teníamos que soportar las tonterías burocráticas de *eficientar la productividad competitiva*.

En el grupo, Navarrete solía descollar por sus experiencias. Su campo de creación era vasto: no respetaba los límites de las disciplinas científicas; saltaba sobre los objetivos y las teorías particulares, sobre los métodos y las técnicas arqueológicas, para incursionar en el campo de la etnografía. Más aún, trascendía las barreras de la ciencia para sumergirse en la literatura. En su libro *Oraciones a la cruz y al*

diablo, Navarrete expone por escrito su sentido de la libertad, el que muchas veces le habíamos oído exponer verbal y vigorosamente:

Fue así como mis observaciones y el material etnográfico recolectado —principalmente oraciones y demás literatura popular— se fueron intercalando en forma caótica entre mis apuntes arqueológicos. Entre anotaciones sobre estratigrafía de suelos se interpuso una lista de plantas medicinales, junto al croquis de un sitio antiguo aparecía el bosquejo biográfico de un curandero. Esta publicación es, por tanto, producto de una inquietud más que de una preocupación, de una situación fortuita y no del riguroso planteamiento previo a una investigación específica.

En esa época ya podíamos leernos. Duplicábamos nuestro discurso en dos vías complementarias: la basada en un texto cuidadosamente estructurado y redactado, autorizado con las debidas referencias bibliográficas, apoyado por notas al pie de página, y la otra, modulada, insistente, dinámica, lúdica, directa, personal, que pretendía derribar nuestras respectivas resistencias y disolver nuestros recíprocos escepticismos. Y entre las obras que mejor complementaban la doble vía se encontraba, precisamente, *Oraciones a la cruz y al diablo*.

Creo que en la actualidad este libro se ha opacado frente al más formal *San Pascualito Rey y el culto a la muerte en Chiapas*, frente al muy decantado texto literario *Los arrieros del agua* y frente a las abundantes obras de carácter arqueológico que ha escrito Carlos sobre las tierras del sureste. Pero yo sigo releendo aquellas preciadas páginas para reafirmar las antiguas enseñanzas.



Cueva de Paila, Coahuila, 1957. Navarrete, González Rul y Arturo Romano.

Para empezar, *Oraciones a la cruz y al diablo* consigna uno de los rostros más valiosos de la religión: el popular, el no autorizado, el que se juzga sedimento sin que se le reconozca su naturaleza germinal. Navarrete va al pensamiento auténtico, humano, a la función viva, donde la fe se yergue sobre la necesidad más apremiante. Sus fuentes son tan dispersas como las hojas impresas o manuscritas compradas en atrios y mercados; tan vivas como la palabra directa de don Cristiano Cuesta, un viejo curandero chiapaneco:

[...]aproveché sus visitas temporales a la ciudad de Chiapa de Corzo, donde ejerce su profesión, para entrevistarle y ganarme su amistad. A los setenta años de edad me dictó pasajes de su vida y me presentó su definido pensamiento acerca de ella; hasta donde es posible el lenguaje de don Cristiano es textual, únicamente ordené el relato en forma cronológica.

El acervo documental y los testimonios de don Cristiano Cuesta forman la parte medular del libro. Las oraciones fueron coleccionadas principalmente durante 1958 y 1959 en la región central de Chiapas. El material escrito nos ofrece un rico cuadro del pensamiento mestizo chiapaneco, nada ajeno a su entorno mexicano y guatemalteco. La oración impresa o manuscrita, producto virtuoso, resuelve la más amplia gama de necesidades, al gusto, necesidad, temor, pasión u odio del cliente.

Santísimo Caralampio
danos riqueza y placer,
ahuyenta los malos ratos
y al soltero da mujer.

A la soltera consorte,
al pobre bienes y abrigo,
al rico buena memoria
para que ayude al amigo.



Con la familia Sosa: Yosahandi, Juan Pablo, Andrés, Jesús y Cati en Culhuacan.

Junto a los santos especializados en las causas difíciles se menciona a los que se ocupan de las tareas un tanto alejadas de las virtudes doctrinales, entre ellos San Dimas, que oculta a los ladrones, o la Magdalena, protectora de las prostitutas. El mismo Santiago queda en una posición ambigua, no sólo porque se le atribuye una vida disipada, sino porque se le asocia con los seres infernales:

¡Oh! Santo Muerto inmortal, como enamorado y pecador que fuiste en el mundo, quiero que por tu infinito poder y sugestión me concedas lo que te pido, y es que goce de la mujer que a mí me guste y convenga tan sólo invocándote, recordándote, esperándote, rezando y trayéndote y aclamándote a ti, Santiagón Ingrato, y cuente yo contigo que eres el jefe de las legiones de Santos renegados de la luz, Lucifer, Luzbel, Satanás, Atmundo, Muruy, Aragón, Olivar, Oliveros, Astarot y Beluz santos que me cuiden en un camino oscuro, en la cárcel húmeda, en un duelo y en combates y siempre que necesite el auxilio de tus faenas. Por eso te ofrezco este ayuno todos los días Viernes, con estas dos velas negras por intención de las almas y demás del purgatorio. Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar. Fluiti, Fluiti, Fluiti, así sea.

Los seres humanos extraordinarios merecen especial atención. Su terrible o excepcional existencia les reservó una posición destacada en la memoria popular. Carlos Navarrete nos da a conocer la tradición: Juan el Chamula fue "un indígena tzotzil que vagaba semidesnudo entre Comitán y Tuxtla Gutiérrez. Vivía de la mendicidad y el poco dinero que juntaba lo repartía entre los enfermos y los borrachos desahuciados; un día desapareció sin dejar huella...". Nos habla también de otro personaje sobresaliente en la oralidad chiapaneca, el coronel Enrique Verdi (o Verde), de quien se dice que fue ahorcado en 1915 en la plaza principal de Chiapa de Corzo por haber violado y asesinado a una jovencita vendedora de dulces. Ahora sus fotografías aparecen en los altares, pues se le atribuye el poder de liberar de prisión a los que purgan una pena.

Las enseñanzas de Carlos son de actualidad. Estos personajes merecen en un estudio que los compare con otros que atraen hoy la devoción del pueblo. En algunos casos las supuestas biografías son sospechosamente similares. Por ejemplo, hoy, en el norte del país, se piden gracias a Juan Soldado, que al parecer fue un militar, Juan Castillo, ejecutado en 1938 por haber violado y asesinado en Tijuana a una niña de ocho años. El nombre de Verdi nos evoca a Jesús Malverde, actual protector de los narcotraficantes.

Las oraciones recogidas por Carlos Navarrete no sólo son un rescate de testimonios



Una alegre dispersión de la ciencia.



Carlos, Alexei y Yosahandi Navarrete.

de la religiosidad popular mestiza. Al gran valor de su selección se añaden el atinado análisis, los juicios del etnólogo y una pasión peculiar que trasciende lo científico; el encadenamiento, más allá de las fronteras políticas, de una cultura común entre Guatemala y Chiapas. El amoroso vínculo aparece en un juego de espejos en las estrofas de la Oración al Señor de Esquipulas recogida en Villa Flores, Chiapa de Corzo y Acala:

Para ir a Guatemala
estoy regando unas flores
para que el camino tenga
un vestido de colores.

Para ir a Guatemala
voy a comprarme un sombrero
que traeré de regreso
con adornos de romero.

He catalogado a Navarrete como etnólogo. No hay título de por medio. Hay un saber, hay una práctica, hay una abundante y humana producción, hay un compromiso y una ética que a lo largo de su vida lo ha ligado a las causas populares, a las luchas indígenas. Esto también ha supuesto la adopción de una moral como

científico. El testimonio de don Cristiano Cuesta es un emotivo texto que enfrenta a Navarrete con el difícil dilema de los etnógrafos de conciencia:

Siempre me he preguntado sobre el derecho que nos asiste de jugar con la vida ajena y exponerla públicamente, dando a luz los problemas, intimidades y experiencias de un hombre, con el pretexto de investigar aspectos ajenos a nuestra cultura; sinceramente no he podido responderme con verdadera honestidad.

En el caso de don Cristiano lo hago porque estoy seguro de que él no tiene nada de qué avergonzarse y porque en sus palabras veo un limpio y sencillo mensaje de comprensión humana, más importante que cualquier, acertada o errónea, pero fría interpretación.

Y así parece ser. Don Cristiano asume que el "ingeniero" Navarrete llevará su discurso mucho más allá del dominio de su voz. Lo toma como caja resonante y no limita sus palabras a la descripción de sus conocimientos de curandero, sino que evoca emotivamente su vida infantil, un pasado siempre mejor, cuando todas las cosas eran diferentes.

Todo, entonces, era más grande que ahora: el río crecía más, los hombres eran más valientes [...] Mi mamá decía que los hombres se estaban achaparrando y que sólo la maldad crecía. Yo recuerdo que salían unos huesotes muy grandes al abrir un pozo o un cimiento y aparecían muclotas del tamaño de un coco. En cambio ahora todo está muy chaparro y me figuro que con el tiempo la humanidad va a tener el tamaño de un sapo y los gatos y los perros no se van a poder ver[...]

Mucho recibí del libro *Oraciones a la cruz y al diablo*. En parte abrió ante mí caminos insospechados; en parte ratificó lo que yo estaba aprendiendo en las obras de otros colegas contemporáneos; en parte me planteó alternativas, dudas y verdaderos dilemas, algunos de los cuales, como el enfrentado por Carlos ante la publicación del testimonio de don Cristiano, han quedado sin una solución definitiva.

La lista de beneficios sería muy grande. Debo abreviar en razón del tiempo que se me ha concedido en este homenaje. En *Oraciones a la cruz y al diablo* ratifiqué la solidez de la dualidad mesoamericana, aun en la actualidad, aun entre mestizos, aun con las figuras centrales del cristianismo. Al respecto, advierte Carlos Navarrete que en el pensamiento popular chiapaneco las fuerzas del universo:

[...]se manifiestan a través de dos poderes personificados en *Dios y el Demonio*, que son el desdoblamiento por el que se encauza la contradicción que rige el mundo. Son enemigos irreconciliables en apariencia, aunque no en su origen, ya

que su materialización real —en el espíritu interno de las cosas y de las acciones— se dan sin violencia, sin ninguna lucha entre maldad y bondad, que vienen a ser la manifestación visible de la energía que rige el universo.

Más concreto, en labios de don Cristiano:

Dios existe, pero junto a él está el enemigo: tan poderoso que la misma muerte le teme; y santos hay pocos, no todos los que dicen los curas. Hay santos partidarios de Dios y santos partidarios del Diablo. La química consiste en juntarlos, encuacharlos y hacer que jalen parejo para que lo ayuden a uno. Si no se hace así hay peligro de que un poder se chingue al otro, por envidia o celo, y el perjudicado sea el cristiano.

No es cierto[...] que [Dios y el Diablo] sean enemigos; al contrario, se llevan bien y se figuran el pleito ante nosotros para que lo escrito se cumpla. Unas veces a Dios le toca hacer el papel del Diablo y así están cambiando para no aburrirse.

Para los años sesenta el dualismo indígena había sido estudiado en México por William Madsen en su *The Virgin's Children*. Sin embargo, no se había hecho tan evidente como lo han demostrado en nuestros días muchos estudios antropológicos. Es más, no pocos colegas veían la idea del dualismo con reservas o con franca oposición. Con el tiempo, el dualismo sería uno de los caminos para encontrar una profunda ordenación lógica en la cosmovisión de los pueblos mesoamericanos.



Eduardo Martínez calca las pinturas de la cueva de "Las Pastoras", Villaflores, Chis., 1959.

En la obra de Navarrete se ilustra también una de las formas de recepción del cristianismo en México. Los antiguos dioses habían tenido que ocupar una posición definida tras la evangelización, y el dualismo sirvió de base en algunos casos. Navarrete nos ofrece un cuadro de opuestos en el pensamiento popular chiapaneco: Dios y el Diablo, Jesucristo y la Muerte, los santos y los dueños, los ángeles y los nahuales... clasificación en que los dueños —los chaneque para usar la palabra náhuatl— siguen atados a la tierra como importantes deidades productoras. No es remoto que debido a esta división dual, basada en la agricultura, el Diablo haya sustituido hasta nuestros días al Dueño de los Animales, y que como tal cumpla las funciones —tanto benéficas como atemorizantes— del gran jefe de todos los dueños, de los *chaneque*.

Para terminar, sólo quiero dejar bien asentado que en estas remembranzas no quiero parecerme a don Cristiano con su visión de que "todo pasado fue mejor". He relatado el principio, un tiempo lejano, cuando nos encargábamos de forjar recuerdos. Pero los años han pasado y hemos mantenido viva nuestra devoción a ese valor llamado reciprocidad. Sigo aprendiendo de Navarrete y de su obra. Sin modestia, puedo creer que él sigue aprendiendo de mí. Los años reducen los tiempos. Las reuniones se han abreviado y se trasladan ahora a los pasillos del Instituto; pero todavía, ya viejos, forjamos recuerdos. ¿Para cuándo? No lo sé. Tal vez los recuerdos deban seguirse forjando hasta el día en que pierdan su función de recuerdos, cuando ya no puedan transitar a un futuro.



Reconocimiento en La Frailesca, Sierra Madre de Chiapas, 1959.

CARLOS NAVARRETE O CÓMO RECUPERAR EL INTERÉS POR LA POESÍA

MANUEL GÁNDARA

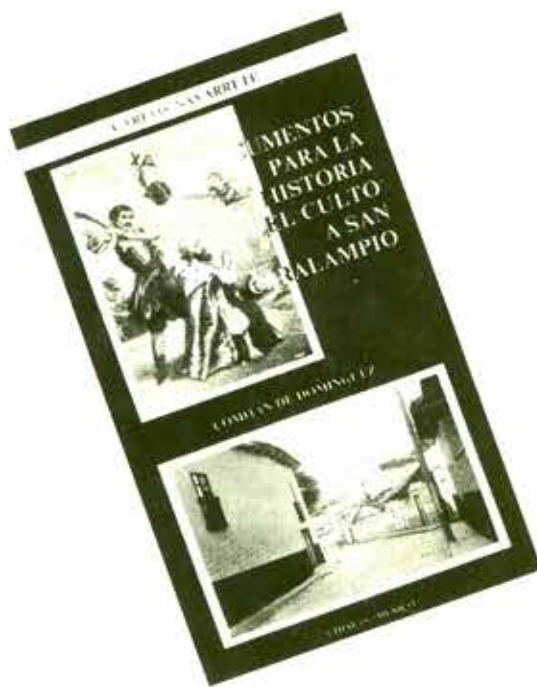
(Con voz del comentarista de *Los Simpsons*): "Hola, mi nombre es Manuel Gándara. Tal vez me recuerden en homenajes como 'Javier Romero', 'Pedro Armillas' o 'Eric Klamroth'. Esta vez es un honor especial estar en este homenaje a Carlos Navarrete, entre otras cosas, porque así deben hacerse los homenajes, cuando la gente está viva y disfrutará muchos años más de este momento, y no *post-mortem*..."

Personaje de *Los Simpsons* aparte, es realmente un honor participar en este reconocimiento a uno de los más importantes arqueólogos mexicanos (bueno, guatemalteco-mexicanos). Cuando los organizadores me invitaron a participar, acepté sin dudarle un solo momento; si no por otra cosa, por el poder aportar cuando menos algunas pinceladas sobre el cuadro complejo y monumental que es la vida y obra de Carlitos. Ya entrado en la preparación de esta semblanza, sin embargo, me entró el pánico. ¿Quién soy yo para comentar y evaluar sus contribuciones a la arqueología de los mayas o de los mexicas? Menos aun, de la etnografía de los altos de Chiapas y Guatemala, o de la etnohistoria, o de su contribución literaria... Y ya me andaba echando para atrás.

Pero hay algo de lo que sí tengo autoridad para hablar, y es de Carlos como maestro y como amigo. Y sobre esos aspectos decidí centrarme, aunque estaba todavía sin definir, hasta esta madrugada, cómo cerrar esta contribución. Finalmente, con la llegada del sol se me ocurrió lo que escucharán en un rato más.

Tuve la enorme fortuna de ser alumno de Carlos allá por 1972, en un curso sobre cultura maya, con la ENAH todavía en Chapultepec. Fue obra de Alicia Blanco, si no recuerdo mal, el convencerlo de que nos diera clase. Al grupo de compañeros más cercanos, y en el que se incluían Linda Manzanilla, Antonio Benavides, Eduardo Merlo y Agustín Peña, entre otros, la noticia nos entusiasmó mucho. Ninguno nos imaginamos que estábamos a punto de tener uno de los mejores cursos de la carrera, y uno que en especial dejaría una profunda huella en nuestra manera de hacer arqueología —o, por lo menos, en la mía.

Y no exagero cuando digo que fue un curso ejemplar. Algunas de las razones de su importancia no fueron claras para mí



Carlos Navarrete Cáceres. Nació en Quetzaltenango, Guatemala, el 29 de enero de 1931.

hasta años después, y espero poder articularlas hoy. Para empezar, el profesor mismo era ya en sí una bocanada de aire fresco: se negaba a ser solemne, era muy divertido, mostraba a todo paso su pasión por el tema, y no estaba muy dispuesto a honrar la absurda distinción entre ciencia y arte. Se movía con igual agilidad en el terreno de la información empírica que en el de una eficaz presentación narrativa de su significado. De



Regreso guatemalteco. Zoo La Aurora, 1997.

hecho, en una de las sesiones iniciales nos tuvo al filo del asiento –y de las lágrimas– durante un buen tiempo, cuando nos contó la desafortunada historia de un romance interrumpido por el volcán que acabó con la Antigua, Guatemala, que recuerdo hasta esta fecha, y que me enseñó más sobre la Colonia que una docta y aburrida exposición de la lista de cronistas oficialmente reconocidos para el siglo XVI.

Pasarían muchos años para que en la literatura sobre pedagogía se reconociera el papel crucial que tiene la narración. Aquellas historias y anécdotas lograban algo importante: lo que mentes más cuadradas, que jamás hubieran “sacrificado” preciosos minutos del programa en narraciones, nunca lograban: el aprendizaje significativo, que por supuesto es algo más que “llenar” de datos las supuestamente vacías cabezas de sus alumnos. En clase de Carlos, el aprendizaje, como se reconoce actualmente, no era asunto solamente de la corteza cerebral, sino del corazón (y la narrativa jugaba un papel crucial en la estrategia).

Que nos narrara una historia colonial muestra que tampoco tenía mucho respeto por los linderos disciplinarios, dado que saltaba de la arqueología a la etnohistoria y a la etnografía, como si la academia nunca hubiera logrado crear las cortinas de humo que ha efectivamente interpuesto entre estos campos. Así que aquello era también una lección práctica en antropología integral.

Pero hay más, dudo que alguno de nosotros nos diéramos cuenta, en ese momento, de que estábamos en presencia de uno de los primeros ejemplos mexicanos sistemáticos de lo que luego se llamó “etnoarqueología” y arqueología experimental. Sin los aspavientos y la parafernalia de *marketing* de productos venidos de Estados Unidos, en 1972 Carlos practicaba ambas corrientes, por ejemplo, con sus intentos de entender y reconstruir los caminos y las rutas comerciales de los Altos, que junto con los arrieros de la región caminó más de una vez –para mencionar solamente uno de los ejemplos que vimos en aquella clase–. Y conste que jamás se las ha dado de teórico.

Lo más interesante, sin embargo, era ¿de dónde es que salía todo eso que veíamos en clase, cuál era su motivación para tener un rango de intereses que lo mismo incluían a los cristos negros que a las tradiciones sobre espantos? Radicaba en la respuesta otra importante lección: la de que la arqueología no tiene sentido si no es en relación con su compromiso con el presente. El compromiso iniciaba como un compromiso político, clarísimo desde el propio exilio de Carlos en México, y que era permanentemente expresado no solamente en clase, sino en todo tipo de actos académicos y públicos –con las consabidas protestas de algunos que lo denunciaban de intentar “politizar la arqueología”–. Pero era un compromiso que tampoco adoptaba las poses ni los golpes de pecho del marxismo de moda (me acuerdo en particular de aquellos marxistas Pierre Cardin, dispuestos a todo por la revolución, menos tocar a un “naco”). El compromiso político iniciaba en la propia clase y la relación que Carlos establecía con el grupo. Ser “izquierdoso” no era únicamente algo para las marchas y mítines, se respiraba en clase en elementos como la manera en que el uso de la razón hacía innecesario el ejercicio de la autoridad, y el diálogo afectuoso rompía los protocolos escolares clásicos.

Pero, a su vez, este compromiso político, como nos dimos cuenta de inmediato, y lo hemos

visto a lo largo de los años, no era sino una expresión de un compromiso en mi opinión más profundo: el compromiso con la vida. Una vida que había que vivir intensamente, con pasión, bajo la guía del amor y el respeto a otros seres humanos. Una vida en la que los ejes de la entrega y el goce eran las guías que orientarían el camino. Carlos siempre ha sido una persona vital, lo que indirectamente creaba un doloroso contraste con algunas de las figuras acartonadas que se negaban a ligar su docencia a la vida (y de las que afortunadamente nos tocaron pocas en la carrera).

Como se verá, creo que mis razones para pensar que ese curso fue algo realmente especial son además de sólidas, profundamente sentidas.

Y conste que las maneras de querer de Carlos, como las reportadas en la frase bíblica, son misteriosas. A mi grupo de repente nos daba la impresión de que quizá no le caíamos tan bien. De repente nos parecía medio duro o medio seco, mientras que llevaba una relación mucho más cercana con la llamada "flota sicodélica", compañeros como el Jerry, la Chapis, el Pájaro y demás, con los que Carlos había compartido más de una vez un churro, perdón, un chorro de cosas. Por contraste, nosotros éramos fresas, incluso a pesar de la súper greña que yo en particular me cargaba, y de mis credenciales como rockero.

Pero al tiempo algo sucedía que volvía a poner las cosas en perspectiva y le reaseguraba a uno los afectos de Carlos. Mi grupo, y mi generación entera tuvo muchos de esos episodios. Narro solamente uno, que por cierto es parte integral del seminario de tesis que por años he impartido en la ENAH, y que aparece puntualmente cuando hablamos de los nervios infundados que inspira el examen profesional.

Mi examen de maestría estuvo marcado, entre otras cosas, porque a la hora de la hora mi director no se pudo aparecer. Y porque, entre los jurados que sí llegaron, estaba Carlos Navarrete. Tenía esa expresión tan especial que de repente tiene, que es casi un tic, en la que parece estar refunfuñando, incómodo o molesto. En mi paranoia me dije: "¡uy! Ojalá no me vaya a tocar una de esas muestras de amor apache, o le vaya a dar por polemizar con algún otro de los sinodales". Mis temores se despejaron en el momento en que finalmente le tocó el turno de interrogarme. Con un tono de voz que inició en congruencia con esa cara seria y admonitoria, pero fue transformándose a medida de que hablaba, lo que dijo, palabras más o palabras menos, fue que mi tesis le había gustado mucho; que ya era hora de que alguien pusiera por



Altos Cuchumatanes, 1979, con dos niñitas chujes, San Mateo Ixtatán, Guatemala.

escrito esas críticas e intentara encontrar alternativas, aunque no compartiera mi entusiasmo por algunas de ellas; pero que en fin, la tesis le había gustado tanto, que en vez de hacer comentarios forzados o preguntas idiotas, lo que había hecho era traerme un poema. Y acto seguido, leyó un fragmento del *Canto General* de Neruda. Los presentes no lloramos porque entonces todavía las feministas no nos habían rescatado del machismo, pero ganas no nos faltaron. Fue un momento inolvidable.

Y que de paso mostraba, de manera indirecta, la deuda real que esa tesis tiene para con Carlos, y que venía de nuevo desde ese curso inicial: una expresión del compromiso de Carlos ha sido siempre una postura crítica ante la arqueología oficial, que tiene poca paciencia para instituciones que cumplen a medias su trabajo, donde los pleitos personales, las veleidades individuales y la "grilla" son capaces de dar al trasto con la continuidad de los proyectos, y donde la peligrosa cercanía de la arqueología a los programas políticos nacionales, estatales y locales es capaz de sacrificar a más de un sitio arqueológico. Mi tesis no refleja adecuadamente en las referencias bibliográficas esta deuda, entre otras cosas porque el impacto de Carlos fue siempre mucho más profundo y formativo que un par de citas específicas. Articulé, quizá de manera un tanto torpe, lo que había aprendido de Carlos y de otros notables maestros que tuvimos, a los que transformar la práctica institucional les parecía mucho más importante que describir el engobe o el desgrasante de un nuevo tipo cerámico. Carlos ha llevado esta preocupación al

extremo, incluso en medidas como la tan criticada en su momento, de la "adquisición" de una porción de Chinkultic, que tengan por seguro sobrevivirá mejor que Cuicuilco, que estaba protegido por decreto presidencial. No sé si a estas fechas fue esta actitud crítica, o como



reza el chisme, el intentar ligarse a la mujer de importante funcionario, la razón por la que estuvo vetado durante algún tiempo y que dio ocasión a aquellas maravillosas cartas ficticias que eran realmente reportes arqueológicos.

Me acercó ya al final de mi exposición, punto en el que a pesar de varios intentos no logré desatorarme hasta altas horas de la noche de ayer. Lo que sigue, entonces, es un producto de última hora y literalmente trasnochado, que espero que Carlos y ustedes reciban con clemencia. Pero lo que se me ocurrió es lograr algo que intenté hace años y que solamente conseguí a medias. Así que para entender el asunto, permítanme una última anécdota.

A raíz no solamente de aquel momento inolvidable con Neruda en mi examen, sino del producto del amor que por entonces me había llegado *pero en serio* en la forma de una antropóloga, condición que lo vuelve a uno receptivo, y finalmente, de la contribución de Lula Acuña, que me introdujo a la obra de Leonard Cohen, para 1977 yo estaba transformado no solamente en un fan del poeta canadiense, sino en un repentino apasionado de la poesía en general. Por supuesto, la disfrutaba mucho, pero igual la entendía muy poco, particularmente cómo es que la poesía opera su singular magia. Así que, con apoyo de mi compañera, Anita Salazar, armamos un plan para convencer a Carlos de venir a

nuestro recientemente estrenado departamento, y darnos una magna sesión sobre la poesía. En particular, sobre el tema de la posibilidad o imposibilidad de la traducción de la poesía (yo andaba necio en traducir a Cohen, entre otras cosas con el fin de compartirlo con Carlos, para quien el inglés no ha sido nunca una lengua con la que se sienta muy cómodo, por decirlo de alguna manera).

Así que Anita preparó una de sus míticas cenas; Carlos llegó muy puntual y con toda solemnidad nos dimos a la tarea de entender la estructura, métrica y rima de la poesía y cómo eso podría afectar la traducción. Pero desafortunadamente (o ¿afortunadamente?) lo hicimos bañando aquella discusión con innumerables botellas de vino portugués —Lancers, lo recuerdo perfectamente—, de forma tal que antes de que pudiéramos llegar a conclusiones finales, o aproximarnos a un intento de traducción de Cohen, Carlos fue el primero en pedir un "breve receso", al que con gusto accedimos los demás, y que acabó en que cada quién en su rincón se echó una buena roncada. Cuando se acabó la roncada se acabó la reunión, al acordar todos que era preferible ir a dormir como Dios manda. Carlos se despidió y quedamos de retomar el intento en otro momento. Desde entonces han pasado ya varios años...

Así que esta es mi oportunidad, que aprovecho con lujo de maña. Más que seguir con las anécdotas, lo que decidí hacer para cerrar esta contribución es traerle a Carlos no un poema, sino una canción; de Cohen, ni más ni menos, que me temo esta vez se va a tener que chutar con todo y traducción. Para nada es Neruda, por supuesto, y de hecho, estuve sufriendo porque la obra de Cohen es tan rica, pero a la vez tan oscura y a veces tan cínica, que era difícil encontrar algo que encajara con la ocasión que nos convoca, y que al mismo tiempo tuviera suficientes elementos bizarros como para no perder el espíritu cohenesiano que tanto me interesa compartir con Carlos. Era eso o traerle mariachis, que también le gustan. Como oirán, al final fueron las dos.

Así que ahí les va, *The Ballad of the Absent Mare*, o *El corrido de la yegua ausente*, que, por cierto, me he atrevido a traducir yo, más que a usar la traducción considerada estándar y que aparece en este libro¹ que recopila la obra de Cohen hasta hace un par de años. Por supuesto, la traducción pierde la métrica y la rima, pero, al menos eso espero, retiene cuando menos parte del sentido original.

El corrido de la yegua ausente

Digamos una plegaria por el vaquero
Se ha escapado su yegua
Y él caminará hasta encontrarla
Su pródiga amada
Pero los ríos están desbordados
Y los puentes se vienen abajo
Con el pánico de la pérdida.

Y no hay rastro que seguir
No hay sitio a dónde ir
Ella se ha ido como el verano
Se ha ido como la nieve
Y los grillos rompen con su canto
El corazón del jinete
A medida que el día se hunde
Y la noche se descompone.

Lo soñó, o fue ella
Que pasó galopando
Doblando el helecho
Y surcando los pastos
Imprimiendo en el lodo
El hierro y el oro
Que él clavara en sus cascos
Cuando aún él era su amo.

Y aunque ella está pastando
Sólo a un minuto de distancia
Él la rastrea todo el día
Y la rastrea la noche entera
Ciego a su presencia
Excepto para comparar sus heridas
con el castigo que le diera a ella.

Y desde su nido en una rama
En el árbol más alto
El mirlo cantó
Tan repentinamente
Oh el sol es tan tibio
Y los suaves vientos cabalgan
En los sauces
A la orilla del río.

Y el mundo es dulce
Y el mundo es ancho
Y allí está ella, donde
La luz y la oscuridad se separan
Desprendiendo vapor
Y es tan basta y tan tímida
Y pisa sobre la luna
Cuando lanza sus coces al cielo.

Y ella viene hasta su mano
Aunque no está realmente domada
Ella quiere perderse

Él anhela lo mismo
Y se desprenderá como el rayo
a través del primer paso abierto
Para revolcarse y pacer
en el dulce pasto de la montaña.

O bien se lanzará
Hacia la alta meseta
Y no hay nada arriba
Y no hay nada abajo
Y es hora de la carga
Es hora del látigo
¿Podrá ella caminar entre las llamas?
¿Podrá él disparar desde el cinto?

Así que él se ata
A la yegua al galope
Y ella se ata a su vez
Al jinete
Y ya no hay espacio
Sino izquierda y derecha
Y ya no hay tiempo
Sino el día y la noche.

Y él se inclina sobre su cuello
Y le susurra bajito
“Allá donde tu vayas
Allá iré yo”
Y los dos giran como uno solo
Camino hacia la planicie
No se necesita el látigo
No se necesita la rienda.

Ahora bien, el broche de esta unión
Quién lo mantiene cerrado
Quién lo suelta de golpe
Apenas la noche siguiente
Algunos dicen que el jinete
Otros dicen que la yegua
O que el amor es como el humo
Que no tiene remedio.

Pero me dice mi amada, “Leonard,
Ya olvídate de esa vieja silueta
Del gran cielo del Oeste”
Así que elijo una tonada
Y ellos continúan su camino
Y se van como el humo
Y se van como esta canción.

Manzanero, Alberto, *Leonard Cohen. Canciones y poemas*, Madrid, Celeste Ediciones, 1996.

Leonard Cohen
1979. “Ballad of the Absent Mare”, *Recent Songs*, Nueva York, CBS Records.

CARLOS NAVARRETE, AMIGO, COLEGA Y COMPAÑERO

JAIME LITVAK KING

Hay una persona que vivió en el siglo XVIII. Como hombre ilustrado de su época, viajó y conoció muchos lugares que lo dejaron muy impresionado, no sólo por su paisaje natural, de bosques y de selvas, de montañas y de barrancas, de llanos y desiertos, sino también por el paisaje humano, de ranchos, pueblos y ciudades, y la gente que vivía en ellos: campesinos, obreros, intelectuales, alumnos y maestros, sacerdotes y fieles, deportistas y aficionados, jóvenes, maduros y ancianos, mujeres y hombres, ricos y pobres.

De todo eso habló, escribió y quizá cantó.

En su discurso hay, sin duda, una impresión de las cosas. Los artículos de uso diario, doméstico e industrial; los objetos del culto, religioso y civil; los que son propiedad de uno, de nadie o de todos. Y conceptos como la música, el sabor, lo que se ve y lo que se lee. Todo eso se une y afecta a los otros y produce un concepto del mundo que se aplica a la manera propia de vida y a la manera de entender el mundo en que se vive el pasado para de ahí derivar el concepto del futuro.

Es el mundo de un ser pensante del siglo XVIII. Es también el mundo de un arqueólogo guatemalteco: Carlos Navarrete, amigo, colega y compañero. Un increíblemente buen arqueólogo, un etnólogo penetrantísimo, un sociólogo perspicaz, un poeta, un ingenioso aficionado a la política y mucho más. Un hombre del siglo XVIII que, sin querer, llegó hasta los siglos XX y XXI, donde vive y observa y, sin duda, producirá mucho más.



Con el chinchintor de la poesía guatemalteca, Carlos Illescas. Cd. de México.

Yo con las pulgas
reniego y arretrato,
porque las pulgas
se llevan mi zapato
¡Ay mira como saltan,
mira como brincan
y como me pican
las pulgas ingratas!

Yo con las pulgas
me río de don Lipe,
porque las pulgas
me pican en el... (pipe)
¡Ay mira cómo saltan,
ay mira como brincan
y cómo me pican
las pulgas ingratas!

Yo con las pulgas
me río de don Lulo,
porque las pulgas
me pican en el... (culo)
¡Ay mira cómo saltan,
ay mira cómo brincan
y cómo me pican
las pulgas ingratas!

(Payaso Ratonino, "Circo Hermanas González",
tope de la séptima calle poniente, 1943.)

MEDIO SIGLO DE AMORES... (ES QUE TAMBIÉN HAY AMORES ENTRE AMIGOS A VECES MÁS LARGOS QUE LOS OTROS)

BEATRIZ BRANIFF

Mi querido Carlos:

Ahora que es tu día, tengo muchas ganas de platicar contigo. Estaba haciendo cuentas y hace exactamente cincuenta años –se dice pronto– que nos conocimos en la ENAH, allá en Moneda 13, y comenzó entonces nuestra gran relación: de amistad, de confianza, de empatía y de vida que afortunadamente todavía disfrutamos.

Yo acababa de inscribirme en ese julio de 1952 –creo que tú llevabas algunos meses ya– y comienza nuestro güiri-güiri en las clases de Armillas. Eran más de dos horas tupidas a morir, y a las diez de la noche la emprendíamos para tomar el camión. Esos cien metros de caminata se convirtieron a través del tiempo en conversaciones arqueológicas, políticas, de amores y desamores. Yo ya estaba chocada... era entonces niña bien –pero no tanto como las paraguaitas– y tú expirabas libertad. Me dabas mucha envidia. Me llevaste a mi primera “manifestación” con pancartas y todo ¿te acuerdas? Eran aquellos nefastos tiempos políticos en tu tierra... ¡abajo la Fruit Company! ¡Mi familia horrorizada! Gracias a ti comenzó mi libertad.

Las clases con don Eduardo (Noguera por supuesto): los sábados íbamos al campo, que entonces era campo, y como Vaillant excavamos en aquellos estratégicos y famosos sitios: que si Zacatenco, que si Ticoman, en cuadros de 2x2 m a cada 2.5 cm. ¡Horror! diría Lorenzo.

Y en aquella inolvidable fiesta en tu casa cuando te recibiste: “Estimado profesor: usted confundió Ocos con la cerámica doméstica de ya no me acuerdo quién”. Uff. Nuestro querido amigo Gálvez emergiendo de los lodos de aquellos lodos.

Aprendimos mucho del neoclásico con don Wigberto en Guanajuato: tú y Carlos Martínez Marín tan persignados –¡que hipócritas!– y al amanecer en Querétaro bajo la insistencia del profesor, conocimos aquella bella casa barroca donde las señoras en un corre corre escondían las bacinicas.

En su oportunidad me prometiste invitarme a comer un rico pay de manzanas pero no se me hizo. Tiempo después me invitaste a una comida china, tampoco se pudo, y tiempo des-



Grupo de milicianos. Palacio Nacional de Guatemala.
Levantamiento militar de 1949.

pues unos tamalitos chiapanecos que tampoco se me hicieron. Le diremos a Elsa que me invite a comer.

Nuestras variadas estrategias “amorosas” con terceras y cuartas personas fueron muy criticadas por nuestros colegas. Los chismes... pero en general nos salimos con la nuestra.

Aquella espeluznante noche de tormenta en Xochicalco, cuando se nos venía abajo la tienda de campaña y cuando a la voz de ¡mexicanos! aparecieron en escena Guillermo Bonfil, Iker Larrauri y Arturo Warman... fue larga aquella fiesta del 15 de septiembre... algunas cosas cambiaron en nuestras vidas, pero a la mañana siguiente irrespetuosamente las vacas se paseaban por encima de los cadáveres de los que con el tiempo serían tan ilustres personajes.

Luego tú te fuiste al sur y yo al norte, pero seguimos disfrutando de la arqueología y de la vida, con sus subidas y bajadas, con los amores, con los amigos –peones, colegas, rancheros y alumnos.

Yo espero que podamos seguir haciendo todo esto en el futuro –aunque ya no nos cocemos al primer hervor–. Yo me siento muy bien y con muchas ganas, y tú afortunadamente sigues viajando y teniendo la misma “chispa” y cara de satisfacción.

Estoy feliz de que todo este rollo sea en tu honor. Te lo mereces.

Gracias por este medio siglo de amores compartidos.

ARQUEOLOGÍA COMO ANTROPOLOGÍA: LA ENSEÑANZA DEL MAESTRO CARLOS NAVARRETE

LYNNETH S. LOWE



Expedición NWAFA al El Salvador, 1959.
Ruinas de Tazumal.



Las infinitas posibilidades de una pirámide.
Tzintzuntzan, Michoacán, 1980.

Desde mis años de infancia escuché innumerables veces el nombre de Carlos Navarrete en boca de mi padre, en aquel entonces director de la Fundación Arqueológica Nuevo Mundo, radicada en Chiapas, y aunque yo no lo conocía, lo admiraba como a un personaje lejano, alrededor del cual se tejían recuerdos de pasadas exploraciones e historias de repalcates. Como parte del antiguo equipo de arqueólogos de la Fundación, Carlos Navarrete y mi padre habían compartido en su juventud largas horas de trabajos de campo, así como proyectos, inquietudes y hallazgos diversos. Se conocieron en los años cincuenta a raíz del interés de Navarrete por estudiar los materiales del Bajo Grijalva depositados en el antiguo Museo Nacional de Antropología, trabajo que posteriormente publicaría como "Archaeological Research in the Lower Grijalva River Region, Tabasco and Chiapas" (1967), en coautoría con Román Piña Chan, dentro de los *Papers of the New World Archaeological Foundation*, serie que acogería varias de sus investigaciones.

En 1958 Navarrete se integró al personal de la Fundación para continuar con las exploraciones en Chiapa de Corzo, al lado del ingeniero Eduardo Martínez, con quien compartiría una sólida amistad, y de los arqueólogos Pierre Agrinier, Bruce Warren, Frederick Peterson, Agustín Delgado, Donald y Lolita Brockington y el Dr. Alden Mason. A su cargo quedó la excavación de grandes secciones en las antiguas zonas de ocupación que rodeaban el Montículo 1,

recobrando una gran cantidad de artefactos preclásicos. Asimismo, exploró y restauró las estructuras ubicadas en el lado oriente del montículo. En adición a estos trabajos, con la iniciativa que lo ha caracterizado siempre, realizó un breve reconocimiento en la región de Tonalá, en la costa del Pacífico, donde reportó los sitios de Paredón, Tiltepec y Tzutzuculi (Navarrete 1959a). En esa misma temporada asumió la responsabilidad de rescatar datos arqueológicos relevantes ante el saqueo de una pirámide estucada en el sitio San Agustín, dentro del ejido

Plan de Ayala o "Juan Crispín" del municipio de Terán, al occidente de Tuxtla Gutiérrez (1959b). También realizó un viaje a El Salvador, en compañía de Lowe y Agrinier, visitando diversos sitios y colecciones arqueológicas con el fin de compararlos con los

materiales hallados en Chiapa de Corzo.

Al año siguiente, llevó a cabo un recorrido por la región de La Frailesca, con objeto de hallar elementos comparativos entre la cerámica de Chiapa y otros sitios del Grijalva, y la de aquellos asentamientos ubicados en la parte suroeste de la Depresión Central (1960). Éstos y otros datos obtenidos de diversas excavaciones en la ciudad de Chiapa de Corzo sirvieron de base para una investigación mayor sobre los antiguos chiapanecas, que presentaría como tesis en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (1965). Las vivencias experimentadas en aquella época dejaron profunda huella, como él mismo expresó: "Vivir en Chiapa de Corzo cambia a cualquiera. Parece pueblo bíblico, de los bondadosos: al que está solo le brinda abrigo, lo radica y lo adopta" (Navarrete 1993:27). De esas experiencias se desprendería también una excelente obra literaria con fuertes raíces antropológicas, *Los arrieros del agua* (1984), en la que recrea no solamente a un personaje, sino a una época, una región, una sociedad.

A partir de 1961, con el desarrollo del Proyecto Izapa por parte de la Fundación, Carlos Navarrete colaboró en las excavaciones de los grupos A y B, de nuevo bajo la dirección de Gareth W. Lowe. Mi papá siempre admiró la calidad de su trabajo, así como su entusiasmo y amor por la arqueología, y mi mamá, por su parte, recordaba con nostalgia las épocas del campamento de Tapachula, donde Carlos les divertía con sus bromas y hacía de las suyas en la cocina. A lo largo de varias temporadas realizó recorridos por la costa pacífica, localizando gran cantidad de sitios, entre los cuales destacan Chantuto, Aquiles Serdán, Tiltepec y Pijijiapan. Volvieron a coincidir en el proyecto de rescate de la presa de Malpaso (1965-1966), organizado en forma conjunta entre la Fundación y el Instituto Nacional de Antropología, ante la inminente inundación de la región, en el cual Navarrete fungió como director de campo, y luego en Chinkultic (colaborando con Borhegyi), sitio que ocupa un lugar especial en su vasto universo de intereses, y que hasta la fecha se encuentra explorando. Muchísimos otros temas ha abordado desde entonces, reflejados en su extensa y variada bibliografía: la presencia olmeca, las rutas de comunicación, el ámbar, las iglesias coloniales, los cristos negros, etc., siempre en forma novedosa, fresca, buscando lo que no se ha dicho, y su vinculación con el presente.



Más tarde, mientras era yo estudiante de la ENAH, a finales de los ochentas, y después de haber leído muchas de sus obras, pensé que no podía dejar pasar la oportunidad de conocerlo personalmente, y de tener como maestro a una de las figuras más importantes en

la arqueología mexicana, en una época de crisis en la calidad de la enseñanza antropológica. Así que lo busqué, y con gran entusiasmo, él accedió a impartirnos un curso optativo llamado "Perspectivas en la investigación arqueológica", que enriqueció enormemente nuestra visión de la disciplina. Entre sus principales aportaciones, además del gusto por enseñar, compartió con nosotros esa forma de hacer arqueología relacionándola con las sociedades vivas. Tan sólo escucharlo era un placer. Nos hablaba de las otras posibilidades de hacer investigación dentro del trabajo arqueológico a través de diversos ejemplos: los ensayos de acercamiento iconográfico, sus estudios de rutas de comercio, caminos, mercados y santuarios, la investigación en archivos. Siempre destacó que el camino que sí funciona es el de la arqueología antropológica, e insistía en que había que mantener las humanidades dentro de la arqueología americana.

Desde aquel tiempo he tenido la suerte de compartir muchos de sus conocimientos y experiencia, pues me brindó la oportunidad de estudiar los materiales y notas de campo del rescate de Malpaso para mi tesis de licenciatura, además de su asesoría y, especialmente, de su amistad. Recuerdo con cariño las largas pláticas en su rancho de Los Andasolos, en compañía de Carlos Álvarez y Mario Tejada, así como los paseos a la pirámide de Chinkultic. Y creo que la mejor enseñanza que me ha dado es esa pasión que contagia por la arqueología, por el arte y, en general, por la vida.

OBRAS CITADAS

- Navarrete, Carlos
1959a "A Brief Reconnaissance in the Region of Tonalá, Chiapas, México", *Papers of the New World Archaeological Foundation*, No. 4, Orinda.
1959b "Explorations at San Agustín, Chiapas, México", *Papers of the New World Archaeological Foundation*, No. 3, Orinda.
1960 "Archaeological Explorations in the Region of the Frailesca, Chiapas, México", *Papers of the New World Archaeological Foundation*, No. 7, Orinda.
1965 *Los Chiapanecas: historia y cultura*, tesis de licenciatura en arqueología, ENAH, México. (Publicada en inglés en 1966 como *Papers of the New World Archaeological Foundation*, No. 21).
1984 *Los arrieros del agua*, México, Ed. Katún.
1993 "Eduardo Martínez en la arqueología mexicana", en C. Navarrete y C. Álvarez (eds.), *Antropología, historia e imaginativa. En homenaje a Eduardo Martínez Espinosa*, Tuxtla Gutiérrez, Instituto Chiapaneco de Cultura, Gobierno del Estado de Chiapas.

CARLOS NAVARRETE CÁCERES

ENRIQUE FRANCO TORRIJOS



Dos años después, él y sus juguetes, 1933.

Resulta difícil, aun para el más avezado escritor, adentrarse en los laberintos del conocimiento humano y escudriñar la personalidad de un connotado arqueólogo y mejor amigo, sin que pareciera un compromiso baladí, porque los adjetivos para calificar su vida y entrega a su profesión, que nace del seno de sus más profundas raíces, la gran cultura maya, lo hace imprescindible.

Sabemos que nace en Quetzaltenango, Guatemala, en 1931, de donde llega a nuestro país en 1952 después de haber iniciado sus estudios de historia y arqueología en la prestigiosa Universidad de San Carlos y de pertenecer al grupo *Saker-Ti* de artistas y escritores revolucionarios, durante los gobiernos de Arévalo y de Arvéz.

Cómo olvidar su ingreso a nuestra querida Escuela Nacional de Antropología de la calle de Moneda, un año después que yo. Llegó con una actitud que calificaría de áspera, quizás por secuelas de tormentas pasadas, lo que no impidió nuestra identificación. A la sazón, mi primer intento literario, denominado *Odisea en Bonampak*, resultado del viaje que efectué a principios de 1950 a las entonces inaccesibles ruinas de impresionantes muros pintados, me ayudó a ganar su simpatía y amistad, coincidiendo en el interés que profesábamos por la civilización que enriquece todo el sureste de México, Guatemala, Belice, Honduras y El Salvador.

Nuestros años de estudiantes los recuerdo con vehemencia; se vieron salpicados de pintorescos incidentes y anécdotas, tanto como por el privilegio de haber departido con

PAPERS
OF THE
NEW WORLD ANTHROPOLOGICAL FOUNDATION
NUMBER TWENTY-ONE

The Chiapanec
History and Culture

by
CARLOS NAVARRETE

PUBLICATION NO. 16
NEW WORLD ANTHROPOLOGICAL FOUNDATION
BETHLEHEM, PENNSYLVANIA
1954, 1955



la pléyade de profesores que enriquecieron y dieron sentido a nuestras aspiraciones, muchos de ellos entrañables amigos. Lo mismo sucedió con muchos de nuestros compañeros de escuela, los que a través del tiempo, se distinguieron por su disciplina profesional y por méritos propios.

He tenido el privilegio de disfrutar de su invariable amistad desde entonces y de coincidir con él en la búsqueda de diferentes manifestaciones culturales en muy diversas circunstancias; ello me permite esbozar en estas líneas a la persona sabia que en cada expresión, en cada plática, llena de chispeantes modismos, como "Turimbuchi", "patoja", "chuntaes", "andalón" y el consabido "una mi novia", nos entrega su propia relación de la cosmovisión ancestral que anima la tradición y costumbres del sureste de Mesoamérica.

En múltiples ocasiones he observado su innato entusiasmo y vibrante magnetismo cuando expone sus ideas sobre las manifestaciones culturales que tan bien conoce, sin importar si son sus estudiantes, un grupo de entusiastas de la arqueología o un selecto grupo de intelectuales, con quienes comparte sus conocimientos, cautivándolos.

No podría soslayar nuestras aventuras durante la preparación del libro *Kohunlich*, que hicieramos para la Presidencia de la República. Recuerdo vivamente la ocasión cuando iniciamos el vuelo en helicóptero, aquella fresca mañana, para sobrevolar Río Bec en la selva campechana; habíamos decidido tomar fotografías sobre Xpuhil para desde ahí dirigimos a nuestro objetivo. A pesar de lo mucho que insistimos, de acuerdo con las cartas de navegación, Río Bec permaneció oculto a nuestros ojos. La situación del combustible nos aconsejaba buscar una solución y discurrimos bajar en Becán para pedir a Juan Briceño, su guardián y andalón de primera, que nos acompañara. En el aparato no podíamos ir cinco personas, por lo que decidimos que el mecánico debía quedar en tierra para que "Juanito" tomara su lugar. Por cuestión de tiempo, no quisimos quitar los mandos del lado izquierdo, sólo pedimos a Juan que no tocara nada. Las aspas del rotor empezaron a girar, y no sabíamos que sería el primer vuelo de nuestro acompañante, sentado enfrente; cuando

el helicóptero se inclina levantando la cola para iniciar el vuelo, nerviosamente Juan empezó a jalar todo lo que estaba a su alcance, seguramente por el temor de ver desde su perspectiva que el aparato se precipitaba hacia el suelo en un movimiento fuera de toda lógica para su manera de percibir el ascenso. Carlos, que estaba sentado atrás de él, brincó para abrazarlo con gran fuerza e impedir más movimientos, al tiempo que gritamos "no toques nada". Nuestro vuelo prosiguió, no sin haber pasado un trago amargo.

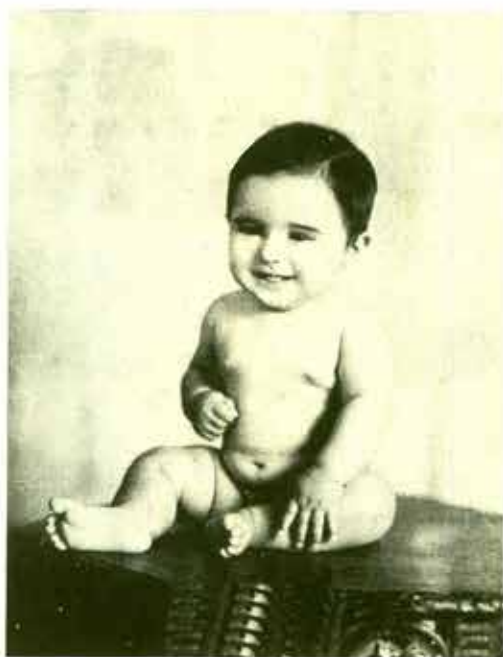
El sentido de orientación de los naturales del lugar es verdaderamente encomiable, por lo que minutos después divisábamos las enhiestas

torres de Río Bec. Giramos varias veces sobre el sitio tomando fotografías y repentinamente una ráfaga de aire nos sacudió al hacer un viraje, lo que ocasionó que la pequeña cámara que el piloto había pasado a Carlos saliera por la ventana sin posibilidad de rescatarla.

Regresamos a Becán, donde pasamos la tarde sorprendidos por el juego de luz que filtra sus rayos entre la maleza y proyecta sombras sobre la piedra caliza de sus espléndidos edificios. El regreso a Mérida fue maravilloso; el sol poniente jugueteaba con las nubes haciéndolas vestir sus mejores galas.

Nuestra más reciente aventura, curiosamente, nos aleja de las selvas que comparten nuestros países y que tantas vivencias nos reportan, para llevarnos a las tierras faraónicas del alto y el bajo Egipto sin habernos puesto de acuerdo; simplemente coincidimos en el grupo que organizaba la Sociedad Mexicana de Egiptología y fue sin duda alguna, la mejor ocasión para celebrar cincuenta años de amistad, maravillados por el portento escultórico y monumental de esa añeja gran cultura.

Pronto visitaré tus lares en Chinkultic, Carlos, de acuerdo con lo que hemos hablado, y queda pendiente lo de Tapijulapa. Sólo espero que el destino nos depare todavía nuevas aventuras para poderlas platicar con regocijo, de la misma manera en que siempre recordamos nuestras hazañas y a quienes han compartido con nosotros todas nuestras vivencias, que por ser muchas, bien valdría la pena considerarlas para uno de tus libros de sabor exquisito.



Su primera fotografía.

CARLOS NAVARRETE CÁCERES

CONSTANTINO REYES-VALERIO

Arqueólogo, historiador, poeta, cuentista, folclorista, ¡qué se puede decir de un hombre que cultiva éstos y muchos otros aspectos de la cultura! Diré que lo conozco, hace treinta, cuarenta años, quizás más. Compañero ameno y exitoso en el aspecto social, profesional, académico y, también, en el de la angustia. Ésta puede ser la menos conocida de todas sus cualidades. Y no es elogio vano, sino una realidad.

Allá por el año de 1965, mi esposa y yo fuimos con Carlos Navarrete en una excursión arqueológica al sureste. Entre los objetivos estuvo un paseo a la isla de Contoy, para observar puros esqueletos de aves. Mi gusto por la biología, mejor dicho, por la ornitología y la osteología, no llega a tanto y tampoco llegará. El tiempo se fue sin percatarnos de ello, llegó la noche y, también, un mar embravecido.

Recuerdo el pánico que tuvimos y sentimos no sé cuántos excursionistas, en medio de la noche, perdidos en el Caribe, embarcados en una frágil lancha, que más bien parecía una lanchita de cáscara de nuez; debimos estar blancos del susto. En la inmensa fuerza del mar, las olas nos zarandeaban de un lado para el otro, arriba y abajo; rayábamos en el pánico.

Carlos Navarrete, con ese ingenio que le es propio de nacimiento, se puso a contar cuentos de todos colores y sabores. Si había alguna beata entre nosotros no lo recuerdo, pero la carcajada era general, a tal grado eran subidos de color y de ingenio, que nos olvidamos del susto, por el gusto de escuchar la gracia de sus relatos, que nos hacían reír sin que mediara un segundo de interrupción.

De pronto, observamos las luces de una lancha de la capitania del puerto enviada en nuestra búsqueda, pues hacía muchas horas que debíamos haber llegado. El suspiro de alivio fue conjunto, y agradecimos a Carlos que si

hubiésemos muerto, lo habríamos hecho muertos de risa, pues desapareció el pánico inicial.

Por otra parte, los relatos de Carlos Navarrete al llevarnos a las ruinas arqueológicas hicieron cobrar vida a lo que los mayas habían realizado mil años antes.

Sus palabras, impregnadas de un sabio misticismo, llevaron nuestra imaginación a contemplar, virtualmente, como se diría ahora, el trabajo de los sacerdotes mayas, de los ministros de los dioses, del pueblo maya en general, ante el trabajo realizado sabia y pacientemente en Uxmal, Xlabpak, Sayil, Chichén Itzá, El Rey en Cancún, en Kabah y otros lugares más. Ante todas estas maravillas de la arqueología mexicana, Carlos nos hizo sentir la emoción, la pasión, el amor por las obras muertas que, con su palabra, parecían recobrar la vida.

Encontrar un hombre con estas cualidades, esta calidad del hombre culto, del hombre que sabe transmitir sus conocimientos, es poco frecuente, más aún, diría rarísimo.

Carlos Navarrete Cáceres ha estudiado no sé cuántas zonas arqueológicas y explorado centenas de templos, de pirámides, de ruinas olmecas y mayas principalmente. Asimismo, ha narrado sus investigaciones ante variados auditorios y ha encauzado a incontables alumnos, porque es un maestro-enseñador como pocos. Escucharlo es sentirse contagiado de su entusiasmo, de su sabiduría en torno a las obras bellas que describe.

Sus escritos abarcan no sólo lo arqueológico, sino también los usos y costumbres de su tierra entrañable, Guatemala; además ha explorado el alma chiapaneca y la de otros entornos, porque es un gran relator, un fecundo y gran escritor.

Felicidades al hombre que me honra con su amistad.



Homenaje a Luis Cardoza y Aragón, México.
Balcárcel, Illescas, Cardoza, Navarrete, Otto Raúl González.

UNA CARTA A CARLOS NAVARRETE

MARÍA ELENA RUIZ AGUILAR



Museo de Antropología, 1967. García Bustos, Navarrete, Alaide Foppa, Miguel Angel Asturias, Rina Lazo y el comandante Gaspar Ilom.

Escribir y dedicar unas líneas parece algo muy sencillo, pero tratándose de vos considero que no es fácil, pues no a todos se nos ha privilegiado con ese don, que se pueda expresar en pocas palabras lo que significas como maestro, amigo y colega.

Nos hemos reunido aquí varios de tus amigos, no con objeto de rendirte homenaje, pues los que te conocemos sabemos de sobra que nunca has sido partidario de recibir honores. No obstante, desde hace tiempo se pensó en hacerte un merecido reconocimiento público, por tu labor sobresaliente de muchos años en el quehacer antropológico. Como maestro has sabido ser el guía de muchos de nosotros, brindando apoyo y confianza en los momentos difíciles del oficio. En cuanto al amigo y colega que ha compartido su tiempo enriqueciéndonos a la vez con sus valiosas pláticas y experiencias de ayer y hoy, ¿a quién se le pueden olvidar, por ejemplo, aquellos recuerdos dentro del recuerdo, la leyenda de los Satanaces de Chinkultic, protagonizada por don César Albores, cabalgado su fiel corcel *El Fierro*... Los Albores; aquellas noches de tormenta



donde aparece el Cacho y los cachojitos, allá en el rancho Los Andasolos; o bien la momia de Comitán que una noche, más allá del tiempo, llegó a Chinkultic... Las andanzas en Huehuetenango, Zaculeu, San Juan Obispo, Antigua entre otros lugares de la ciudad de Guatemala; las charlas de sobremesa, y esa famosa entrevista con monseñor Próspero Penados del Barrio en el Arzobispado de tu misma ciudad natal?

Por todo esto pienso que no se puede tener mejor maestro y guía que vos mostrando camino, despejando dudas, motivando siempre la aventura de un nuevo día.

Del compañero de trabajo en el Instituto, es oportuno comentar tu fantasía, que es la de contar algún día no lejano con una secretaria versada en la arqueología que además se llame Ágata, con objeto de que se encargue de los asuntos burocráticos, así como de las tareas inútiles e ingratas del oficio. Pues bien, quiero decirte que sin querer queriendo, mi persona ha asumido frecuentemente ese papel, a pesar de los odios, rencores y reclamos de alumnos, galanas, colegas y reporteros, entre otros, siempre dentro del afán de colaboración, amistad y respeto que nos une.

Recientemente, en la Universidad de Jalapa se habló con mayor amplitud de tu labor académica. Por ello es que no creo necesario aquí enumerar tu obra ni hablar de tu aportación a la docencia, y menos aún detenernos a enlistar tu vasta obra bibliográfica.

Lo que no podemos dejar pasar en esta ocasión, aun a riesgo de repetir lo que ya se ha dicho anteriormente, es el reconocerte como gran poseedor de experiencias, capacidades y conocimientos. Estoy segura de que tus alumnos del pasado, presente y futuro sabrán recoger ese impulso vital que tú, Carlos, has sabido inculcar en nuestras personas. Finalmente, gracias al maestro, al amigo y al colega.

CARLOS NAVARRETE. SU NOMBRE ES VIVENCIA

EMILIO H. QUESADA A.

¡No hay palabra que mejor lo defina!

Es el extraordinario arqueólogo que une la investigación con el trabajo de campo; el de los libros eruditos, producto de su recorrer a pie y en archivo, en páginas y en intuiciones el mundo prehispánico, y sobremanera el maya.

Pero Carlos no se queda en las piedras, es el historiador, el etnólogo, el humanista y el literato. Es el cronista de la farándula y el teólogo de la sociedad trascendente; es, en síntesis, el interlocutor de la vida con la ciencia. Esta permeabilidad ha hecho que Carlos sea por antonomasia ¡vivencia!

Esta cualidad de ser transmite su entorno en la divulgación y por eso Carlos ha sido una figura señera como expositor en paseos culturales. Quien visita la cultura maya con Carlos, quien lo acompaña a Guatemala, Chiapas, la península de Yucatán o al sitio que él elija, difícilmente acepta otros maestros. ¿Es por su erudición, su amenidad o su simpatía? Claro que sí, pero no lo es todo. Es la pasión y el vivir el lugar, es sacudir con su pañuelo las hojas muertas sobre un relieve para limpiarlo, apapacharlo y explicarlo, es saborear el tascalate en el calor de Chiapa de Corzo, saboreando las anécdotas que con Eduardo Martínez vivió en sus andanzas



Calca de Ajaracas. Convento del siglo XVI, Tecpatán, Chiapas, 1968.



Con Rigoberta Menchú.

arqueológicas y hasta en el fútbol. Es comprar un sangrante armadillo, acariciarlo como a un niño desvalido y liberarlo quince kilómetros adelante en su entorno ecológico. Carlos no sólo es cargar las andas en la procesión de la Antigua, Guatemala, sino cargar una historia, una tradición y un viacrucis que se inicia con su juventud comprometida desde las aulas antiqueñas hasta su entrega docente en la convulsionada ENAH.

Su vida ha sido vivencia porque ha vivido en grande y a sus anchas, pero no ha sido egoísta; ha transmitido su alegría de vivir, y en esos pequeños mundos y grupúsculos de la competencia en donde se cuida el saber para que no se roben su resplandor, él no lo ha cuidado porque la fuente que no derrama está vacía. La luz que no ilumina tampoco arde.

Nunca he oído a Carlos atacar a nadie, porque no teme a nadie. Cuando quizá algún aprendiz imitador quiere alzarse sobre su pedestal, Carlos lo impulsa porque su meta es levantar el edificio. Su labor es hacer escuela, su obra es colectiva.

Hoy en su homenaje quiero constatar la vivencia de muchas generaciones en las que Carlos transformó la simple admiración estética de la arqueología y el arte en comprensión y amor a lo que es nuestro patrimonio cultural y nuestro ser social.



Elsa y Carlos en Buenos Aires.



Los vecinos rancheros, sus amigos.

CARLOS NAVARRETE CÁCERES

NOEMÍ CASTILLO TEJERO

Conocí a Carlos desde el primer día que llegué a la ENAH en 1955; era una época en la que la escuela de antropología tenía su local en el ala sur de la parte superior del viejo Museo de Antropología, en el viejo edificio de la antigua casa de Moneda, en la actual calle de Moneda 13, donde actualmente está el Museo Nacional de las Culturas.

La escuela de antropología en aquel entonces tenía pocos alumnos y sólo ocupaba los cinco salones de esta ala sur; todos los alumnos de cualquier año nos conocíamos y existía una gran relación entre alumnos y maestros. Carlos ya era famoso por su afabilidad y carácter abierto y dicharachero; su amor a la arqueología era de nacimiento, y participó como estudiante en muchos trabajos de campo; en aquel entonces existía una especie de rivalidad amistosa entre los alumnos seguidores de Lorenzo y los De Piña Chán.

Carlos se llevó indistintamente bien con los dos maestros, aunque siempre mejor con Piña, ya que Lorenzo en muchas ocasiones, por su carácter dominante, trataba de imponer sus ideas, y en ocasiones tanto Carlos como otros alumnos tenían discusiones con Lorenzo. Las discusiones con Piña Chán eran de otro tipo.

De carácter abierto y dicharachero, alegre en las fiestas, pero serio y regido en sus trabajos de investigación, su origen maya guatemalteco y el cariño a su tierra natal es ejemplar y por ende dentro de la arqueología mexicana, Chiapas junto con Guatemala conforman su interés primordial; territorios que desde la época prehispánica y hasta el momento de la Independencia forman un área cultural.

Carlos es polifacético: además de arqueólogo es antropólogo, etnohistoriador, y su amplia obra al respecto lo comprueba, además de ser escritor nato, cuya pluma ligera nos ha hecho gozar de bellos pasajes narrativos y poéticos que nos hablan de un hombre con una gran sensibilidad, orgulloso de sus raíces, tanto mayas como guatemaltecas.

Durante su juventud se integró a movimientos sociales, tanto en su natal Guatemala como en México; su lucha contra la injusticia moldeó su carácter y fortaleza y le permitió no dejarse vencer ni cambiar su línea a pesar de las represiones sufridas, ya que era un idealista al respecto. Como estudiante participó en forma activa en la primera huelga de la ENAH en la década de los cincuenta, a partir de la cual surge una ENAH más fortalecida, con una serie de reconocimientos económicos, un programa definido y currículos *ad hoc* con el momento.

Como investigador de primera línea su obra habla por sí sola; como amigo no tiene igual, siempre ha sido el mismo a través de los años: amable, sincero, franco, querido por sus alumnos y sus compañeros.

PARA EL HOMENAJE AL PROFESOR CARLOS NAVARRETE

ROBERT COBEAN



Una piñata navideña en su cueva de Los Andasolos, 1985.

Carlos Navarrete ha sido un estudioso y maestro de gran influencia en varios campos de la investigación sobre Mesoamérica durante cuatro décadas. Sus escritos y sus clases han abarcado un gran número de temas que incluyen los olmecas, los chiapanecos, los mayas de época clásica, los mexica, investigaciones arqueológicas sobre muchos sitios y culturas en México y en su patria, Guatemala, que abarcan temas como iconografía prehispánica, etnohistoria, arte y arquitectura del siglo XVI en México y Centroamérica, y los cultos de santos y cristos negros a través de los siglos. Sus conocimientos e intereses son vastos, y a pesar de que son diversos y a veces al parecer sin nexos, en el rigor y la elocuencia de sus textos se encuentran grandes líneas de continuidad entre los pueblos mesoamericanos, desde el Formativo hasta el presente. Carlos tiene un gran talento como escritor, y sus libros y artículos constituyen también un placer literario para sus lectores. Sus intereses rebasan los límites formales de muchos campos académicos relacionados con Mesoamérica, y sus investigaciones tienen una universalidad parecida a la obra de Miguel Covarrubias, con la prosa de Carlos comunicando una belleza y una elocuencia parecidas a las de los dibujos de Covarrubias.

Carlos también es uno de los maestros más importantes e influyentes durante las últimas décadas en la antropología de Mesoamérica. Sus clases y conferencias han sido claves en la formación de generaciones de alumnos en la ENAH, y

sus ideas y escritos han influido a muchos colegas que no fueron sus alumnos. Conocí a Carlos en 1969, cuando le busqué para pedirle consejo acerca de mi tesis de licenciatura sobre el comercio prehispánico de la obsidiana. Como siempre, él hizo sugerencias de gran inspiración y me habló de tres probables yacimientos de obsidiana en la frontera entre Chiapas y Guatemala que eran casi desconocidos.

Otros ensayos en este homenaje presentan discusiones y resúmenes de las investigaciones de Carlos Navarrete. Aquí sólo quiero mencionar una experiencia, que expresa algo de la importancia de su labor como docente hace 20 años, cuando yo era el coordinador de la licenciatura de arqueología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Noté que los miércoles durante el turno vespertino había extrañas reuniones de alumnos en el patio central entre las 7:00 y 9:00 p.m.; digo "extrañas" porque los alumnos llenaban gran parte del patio y no hablaban. Se sentaban en los bancos y muros y miraban hacia las ventanas del primer piso del edificio anexo. El primer miércoles que vi esta reunión en el patio, sólo pensé que probablemente era el principio de un mitin, y entré a mi oficina sin preguntar qué estaba pasando. El siguiente miércoles, cuando vi todavía más alumnos silenciosos reunidos en el patio, me quedé con ellos por un rato, y me di cuenta de que estaban viendo las transparencias del seminario de Carlos sobre iconografía mexica. El salón del seminario, en el primer piso del anexo, estaba totalmente lleno con más de ochenta alumnos, y había por lo menos otros cien estudiantes abajo en el patio viendo las transparencias y luchando para escuchar el discurso de Carlos. Traté de conseguir un salón más grande para su seminario, pero en la ENAH de los ochentas, con más de dos mil alumnos en las distintas licenciaturas, no había otro espacio disponible. Y así, durante todo el semestre, las reuniones silenciosas de los miércoles siguieron en el patio central, con la voz de Carlos captando la atención de tantos alumnos e inspirándolos a pensar sobre la iconografía mexica y sin duda sobre un mundo de cosas más.



El puro que le regaló Fidel Castro.

CARLOS NAVARRETE: LUCHADOR, CONVERSADOR, CONFERENCISTA, ARQUEÓLOGO, ETNÓLOGO, HISTORIADOR, ESCRITOR Y AMIGO

JULIETA ARECHIGA V.

Dentro del personal que forma parte del Instituto, Carlos Navarrete es un colega que destaca por méritos propios, ampliamente reconocidos por propios y extraños. Hablar de Navarrete es siempre una tarea agradable y difícil, así que mejor dejo que él empiece:

Cuenta Navarrete que parte de su educación transcurrió durante el gobierno del general y dictador Jorge Ubico:

[...] Aunque éramos muy jóvenes –mi generación marchaba entre los catorce y los diecisiete años– la secuela de la dictadura perduró mucho tiempo más: en lo psicológico seguíamos hablando quedo, cuidándonos del oído del vecino; en la economía doméstica el trato diario con los comerciantes estaba teñido del centavismo característico del régimen; lo cultural, manifestaba el conservadurismo de los gustos, los prejuicios raciales y de clase, determinaban las relaciones sociales y familiares. Nos habían engañado con patriotismos imaginarios, cuando en realidad nos cercaba la miseria y el aldeanismo de miras debido a la incomunicación con el exterior, imposibilitados de acceder al futuro de un siglo cambiante.

A los 18 años, interesado por la cultura y por su deseo de apoyar al movimiento revolucionario, se integró al grupo *Saker-ti*, una agrupación de artistas y escritores que se formó en 1947.

Estas inquietudes, la “curiosidad” intelectual y su espíritu rebelde lo condujeron, por oposición al régimen, por caminos no siempre fáciles, desde su patria de origen hasta estas tierras, su patria nueva. Patria que aunque no sea muy “suave”, como lo hubiera querido López Velarde, sí supo dar cobijo, en su momento, a la parvada de jóvenes inteligencias que vendría a realizar aportes sustanciales a la cultura de este lado del Suchiate.

Así pues, Carlos Navarrete se formó allá y acá; realizó estudios de historia y arqueología en la Universidad de San Carlos en Guatemala y en la Escuela Nacional de Antropología e Historia en México. No intento hacer la glosa del currículo de Navarrete, pero sí quiero decir que ha sido un miembro muy destacado del Instituto de Investigaciones Antropológicas y que la situación actual de Chinkultic habla de su quehacer como arqueólogo.

Conocí a Carlos Navarrete al ingresar al Instituto de Investigaciones Antropológicas. Desde entonces me brindó su amistad. En todos estos años de trabajo diario, he tenido innumerables ocasiones para conocer y escuchar su narrativa siempre de manera simpática y agradable.

Además de ser un arqueólogo muy reconocido y maestro prestigiado, en sus recorridos de campo fue acumulando experiencias y conocimientos que consignó en su diario de campo y posteriormente convirtió de manera deliciosa en literatura. Un ejemplo de ello está en *Los arrieros del agua, El Cristo negro de Esquipulas en Mesoamérica, San Pascualito Rey, El corrido guatemalteco, Los caminos de la sal*.

Teniendo siempre en primer lugar su quehacer arqueológico, su formación antropológica no desdeña nunca otros datos: etnográficos, socioeconómicos, políticos o religiosos que considera de importancia, y nos conduce desde muy diversos enfoques y anécdotas a conocer sus vivencias e intereses tan diversos, base de sus recorridos por veredas, caminos, pueblos y ciudades "siempre a pie, así es como se conoce mejor...", y parafrasea al maestro Armillas: "El que sólo arqueología sabe, ni arqueología sabe".

En las manifestaciones religiosas al Cristo Negro, se integra a las procesiones para conocer el culto e investigar todos los pormenores del mismo entre cohetones, velas y rezos. Recorre la feria, entre gritos de vendedores, artesanías, música, y como él lo describe: "Entre tantos productos y energía, entre tanta música y gritos, ladrones, transportes, parasicólogos, putas, adivinos y soldados; entre tanto fervor, llantos y esperanzas, dimos gracias por haber escogido una profesión tan bella ¡Si tan sólo pensáramos

en la pasión del alfarero cuando describimos el tiesto y la lasca!".

La capacidad de Navarrete para comunicarse se hace más rica en sus conferencias, donde une a su elocuencia la sistematización de sus experiencias ilustradas gráficamente. Gran conversador, cuando se sube al podium, en el diálogo con la concurrencia se convierte en un actor que logra transmitir a su público no solamente sus experiencias, sino también sus sensaciones, sus angustias y sus alegrías.

Navarrete se deja ver como una fuente inagotable de entusiasmo, siempre muestra el gozo por todo lo que emprende. De pronto improvisa una conferencia de todo aquello que llama su atención, que al igual que los resultados de sus investigaciones arqueológicas, detalla de manera sencilla y amena, de tal forma que en sus presentaciones tienen una gran audiencia, los lugares se agotan y aun de pie, a ras del suelo, los oyentes se acomodan para escucharlo.

A sus habilidades narrativas se añade una memoria poco común. Dice que recuerda siempre su gran ilusión por conocer la ciudad de México, cuando escuchaba en su natal Guatemala la XEW, por un pequeño radiecito a las once de la noche. Su abuelo le apoyó para que hiciera realidad su deseo. Comenta que trabajó en la Arena México, ahí profundizó sus conocimientos en lucha libre, y para que los neófitos en el asunto nos enteremos, se tira en el suelo y nos señala las llaves que usan los luchadores: cangrejos, crucetas, tapatías, etcétera.

Su preocupación: estar acorde con el tiempo-edad-capacidad. Cierta mañana encontré a Carlos Navarrete subiendo y bajando las escaleras, brincando a pies juntos. Al ver mi sorpresa, me dijo: "hoy cumplo cincuenta años, estoy probando mi fuerza y energía, me siento bien ¡muy bien!".

Desde hace treinta y cinco años el maestro Navarrete ha tenido una destacada e intensa participación en la vida académica del Instituto de Investigaciones Antropológicas, y por ello quiero aprovechar la ocasión para hacer un merecido elogio de su larga y fructífera trayectoria, pero sobre todo de su don de gentes y su amistad.



Los bisabuelos anarquistas. Atentado de 1905.

CARLOS NAVARRETE

TRINIDAD PULIDO

Hablar de don Carlos Navarrete, el maestro o el arqueólogo, es un gran reto; muchos han compartido sus conocimientos a través de sus clases, otros hemos gozado de su amistad, como en mi caso, pues lo conocí afuera de las aulas estudiantiles, y nuestra amistad ha perdurado desde hace muchos años. También he compartido sus conocimientos durante las conversaciones que he sostenido con él, y me han ayudado para superarme como profesionista.

Su trato amable y sencillo es del hombre sabio que no necesita presumir de sus conocimientos, pues sólo al escucharlo se intuye que se habla con una persona culta.

Es un hombre polifacético: historiador, antropólogo y doctor en arqueología; sin embargo, prefiere que solamente se le diga su nombre o simplemente arqueólogo, desde ahí se nota su sencillez.

Platicar con él es pasar una agradable velada; su conversación es muy amena, aunque el tema sea árido no se siente que pasen las horas, mucho menos si esto se torna en chistes "colorados", que para ello don Carlos se pinta solo.

Asimismo, ha hecho exploraciones en otros sitios alejados a Chinkultic y fuera de esa área, encontrando "montículo y ruinas mayores, con núcleos principales en terrenos de las colonias La Esperanza, El Porvenir y Juncaná; el importante conjunto de la Isla enfrente del lago Agua Escondida, en terrenos de la colonia Hidalgo; vestigios en las orillas e isla de Tziscoa y en las fincas de Yalmuz, Tepancuapa, Ojo de Agua Sacchaná, Agua Sarca, Carmenxa-Gracias a Dios. De aquí —dice Carlos— sigue una cadena rica en asentamiento que, penetrando a Guatemala, llega hasta Quen Santo y Chaculá, al pie de los Altos Cuchumatanes. En la salida de los valles, hacia Comitán, quedan Hun Chavin y Tenam Puente, y



Una cueva al estilo de antes.

en la Trinitaria destaca el sitio de Tenam Rosario”.

Aparte de todos estos recorridos, también ha explorado en cuevas; una de ellas, la cueva de Los Andasolos, que aunque él no descubrió, sí realizó el rescate de un importante hallazgo. Dejemos que el propio Navarrete nos cuente lo sucedido:

(En 1975) se organizó una primera visita encabezados por Eduardo Martínez, delegado del INAH en el estado, y Carlos Navarrete, del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM; los demás participantes fueron los descubridores (de la cueva), los fotógrafos Elaine Cassala y Freélie Teyseyre, encargados del Departamento Audiovisual de la UNAM, Eduardo Martínez P., y Limbano Hernández, guardián de la zona arqueológica de Chinkultic.

Como el sendero se veía trillado y al llegar al sitio escuchamos el golpeteo de los hachadores de árboles que en esos días frecuentaban el camino, decidimos que el trabajo tendría que ser básicamente de rescate, en el que, sin tocar partes fundamentales del suelo, pudiéramos en un tiempo limitado, salvar las piezas que la cueva contenía con el mayor número de datos posibles [...] La labor se realizó en dos días, con los participantes repartidos en tareas de topografía, fotografía, descripción del trabajo y localización de piezas [...].

De esta manera se llevó a cabo el rescate de las 44 piezas, encontradas en la cueva de Los Andasolos, para que posteriormente, y después

de un previo tratamiento, decidiera el arqueólogo Navarrete dejarlas en la Casa de la Cultura de Comitán, en 1978, con la finalidad de que se hiciera un museo con ellas.

Fue precisamente esta maravillosa colección el punto clave que originó que años más tarde las autoridades municipales, preocupadas por fomentar la cultura en los ciudadanos comitecos, se acercaran al INAH para que conjuntamente realizaran formalmente la instalación de un museo en la ciudad.

De esta manera se trasladaron de la bodega del Museo Regional de Tuxtla Gutiérrez materiales arqueológicos de la región de los Altos Orientales, para que se completara con la colección que había dejado Carlos Navarrete, y así surgió el Museo Arqueológico de Comitán, inaugurado el 28 de agosto de 1993, con una sala principal donde se exhiben objetos de cerámica, piedra, hueso, concha y cobre de cinco municipios de la región de Comitán, destacándose el municipio de La Trinitaria, donde el maestro Navarrete ha trabajado incansablemente. De Chinkultic, se exhiben la estela No. 2 y la estela No. 18, así como objetos de una tumba que aún no se ha acabado de explorar.

En la actualidad el museo cuenta con dos salas, más una llamada “Las cuevas del oriente de Chiapas”, ya que el material proviene de cuevas y está relacionado con el inframundo maya. La otra sala, denominada “Tenam Puente”, contiene objetos de los últimos rescates que se han hecho en esa zona arqueológica. Por último, se cuenta con una sala de exposiciones temporales,



Desfile bufo estudiantil: Huelga de Dolores, 1949.

donde se exhiben generalmente fotografías de temas diversos.

Lo que hemos referido en páginas anteriores es poco, comparado con toda la labor de investigación que ha realizado a través de los años el maestro Carlos Navarrete. En fin, Carlos, como ser humano, es todo un personaje tanto en el ámbito arqueológico como fuera de él.

Respecto a su trabajo como investigador es mucho lo que se puede decir; ha escrito libros de temas históricos y antropológicos, como su libro *Documentos para la historia del culto a San Caralampio en Comitán*, pero especialmente ha enfocado su investigación al área de arqueología. Desde hace más de veinte años se ha dedicado al estudio de la zona maya, en especial de la región de los Altos Orientales de Chiapas y los Altos Cuchumatanes de la hermana República de Guatemala. Durante este tiempo ha efectuado varias temporadas de campo en la zona arqueológica de Chinkultic, del municipio de la Trinitaria, no sólo con fines de investigación, sino también consolidando las principales estructuras del área habitacional que comprende “aproximadamente doscientos montículos grandes y pequeños, agrupados alrededor de seis conjuntos principales, que incluyen el área de la llamada Acrópolis o Grupo A, el cuadrángulo del Grupo B, el Juego de Pelota y la Gran Plataforma que hacen los grupos C y D”, con el fin de abrir la zona al público, para que propios y extraños admiren la grandeza de la cultura maya, a través de lo que don Carlos llama “arquitectura de paisaje”, que es lo que se aprecia en Chinkultic, por sus espacios abiertos y la integración a la región de los lagos de Montebello.

Por ello me uno a este reconocimiento que se le hace por todo lo que ha hecho por la cultura de Chiapas, que en su momento ya le reconoció el gobierno del estado al otorgarle el merecido “Premio Chiapas 1984”.

Para la región de Comitán es un orgullo contar con tan importante investigador en nuestro medio; gracias a él y a su visión futurista la ciudad de Comitán cuenta con uno de los mejores museos arqueológicos del estado de Chiapas, y tal vez más adelante tengamos la oportunidad de contar con su extensa biblioteca.



Guatemaltecos con Pablo Neruda, Paul Eluard y Miguel Otero Silva en el Congreso Continental por La Paz, México, 1949.



La banqueta de las águilas en el Templo Mayor.



Acta Solemne de Cabildo a los participantes del Congreso Centroamericano de Antropología, febrero de 2002.



Otro retorno guatemalteco. Los sobrevivientes de un generación, 2000.

LA APORTACIÓN DE CARLOS NAVARRETE A LOS ESTUDIOS DE RELIGIOSIDAD POPULAR

BOLFY COTTOM

Introducción

Quienes hemos tenido la fortuna de conocer al maestro Carlos Navarrete hemos disfrutado de una forma diversa de compartir el conocimiento, ya que así como puede ser formal y por supuesto sólido en sus comentarios, es dinámico, anecdótico, lleno de buen humor y desde luego con una irreverencia tan grata y necesaria para poder conocer sucesos históricos y personajes que muchas veces se nos presentaron tan lejanos y casi sin nada que ver con nuestra vida cotidiana.

Carlos Navarrete representa para mí un triple motivo de regocijo: por un lado, la relación con un país que nos vio nacer curiosamente en periodos cronológicos muy distintos, pero al mismo tiempo muy semejantes por las condiciones políticas, sociales y económicas que han hecho de aquella tierra entrañable, una razón para asumir el segundo motivo de regocijo, una causa a favor de los más "jodidos" como diría Carlos. Por otra parte, Carlos representa para mí la figura del maestro y el compañero en la dinámica de la ciencia antropológica, de la cual ha dado testimonio y lo continúa haciendo en sus distintas aportaciones a la misma; en él se encuentra un ser humano y un académico capaz de conjugar la arqueología con la historia, la etnología, la sociología e incluso la filosofía; me parece que Navarrete es realmente un humanista.

Esa capacidad es sin duda testimonio de aquella época de oro de la antropología en México, que hace recordar a personajes



humanistas del siglo XIX, de la talla de don Manuel Orozco y Berra o del maestro Francisco del Paso y Troncoso, con una formación humanista muy sólida, amplia y llena de pasión por su gente.

A uno de esos testimonios me referiré en este espacio, y es el que se refiere a lo que considero la aportación de Carlos Navarrete a los estudios de religiosidad popular, que quienes hemos trabajado este campo no podemos dejar pasar desapercibidamente. Para ello me referiré de manera general a los aportes de su obra *San Pascualito Bailón y el culto a la muerte en Chiapas*.

Acerca de la religiosidad popular

Parece ser oportuno —no oportunista— el momento para hablar de un fenómeno social tan interesante y relevante para nuestra diversidad cultural actual, ya que el momento de efervescencia por la presencia del obispo de Roma en México, inevitablemente hace recordar aquellas palabras del fallecido José de Molina, quien afirmaba que tal presencia (a finales de los años setenta) hacía aflorar los *sentimientos pseudo-religiosos* e incluso era notorio el desbordamiento de la fanaticada, arengada por ahora “beatos” medios de comunicación, que al mismo tiempo representan el cordón umbilical que nos ata al capital extranjero.

Lo cierto es pues que esta presencia tuvo sin duda, entre otras, la intención, que no sé hasta qué punto pueda lograrse, de manipular e imponer ahora sí un modelo de religiosidad popular al más puro estilo de la cristiandad medieval y de la nueva cristiandad en la Nueva España. Sabemos que la misma jerarquía eclesiástica (con sus honrosas excepciones), por lo menos a partir del siglo XVII, que fue el contexto histórico del surgimiento del movimiento racionalista, siempre ha pretendido “purificar” las prácticas religiosas populares, las cuales se ha visto obligada a asumir cuando ve amenazada su base social, seriamente disputada ahora por una buena cantidad de denominaciones o, como dirían los sociólogos, minorías religiosas.

En este orden de ideas, esa pretendida purificación de la religiosidad popular nos hace recordar la teoría de la aculturación, pero sobre todo su aplicación política y, si quisiéramos referirnos a un antecedente más remoto, hablaríamos de la corriente hispanizante; ambas en última instancia pretenderían la tan discutida *integración cultural*, que tal y como fue aplicada buscaría borrar la diversidad cultural, por lo menos a nivel de sus expresiones culturales

TRES POEMAS ZOQUES

el nucú ■ el tecolote
y el conejo ■ Tzán,
la culebra

presentados por
Carlos Navarrete



Pocos escritos en lengua zoque han perdurado. Nada que trate de su historia prehispánica, escasos los que dicen de su situación durante el dominio español y de los años republicanos. Larga historia en la que siempre perdieron: títulos, tierras, dioses, orígenes; confinados en pueblos distantes vieron perseguir a sus “lenguas”, a los viejos guardianes de la tradición y de los límites; lienzos y códices fueron quemados, desaparecidos sus cantares.



Primero de mayo de 1951. La juventud comunista.

religiosas, al imponer sus criterios de purificación, olvidando en este caso que el propio cristianismo es una religión creada de manera sincrética sobre la base de otras religiones, como la de los sumerios, y el propio judaísmo.

En mi concepto, la propia institución eclesiástica de corte oficial ha sido astuta para crear aquello considerado como la identidad católica, que Carlos Navarrete critica y cuestiona al cuestionar *lo nacional*; estos son los mitos, los cuales le darán justificación y legitimación ante aquella población a la que desde el poder siempre ha desdeñado. Esta actitud queda manifiesta en el discurso del *mestizaje religioso*, concepto presente en el documento de la Conferencia Episcopal Latinoamericana y su reunión llevada a cabo en la ciudad de Puebla en 1979, y desde luego en el más reciente de estos documentos aparecido en 1992 en la isla de Santo Domingo, y no menciono para nada el importante documento de Vaticano Segundo, donde lo popular prácticamente no tuvo la menor importancia, dada la característica de dicho acontecimiento que buscaba el diálogo de la "institución eclesial" con el mundo moderno, por supuesto representado fundamentalmente por las diversas teorías que continuaban disputando a la religión cristiana católica su concepción del hombre y su pretendida autoridad universal.

Sabemos que una voz en el desierto la constituyó el Documento de Medellín, surgido de la Segunda Conferencia Episcopal Latinoamericana, cuyo título resulta muy revelador para la situación latinoamericana. Aquel documento se titulaba "La Iglesia en la actual transformación de América Latina, a la Luz del

Concilio". Sin ser en demasía exigentes y sin plantear que este documento supera totalmente aquella intencionalidad purificadora, en él se plantea por vez primera la necesidad de entender en su propio contexto tales manifestaciones culturales religiosas; así encontramos el siguiente planteamiento, en el No. 4 de la parte correspondiente a la Pastoral Popular: "4. Al enjuiciar la religiosidad popular no podemos partir de una interpretación cultural occidentalizada, propia de las clases media y alta urbanas, sino del significado que esa religiosidad tiene en el contexto de la sub-cultura de los grupos rurales y urba-

nos marginados".

Sin duda este paradigma, junto con los nuevos planteamientos que se empiezan a hacer en América Latina, en aquel contexto, en el ámbito de las ciencias sociales como la ciencia política, la sociología y la antropología, darán un nuevo enfoque a los estudios, en este caso, de la religiosidad popular; planteamientos que sin duda han mostrado a aquella poderosa institución los procesos históricos de resistencia cultural que han hecho que sus solas pretensiones de purificación no hayan sido capaces de acabar (hispanizar, romanizar e incluso polonizar) las culturas indígenas.

La diversidad cultural en el pensamiento de Navarrete

En México, el problema de la diversidad cultural ha cobrado gran importancia. Es posible afirmar que fue una constante desde el surgimiento del Estado mexicano en el siglo XIX el problema de la *heterogeneidad poblacional*, concepto que por supuesto no hacía referencia al fenómeno mucho más complejo de la diversidad identitaria cultural, pero que de cualquier manera fue un motivo de profundas discusiones entre liberales y conservadores en las discusiones que antecedieron a la redacción del texto constitucional de 1857. En tal sentido, es importante tener presente las posturas de Ignacio Ramírez y Ponciano Arriaga. Más tarde resultan fundamentales los planteamientos de Andrés Molina Enríquez, respecto del problema de la heterogeneidad de la población mexicana, que sin duda y fuera como fuera no llegó a plasmarse en un beneficio para los pueblos indios. En el siglo XIX, sabemos de los proyectos

y programas llevados a cabo como políticas de Estado que francamente siempre fueron las políticas de los mestizos hacia los indios.

No es sino en el contexto de los años sesenta que Rodolfo Estavenhagen comienza toda una corriente de pensamiento en la ciencia antropológica encaminada a que el Estado nacional reconozca la diversidad cultural que compone la nación mexicana; a esta causa y tradición teórica se sumaron varios de los personajes de la antropología mexicana del siglo XX, como Guillermo Bonfil, Leonel Durán, Lourdes Arizpe, entre muchos otros a los que no menciono por no dejar fuera a nadie. Todos aquellos trabajos sólidamente sustentados, sin duda están arrojando resultados casi medio siglo después, que aun sin ser del todo satisfactorios respecto de los derechos indígenas en el ámbito de las reformas constitucionales, no pueden desdeñarse respecto de sus alcances en la vida nacional.

A esta generación de grandes antropólogos perteneció Carlos Navarrete, quien además tenía como origen un país duramente golpeado, marginado, con una polarización económica y social que evidenciaba claramente la oligarquía de unas cuantas familias en el poder, con una descarada intervención de los gringos en la vida política y económica de Guatemala que frustró la revolución del 44. No tengo la menor duda de que al igual que aquella generación de grandes pensadores guatemaltecos, como Miguel Ángel Asturias y Augusto Monterroso, entre otros, incluyendo líderes sociales de Izquierda, Carlos, quien por azares del destino llegó a México, ya que originalmente no pensaba hacerlo, encontró en este ambiente social e intelectual el campo propicio para continuar desde la academia aquella causa por la que había emigrado de su añorada patria; esto explica en buena medida su pasión por el sureste, su increíble "devoción" por aquella extraordinaria creación del escultor español Quirio Cataño que es el Cristo Negro de Esquipulas, del que también ha investigado y proporcionado datos interesantes para comprender la peregrinaciones y celebraciones que en territorio mexicano se llevan a cabo (lo que por cierto me hace recordar el oficio de mi padre don Efraín Cottom, escultor en madera privilegiadamente de imágenes religiosas, que son imágenes que actualmente son veneradas en pueblos y aldeas de la región Mam en el pueblo de San Juan Ostuncalco, ubicado en la sierra quetzalteca).

En 1982 Carlos Navarrete publicó una extraordinaria obra titulada *San Pascualito Rey y el culto a la Muerte en Chiapas*, obra en la que junto con otro trabajo sobre las minas de sal en las comunidades indígenas de los Cuchumatanes

Hubo violencia en mucha de la respuesta indígena, pero el alma íntima de su resistencia fue su lengua, el enlace que no puede reprimirse. Hay dialectos, cruzamientos lingüísticos, pero el grupo zoque estableció puentes de comprensión, siempre empeñado en sobrevivir a pesar de los desalojos, la explotación, un volcán que los dispersa y las fincas ladinas que siguen ocupando las tierras comunales; porque la lengua identifica, da reciedumbre, el impulso que hace de su historia un eterno retorno a las viejas propiedades.

De sus textos pocos se han recogido: algunos cuadernos de

oraciones que amorosamente estudiaron los Cordry en Ocozocoautla; quedan dispersos fragmentos de letras para danzas de Copainalá, cuentos y leyendas que Wonderly transcribió en Tecpatán. Recuerdo un "Canto de los pastores" navideño, que Tomás Martínez publicó en una perdida Gaceta Municipal de Tuxtla Gutiérrez.

Los tres poemas que presento proceden de Tecpatán, y son el arreglo de una traducción libre del zoque hecha por el profesor Noé Chanona en 1959. Tenemos la intención de publicar un cuerpo mayor de poemas junto con algunos cantos de cuna y religiosos, con sus

en el departamento de Huehuetenango, considero están plasmados varios de los elementos a los que antes me he referido, los cuales comentaré en seguida.

San Pascualito Rey y los aportes a la diversidad religiosa popular

He propuesto como título de este artículo "Los aportes de Carlos Navarrete a los estudios de religiosidad popular", y creo con toda justicia que es así, en primer término por el enfoque integral que le da al problema estudiado en dicha obra; en segundo lugar porque proporciona elementos para poder entender otro campo en la manifestación religiosa popular de la región chiapaneca, y en tercer lugar porque a partir de ese

a analizar este fenómeno desde la perspectiva de la diversidad cultural y consiguientemente a superar la idea de un homogéneo mestizaje religioso.

De esta manera, con la acuciosidad del arqueólogo, la minuciosidad del etnógrafo y la erudición del historiador, Navarrete va argumentando la particularidad del culto a la muerte en Chiapas, la cual deja claro que tiene que distinguirse del culto a los muertos. Explica además cómo es que se dio ese proceso de sincretismo o fusión entre la interesantísima enfermedad de la culebra y la celebración de parte de los frailes franciscanos por la beatificación y canonización en el mismo siglo XVII de San Pascual, aquel hombre originario Torre Hermosa en la provincia de Aragón, España.



Jornadas de marzo y abril contra el gobierno del Gral. Idígoras Fuentes. Entierro de los seis estudiantes. Guatemala, 1936.

enfoque local y regional provoca la discusión acerca de lo nacional, o en términos más amplios, las generalidades que a veces se dan como hechos homogéneos.

Navarrete, con singular estilo, aborda el problema del fenómeno antropológico de la muerte, teniendo como propósito el estudio de una experiencia en la celebración del culto a la misma, y cuestionando al mismo tiempo ciertos mitos que según nuestro autor parecen haber sido creados por una *intelectualidad surgida de la mística revolucionaria de los años veinte*. Me refiero a aquellas afirmaciones categóricas de que el mexicano juega, se burla, acaricia y hasta duerme con la muerte, lo cual nos hace recordar, como bien cita Navarrete, a Posada, Diego Rivera y al propio Octavio Paz.

Al cuestionar estas afirmaciones (mitos según el autor), Navarrete nos remite irremediamente

El recorrido que Navarrete hace de ambas tradiciones culturales sustentadas con base en la arqueología, la diversidad étnica de la ahora Guatemala y del sureste mexicano, más la referencia a fuentes coloniales y el trabajo de campo llevado a cabo por él mismo, tiene como resultado una obra antropológica fundamental para entender el fenómeno de la muerte y su celebración cultural en una región tan compleja, lo cual trae consigo el gran aporte de Carlos desde la antropología, que es el interés de él y la obligación de quienes estudian el fenómeno de la religiosidad popular, de estudiarla revisando los "universales" que sobre dicho fenómeno se han planteado.

Creo que en estos trabajos de Navarrete encontramos además la frescura y sencillez de la escritura antropológica, quizás porque como bien dice él mismo, no se sujeta o se angustia por

saber cuál es el marco teórico que está aplicando, puesto que para él la teoría no es una fórmula, y cuando esto sucede es que algo anda mal; en tal sentido Carlos Navarrete se dedica a poner en práctica lo que la antropología le ha enseñado, sobre todo la cercanía con la gente más jodida.

Considero que así como lo han hecho grandes estudiosos de la religiosidad popular y del catolicismo popular, tales como Luis Maldonado y Ma. Jesús Buxó en España, Gustavo Gutiérrez y Manuel Marzal en el Perú, el propio Leonardo Boff y Pedro Trigo en Brasil, el jesuita Ricardo Falla en Guatemala, quien por cierto escribió una interesantísima obra sobre el mismo fenómeno de la muerte titulada *Esa Muerte que nos hace vivir*, que trata sobre el fenómeno de la muerte entre los indígenas guatemaltecos, o los trabajos del teólogo belga José Comblin en Nicaragua, o Enrique Dussel, el ya fallecido Raúl Vidales, Enrique Marroquín, Clodomiro Siller, todos ellos con trabajos muy interesantes en la diversidad mexicana, y desde luego los trabajos de José Luis González, el antropólogo de origen español que realiza una de esas experiencias que poco se dan en la antropología, ya que siendo originario de la península ibérica vive una amplia experiencia en el Perú, además de llevar a cabo en México varias de sus investigaciones, Carlos Navarrete debe ser tenido como una referencia fundamental para el área chiapaneca, y desde luego el norte guatemalteco.

Expreso finalmente mi reconocimiento, admiración, respeto y amistad a Carlos Navarrete por este homenaje tan merecido, y con él a todos los migrantes guatemaltecos que tanto hemos recibido y tanto han aportado a esta entrañable tierra mexicana.



Estela 2 de Los Horcones, costa de Chiapas, temporada NWA, 1964.

correspondientes textos en zoque.

Son temas muy sencillos, propios de individuos en contacto diario con el campo. Temas de indígenas pobres que en las actitudes de los animales expresan dudas e inquietudes o, simplemente, su íntima relación con la naturaleza.

Briznas que vuelan de boca en boca y, como reza una antigua oración zoque, alguna vez se juntarán con "todos los polvos del mundo, para formar la raíz, el tronco, las ramas y las hojas del árbol de nosotros".

Carlos Navarrete

EL NUCU

-Buenos días, tío.

-Buenos días, tía.

¿Recogieron el nucu?

Es hormiga grande el nucu.

Tiene alas y vuela el nucu.

Tiene su culo grande, con mantequilla, el nucu.

Con limón es bueno, con sal es bueno, se pone en un comal y después en la tortilla; se come el nucu.

-Demos gracias a Dios, tío.

-Demos gracias a Dios, tía.

RECUERDOS COMPARTIDOS

IKER LARRAURI
MAYÁN CERVANTES

Es probable que en el medio antropológico mexicano yo sea quien conoce a Carlos Navarrete desde más tiempo atrás. Esto siempre lo he considerado un privilegio (aunque a veces uno se ofusca). Como quiera, lo ocurrido fue inevitable. En 1952, por casualidad entramos y nos inscribimos juntos en la ENAH en Moneda 13. Ocurrió que sin ninguna previsión nos encontramos frente a frente en la puerta del antiguo Museo de Antropología –la madre de todas las puertas, como él mismo ha dicho, debido a la gran cantidad de pezones de bronce que la adornan– y sin dirigirnos la palabra franqueamos el umbral. En el zaguán nos detuvimos simultáneamente y sin poder ignorarnos más en esa situación, volteamos a vernos y él, con una corrección que jamás ha vuelto a ejercer en nuestro trato, me dijo: Disculpe, ¿podría usted indicarme en dónde se encuentra la Escuela de Antropología? Yo tampoco lo sabía, así que mejor se lo preguntamos a uno de los guardianes de la puerta y él nos indicó por dónde ir. Subimos las escaleras y al llegar al piso superior, don Gabino nos señaló el mostrador donde fuimos atendidos con la amabilidad que entonces se acostumbraba en el trato con los estudiantes, aun con los de primer ingreso. Nosotros, para no ser menos, también hicimos alarde de nuestra fina educación y durante varios minutos intercambiamos delicadezas insistiendo cada uno en cederle al otro el honor de inscribirse primero. No recuerdo quién flaqueó antes; tocará a nuestros biógrafos



Con su hermano Héctor.

establecerlo, cotejando en los archivos la fecha y la numeración correspondiente.

A partir de entonces, nuestras experiencias como estudiantes corrieron paralelas; sumamos vivencias, algunas académicas, otras más bien mundanas; hicimos amistades perdurables entre nuestros compañeros y maestros, estudiamos duro, compartimos recho, trago, y sustento, siempre en contacto con personas de muy alta calidad, no podría ser de otra manera, aunque como siempre, no faltaron de vez en cuando las piedritas en el caldo.

Con anécdotas podríamos llenar más páginas que las necesarias para una buena tesis, tal vez menos doctas pero sin duda más instructivas. Con gusto y muchas lagunas recuerdo varias, pues imitando con todo respeto lo que dijo el poeta frente a los muros destruidos de la gran Tenochtitlán, "mi memoria es una red de agujeros".

Entre las cosas vividas en la ENAH recojo algunas tal como van llegando

Paco Rul, siempre tan avanzado tecnológicamente, tomando apuntes en la clase de Vivó con una Olivetti portátil del año de la pera que hacía un ruido insoportable... hasta que lo corrimos del salón todos a una.

¡Cómo nos conmovían las clases de etnografía general de Calixta Guiteras!; no por el tema, sino por su presencia deslumbrante, el dejo caribeño de su voz y una leve picardía que no podía evitar. Era la única clase que empezaba puntualmente, porque para cuando ella llegaba ya estábamos todos esperándola.

Recuerdo haber presenciado actos audaces que realizaste con rapidez y mucho aplomo, como aquél que nos dejó atónitos cuando levantaste por el aire ágilmente a aquel niño que acompañaba a Pedro Armillas en Teotihuacán y lo depositaste sin titubear ni causarle daño alguno, en medio de un gran hormiguero. El niño, como por arte de magia, dejó de molestar y empezó a berrear hasta que su madre lo rescató. Ella quiso saber quién había logrado tal transformación en la conducta habitual de su hijo, pero tú modestamente guardaste silencio y los demás respetamos tu discreción, aunque yo personalmente considero que exageraste tu recato cuando diste un paso atrás y te escabulliste entre los demás compañeros.

Las lecciones de urbanidad que recibíamos indirectamente cuando estudiábamos en casa de Salvador Madrazo, en su estudio-biblioteca de la calle de Londres. Nos recibía con una charola llena de bocadillos, una botella de Jerez y copas de cristal cortado. Creo que fue allí

EL TECOLOTE Y EL CONEJO

El tecolote vive en el árbol
y es el pájaro de la noche.
El conejo es de cueva,
de un tronco hueco
y es animal de toda hora.

El tecolote mira y mira,
parece que piensa,
y cuando caza
sabe ir a lo seguro.
El conejo juega y juega,
no recapacita,
le gusta hacer agujeros
y comer hojas tiernas.
No es de confiar el conejo.

El tecolote observa,
su plumaje lo confunde

con la oscuridad
y ningún animal lo molesta.

El conejo sólo piensa en coger
y su pelo es hermoso;
por eso todos lo buscan,
porque su carne es buena
y de la piel se hacen bolsas.

El tecolote es de respeto
y vive.
El conejo se come,
todos lo matan por sabroso.

De los dos animales
solamente el tecolote hace pensar.



donde macheteamos duro para entender el sistema calendárico maya antiguo, recostados en unas amplias poltronas de cuero. ¡Qué coraje me dio cuando después Margain me calificó con un miserable siete! Fue un detalle muy mezquino, un golpe que ensombreció esa etapa de mi vida. Supongo que tú habrás logrado una mejor calificación. Lástima que esas sesiones de estudio se interrumpieran cuando Salvador y Juan Zubarán encontraron más interesantes o productivas la marroquinería y la encuadernación de volúmenes de lujo que la arqueología.

Aquellos zapatos marca *Destroyer* que Justo Nieto, entonces estudiante de reciente ingreso a la Escuela de Medicina, me vendió en veinte pesos (una ganga, me dijo) y parecían tanques de guerra con las suelas atornilladas y no cosidas al casco, y que te pasé por la mitad de lo que a mí me costaron, al darme cuenta que estarían mejor en tus pies que en los míos ¿dónde terminaron?, ¿aún los conservas? Poncho Muñoz había

demostrado interés por ellos pero comprobó oportunamente que no eran de su medida. Fue entonces que rebajé su precio y tú pasaste por allí. Yo me di cuenta de que ese prototipo de calzado no era adecuado para mis extremidades en Uruapan, durante un recorrido acompañando al Gral. Cárdenas después de visitar la Guatapera que Eduardo Pareyón recién había rescatado de la ruina. Decidió el general gozar una vez más con la vista del Salto de la Saráracua y todos lo acompañamos. Después de un kilómetro, o tal vez menos, al paso que él acostumbraba, tuve que descalzarme y seguir a pie libre, "a rais", dando saltitos y aguantando sarcasmos mal disimulados, pues era muy obvio que no resistía el temple de aquellos zapatos. Tardé más de una semana en sanar de ampollas y magullones. No recuerdo si al convencerte de que los compraras te mencioné esa experiencia.

Entre otras cosas que aprendimos juntos recuerdo varias que en la práctica nos enseñaron

maestros tan distinguidos y queridos como fueron Felipe Montemayor, Juanito Araiza, y otros cuyos nombres invoco pero no acuden. Creo que fue entonces cuando empecé a comprender la sutil diferencia entre erotismo y pornografía, ambos géneros dignos de todo respeto, a mi manera de ver. Como las aulas informales se localizaban

por los mismos céntricos rumbos de la ciudad, no era difícil desplazarse, aun dando tumbos, del Río Duero al salón Las Sirenas, para estar presentes cuando el maestro de ceremonias anunciara la presentación conjunta que hacían el cabaret y la ENAH del espectáculo cultural tropical que ejecutarían las destacadas artistas exclusivas del establecimiento para deleite de la siempre distinguida concurrencia.

Juntos disfrutamos también de celebraciones excepcionales a las que audaz y generosamente invitó masivamente Luis Lesur en casa de su familia. Los daños ocasionados nunca fueron mencionados públicamente ni cobradas las reparaciones de muebles e inmuebles. Particular-

mente animada y desastrosa fue la posada en la que se intentó romper la piñata que Paco Rul hizo especialmente de concreto y alambazón, en forma de mamut. Hay quienes dicen que quedó después de la fiesta, durante muchos años, como escultura urbana en un camellón del Paseo de la Reforma, casi donde entronca con Las Palmas. Algunos aseguran haber visto que con frecuencia le arrimaban veladoras y le ponían flores, propiciando un milagro, creo yo, cuando se aproximaban las fechas de los exámenes.

Al recordar fiestas cálidas compartidas, un gran espacio de la memoria lo ocupan las que Román Piña Chán y Beatriz Barba nos regalaban frecuentemente, sólo por el gusto de celebrar la amistad. Fiestas generosas en las que no recuerdo haber visto nunca una bronca ni escuchado algún improperio; prevalecían la música, las chanzas, las risas y conversaciones animadas. En ellas muchas relaciones rebasaron el nivel de la amistad y entraron al terreno del idilio.



La Chabelita, su mamá.



Con la generación de etnohistoriadores, 1964.

Cuando digo el nombre Carlos Navarrete, éste no viene solo; muchos otros lo acompañan de cerca: Guillermo Bonfil, Alfonso Muñoz, Antonio Pérez Elías, Lina Odena Güemes, Irma Salgado, Jorge Angulo, Chappie su compañera y Nacho su hermano; Mario Vásques (así, con eses), Margarita Nolasco, Rodolfo Stavenhagen, Cristina Bonfil, Beatriz Barba, Tita Braniff, Ma. Eugenia Vargas, Mercedes Olivera, Teresa Martínez Peñalosa, Susana Drucker, Carlos Martínez Marín, Alfonso Soto Soria, Francisco G, Rul, Yólotl González, Evangelina Arana, Eduardo Contreras, Tere Dávalos, José Kimbal... y los maestros Miguel Covarrubias, Román Piña Chán, Pedro Armillas, Juan Comas, Arturo Romano, Jorge A. Vivó, Hanna Faulhaber, Barbro Dahlgren, Wigberto Jiménez Moreno, Servín Palencia, Paco de la Maza, Pedro Bosh Gimpera, Eusebio Dávalos, Pablo Martínez del Río, Santiago Genovés, José Luis Lorenzo, Antonio Pompa y Pompa, Luis Aveleyra, Alberto Ruz, Ignacio Bernal, Rubín de la Borbolla, Fernando Cámara, Calixta Guiteras, María Teresa Fernández, Claudio Esteva, Mauricio Swadesh, César Saenz, Oscar Sambrano... y otros más, también maestros: Susana Pérez, el pintor Gabriel Nieto, don Gabino, el extraordinario moldeador y restaurador Solano y su auxiliar el Choris (después maestro) y varios que están presentes aunque he perdido sus nombres...

Con mucho cariño te enviamos, Mayán y yo, este breve saludo memorioso, tal vez no muy exacto, ya que no pretende ser un documento científico, sino sólo un regodeo amistoso.

TZAN, LA CULEBRA

¿En dónde está su pensamiento
cuando su cola vemos?
Ella se va, se va,
deja de palo la mirada,
de piedra tu pié adelantado,
en la cara calor y frío,
mientras ella se va.

¿Qué dirá su pensamiento tan lejano,
cuando su cola da la vuelta
para perderse tras él?



FRANCISCO TOJEDO,
el genial pintor *juchi*, es autor de
las imágenes que tomamos "prestadas"
del libro de Jorge Luis Borges, *Zoología fantástica*, publicado por el Fondo de Cultura Económica, en 1984.

CARLOS NAVARRETE,
por su destacada labor científica
y cultural, entregada a su tierra
adoptiva, obtuvo en 1984 el Premio Chiapas.





Sus hijos Carlos y Cuauhtli Navarrete Taylor, 1971.

VIDA ACADÉMICA DEL DR. CARLOS NAVARRETE

PEDRO JIMÉNEZ LARA

¿Hasta qué punto la vida de un hombre se imbrica en el acontecer de una institución, de una profesión y, por añadidura, en una historia regional, en una historia del pensamiento y, consecuentemente, en una historia de la ciencia? Este larga pregunta ofrece muchas respuestas, y nos conduce a múltiples problemas cuya solución enriquecería no sólo nuestro conocimiento de la realidad sino, lo que es más importante, el descubrimiento de lo propio, de lo original y de lo que, en este caso como antropólogos y científicos sociales, sin titubeos debemos denominar como Escuela Mexicana de Ciencias Sociales.

Hace pocos días tuvimos la visita de un célebre humanista cuya obra la ha realizado en México. Nos llama la atención sobre una idea, muy generalizada en nuestro medio, relativa a la adopción de modelos teóricos generados en centros de educación situados en los países metropolitanos, o sea, en el llamado “primer mundo”, sin que muchas veces nuestros intelectuales llegaran a conocer a fondo lo propio. Estos “sucursaleros” del pensamiento occidental, como peyorativamente los denomina, parecería que están constituidos por la generalidad de los pensadores no sólo mexicanos, sino latinoamericanos. Al respecto,

mucho se habla de una filosofía latinoamericana, aunque tampoco se define claramente en qué consiste, tarea a la que, dicho sea de paso, la antropología ha de aportar mucho. En el campo de las ciencias sociales, la situación, por fortuna cambia; aquí sí podemos afirmar la realidad de un pensamiento sociológico latinoamericano muy vigoroso y original.

Pensamiento sí, lleno de ideas nuestras y universales, pero ¿hasta qué punto tenemos una epistemología que nos permita analizar, con herramientas creadas por nosotros, las realidades sociales propias y ajenas? Esta sí que ha sido una tarea de muchos, obra colectiva que se teje día con día y en la que participan desde personajes de fuste hasta anónimos trabajadores de la cultura y de la ciencia; nombres ampliamente conocidos algunos, otros más modestos, menos propagandeados; algunos más, francamente desconocidos, pero todos, dejando una huella indeleble en nuestro quehacer científico, sin que nos demos muchas veces cabal cuenta de ello.

Quien alguna vez continúe la obra de la historia del pensamiento mexicano y latinoamericano, iniciado en nuestro país por Leopoldo Zea y Abelardo Villegas, no tardará en toparse con la figura de Carlos Navarrete, uno de los hacedores y forjadores del pensamiento social latinoamericano en general y mexicano en particular, quien a través de su vasta obra antropológica, etnológica, arqueológica y aun literaria, se ha constituido en unos de los pilares de nuestras disciplinas en la segunda mitad del siglo XX.

Fue en los comienzos de la segunda mitad de nuestro convulso siglo pasado, cuando el Dr. Navarrete comenzó sus estudios en la Escuela Nacional de Antropología de México. Procede de la telúrica, antigua y legendaria Guatemala llega a ésta su gemela raíz justo en el momento en que México ha entrado de lleno a su segundo aire de una modernidad, en aquellos tiempos aún optimista y esperanzadora. Llega en la época en la que todos, los mexicanos y los fuereños, nos deslumbrábamos ante el descubrimiento de un mundo, novedoso y mágico, que el desarrollo técnico nos ofrecía; eran los años en que los cuentos de hadas se convertían en realidad cotidiana, en que los milagros eran recuperados por la ciencia para hacer de nuestras vidas más llevaderas. Técnica y desarrollo, lamentablemente no para las mayorías, pero que se desplegaban ante nuestros ojos, olvidándonos a veces de quiénes éramos y qué hacíamos en ese mundo de maravilla permanente. Eran los días y los años en que Octavio Paz se dedicaba a desentrañar las raíces y esencias de un México

que nacía y renacía de las fecundas cenizas dejadas por la Revolución, no sólo como un espíritu nacional y cultural supuestamente liberado de atavismos, sino incluso de sus viejos paisajes y entornos. Era pues, la época cuando la vieja Ciudad de los Palacios, en nombre de un progreso ahora tan criticado, se transformaba en la urbe que ahora es. El doctor Navarrete llega así a nuestro país, engrosando una pléyade de



De nuevo papá.

intelectuales de diversas procedencias, cuando México se enfrenta a su propia historia indígena, y cuando la reflexión sobre el pasado nos descubre insólitos mundos codificados y petrificados en los numerosos pueblos y espacios, que los herederos de las antiguas culturas americanas han guardado celosamente de la depredación y la ignorancia occidentales. Llega, en fin, cuando los viejos maestros como Gamio, Caso, Martínez del Río, Dávalos Hurtado, Covarrubias, Krickeberg, Bosch Gimpera, Comas, Armillas, Bolaño e Isla, por citar sólo a algunos, impartían sus cursos, en esa vieja escuela que atraía, cosa notable, a jóvenes de muchas partes del mundo. Una escuela más *internacional* que *nacional* de Antropología e Historia, que fincaba sus afanes etnológicos en el estudio de las culturas vivas, pero que también, como Hunahpú e Ixbalanqué, descendía a las profundidades cavernosas de la historia para rescatar ese pasado arqueológico, esa geografía histórica inerte y a la vez viviente, muda y a la vez expresiva, vieja y a la vez actual, pasiva y a la vez actuante. Testigo del acontecer humano, el Dr. Navarrete, junto con la brillante generación de antropólogos de campo con los que se formó, se convertiría en uno de los portavoces de esa cultura del "cerca y del junto", de la filosofía de "la voz y el canto" y en el mentor de nuevas generaciones de antropólogos y científicos sociales cuyos retos, inquietudes y problemas actuales

tendremos ocasión de plantear, aunque sea mínimamente, en este homenaje que ahora iniciamos.

Medio siglo ha pasado en el que hemos tenido la oportunidad de convivir y aprender del Dr. Navarrete; cincuenta años en los que lo hemos hecho nuestro, parte sustancial de la tradición sociológica mexicana y vivo exponente de un pensamiento donde lo universal se expresa en los términos de nuestra cultura y concepción del mundo y de la vida. El México que vio el Dr. Navarrete, ese México que él ha ayudado a forjar es la mejor herencia que de nuestro maestro tenemos, pero ese mismo México constituye también el reto que de él hemos heredado y al que haremos frente como dignos discípulos suyos que somos, y como pensadores y creadores de una cultura liberadora que, tarde o temprano, nos habrá de conducir a la construcción de esa paz que tanto anhelamos y que es lema y afán de este homenaje.

El doctor Navarrete ha sido pues, maestro de generaciones. Durante más de medio siglo, muchos estudiantes atendieron a sus sabias enseñanzas. Varias decenas se graduaron con él en licenciatura y maestría. Ha participado como ponente en más de sesenta reuniones de alto nivel y ha impartido casi un centenar de conferencias científicas, sea como profesor invitado o conferencista en diversas universidades del mundo.

Pero también ha sido un profundo investigador de nuestra historia. Sus trabajos en Chiapas y en general en el ámbito maya-quiché revelan al creador y escritor. Su trabajo no sólo se canaliza a la arqueología, sino a la investigación literaria con sus estudios sobre el romance y el corrido en Guatemala y, en general a multitud de aspectos del quehacer antropológico, todo ello plasmado en 81 artículos científicos, 14 artículos



Carlos, el abuelo comunista.

de divulgación, 24 libros, una novela etnológica, además de sus trabajos como editor de revistas científicas, tales como los *Anales de Antropología* y *Notas Antropológicas*.

Podríamos hablar largo y tendido de los merecimientos académicos de nuestro profesor, quien además es miembro del SNI nivel tres y continúa su fecunda labor en el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM. Podríamos llevarnos toda esta sesión de homenaje, incluso, toda la semana de congreso, citando cada uno de sus trabajos y comentando la trascendencia de sus aportaciones. En vez de esto, hago una invitación a los aquí presentes a un homenaje aún mayor, es decir, a que ahonden en su obra los que ya la conocen, o bien que la lean y profundicen aquellos jóvenes estudiantes que están comenzando sus estudios; no sólo obtendrán los conocimientos básicos que todo antropólogo y científico social debe de tener, también accederán a una fuente de sabiduría que les ayudará a conocer mejor la realidad en que viven y los ineludibles retos que han de enfrentar en el futuro. Asimismo, conociendo su obra, guiados por sus métodos e inspirados por su conocimiento, podrán ser dignos de tener el honor de erigirse en discípulos de uno de nuestros grandes maestros, el Dr. Carlos Navarrete, a quien dedicamos este IV Congreso de Antropología Centroamericana.

Muchas gracias.



Héctor papá, Héctor y Carlos Navarrete.

CARLOS NAVARRETE Y EL QUEHACER HUMANO

MARCIA CASTRO-LEAL ESPINO

Cuando ingresé a la Escuela Nacional de Antropología se mencionaba como persona excepcional a un arqueólogo que ya había terminado la carrera y se encontraba trabajando en Chiapas; su nombre era Carlos Navarrete.

El tiempo ha reafirmado la certeza de esa primera impresión que tuve de Carlos, ya que su trabajo y escritos muestran su visión del reconocimiento de la importancia del hombre transmitida en la multitud de signos que pueden descifrarse a través de todas las manifestaciones del quehacer humano. El lenguaje de Carlos expresa su esencia tanto en los textos arqueológicos como en aquéllos que registran elementos significativos del rico y complejo mundo indígena y en la creación literaria.

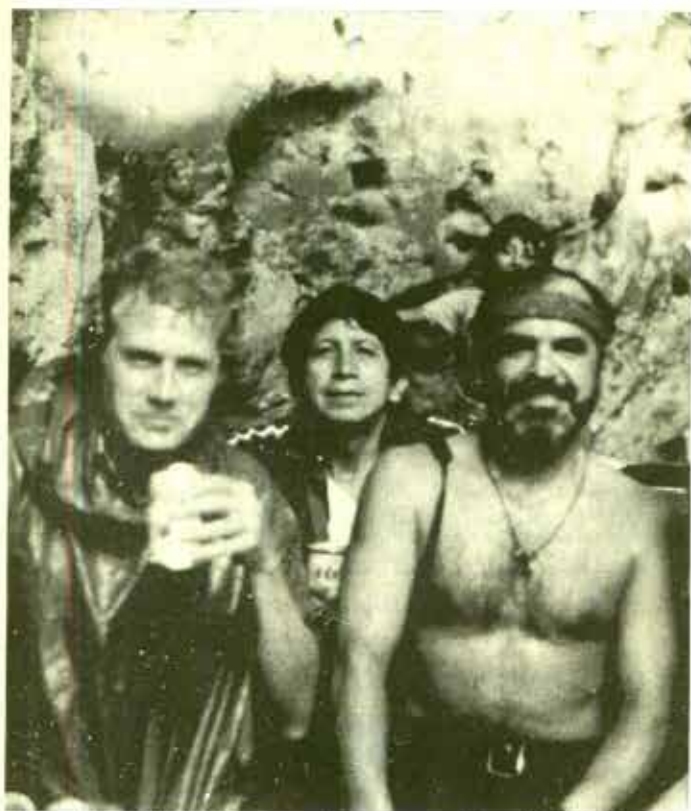
Sin duda, Carlos refleja los principios de la antropología de aquel momento, que se encontraba en las grandes obras como la de Melville J.

Herskovits: *El Hombre y sus obras*, publicada por el Fondo de Cultura Económica en 1952, en la que se toman en cuenta todos los aspectos de la existencia humana, biológica y cultural, pasada y presente, combinando estos materiales diversos en un abordaje íntegro del problema de la experiencia humana.

Carlos, entonces, considera fundamental percibir y registrar en sus textos cómo el hombre se enfrenta a su medio natural y al ambiente social, así como la cultura refleja las formas expresadas en las sociedades para aprender, conservar y transmitir el cuerpo de costumbres.

Sin duda, el espíritu de Carlos revela la riqueza de la cultura guatemalteca, la cual propicia sensibilidad y capacidad literaria, como vemos correspondía a varios de los guatemaltecos que vivían en México durante el siglo XX, algunos de ellos contemporáneos a Carlos y que vinieron al país casi al mismo tiempo y por las mismas razones, como Luis Cardoza y Aragón, Tito Monterroso, Carlos Illescas y José Luis Balcarcel.

Carlos, dentro de la antropología mexicana, acepta el reto de enfrentarse al desciframiento de los signos del mundo humano, tanto arqueológico como indígena, lo cual hace a través de su percepción, pasión e inteligencia, y lo registra en textos que poseen también el valor de un estilo propio.



Jan der Vos, Eduardo Martínez y Navarrete en el Sumidero, 1981.



Arqueólogos latinoamericanos becados en Colombia. Altauffelder, Gallegos, Linares, Lucho Lumbreras, Navarrete y Sanoja con el tanguista argentino Canaro, 1960.

CARLOS NAVARRETE CÁCERES

IVÁN URDAPILLETA C.



Cuatro maestros de la antropología mexicana: Carlos Navarrete, Jorge Angulo, Manuel Gándara y Andrés Medina.

Es el quetzal símbolo de una nación que con suave canto y delicado vuelo da esperanza a un pueblo que ha sufrido los embates de la guerrilla, que a quemarropa expulsa a sus hermanos, pero no les mata el alma. Nacido precisamente en la ciudad de los quetzales, es Carlos Navarrete Cáceres uno de esos hijos que aman a la tierra que un día tuvo que dejar, en busca de un sueño, o tal vez de una salvación.

Llegó a un país que le dio la bienvenida con marimbas, tan chiapanecas, tan guatemaltecas. Tomó el tiempo auestas y lo detuvo en sus libros, hablando de los antiguos, de su grandeza subyugada hacia el katun 13 ahau, y de sus contemporáneos; de sus sueños escondidos entre la selva y sus tradiciones, entre el progreso mal distribuido y sus revoluciones, recreando pasajes de su gente y de la nuestra, en el binomio de dos pueblos mayas y una esencia.

Como arqueólogo busca entre las piedras revivir la memoria de sus dos patrias. Como etnólogo recorre caminos y pueblos recogiendo historias, leyendas, tradiciones, cantos y rezos, plasmándolos con un estilo propio: etnoarqueoliterario. Carlos Navarrete cuenta la historia de los otros y hace su historia misma.

Cuando acepté la responsabilidad de organizar el premio a la excelencia académica –“Premio Carlos Navarrete Cáceres”–, como parte de las actividades del grupo arqueológico “Román Piña Chán”, mismo que se ha venido otorgando con la finalidad de reconocer la labor de alumnos que se han distinguido por su alto desempeño académico, al mismo tiempo que se rinde homenaje a la notable labor de investigadores como reconocimiento a su incansable

trayectoria en el estudio de nuestro pasado, culturas indígenas y la arqueología, no imaginé que del maestro Carlos Navarrete, quien ha sido pilar de la arqueología mexicana y formador de numerosas generaciones de arqueólogos, oiría un discurso que todo arqueólogo debe valorar.

Una de las frases que se le escuchan al maestro Carlos Navarrete versa sobre la importancia que tiene el sentir amor por la profesión que se ha elegido, ya que muchos arqueólogos piensan sólo en los puntos escalafonarios, olvidándose del placer que sólo esta carrera nos puede dar. Que hay que amar lo que uno hace y el resto vendrá por añadidura. Carlos Navarrete acostumbra decir esta frase siempre que la ocasión se lo permite, y hasta cuando no. Sólo soy uno de los tantos afortunados que le ha escuchado, pero sí tengo que agradecerle que me dijera estas palabras en el momento en que necesitaba oírlas. Sólo me resta rendir homenaje a ese amor por su profesión a su manera, dedicándole estos sencillos versos, querido maestro:

Piedras que cuentan historias,
de memorables pasajes
y erectos corazones,
que se resisten a caer
bajo la sombra del olvido.
Te esperan taciturnas
sobre la madre tierra
a que llegues a redescubrir
con tu corazón aventurero
su forma y su esencia.

Papeles descoloridos,
que entre cenizas
apenas destellan sus secretos
para ti escondidos.
Para que aprendas
cómo es que era la vida
en tiempos del ahau katún.
Para que pregones
con tus voces de poeta
la grandeza de tus abuelos.





Pierre Denis, Manfred, Navarrete y el Cani, en Tajín, 1978.

PARA CARLOS NAVARRETE

YOSAHANDI NAVARRETE QUAN

No puedo precisar cuándo me di cuenta de que mi padre no era como los de mis compañeros. Nos llevaba a lugares a los que mis amigos no iban —museos, conferencias y largos paseos en *jeep* en busca de cristos negros—; platicaba sobre temas poco comunes, literatura, arqueología, política, y se dedicaba a una profesión poco conocida, sobre la que siempre tenía que dar largas explicaciones para que los otros niños entendieran qué era eso de la arqueología. Estas diferencias hacían que me fascinara, que buscara acercarme más a él, a su mundo.

Tenía también manías infrecuentes en los otros padres que me enternecían. Una de ellas era la costumbre, repetida invariablemente en cada visita, de robar mis ligas para el pelo, ya que lo usaba largo hasta los hombros —estamos hablando, por supuesto, de hace treinta años— y necesitaba algo que le ayudara a sujetar su rebelde melena, lo que hacía con lindas bolitas y florecitas psicodélicas. Hasta ahora nunca le pregunté qué le decían sus alumnos cuando



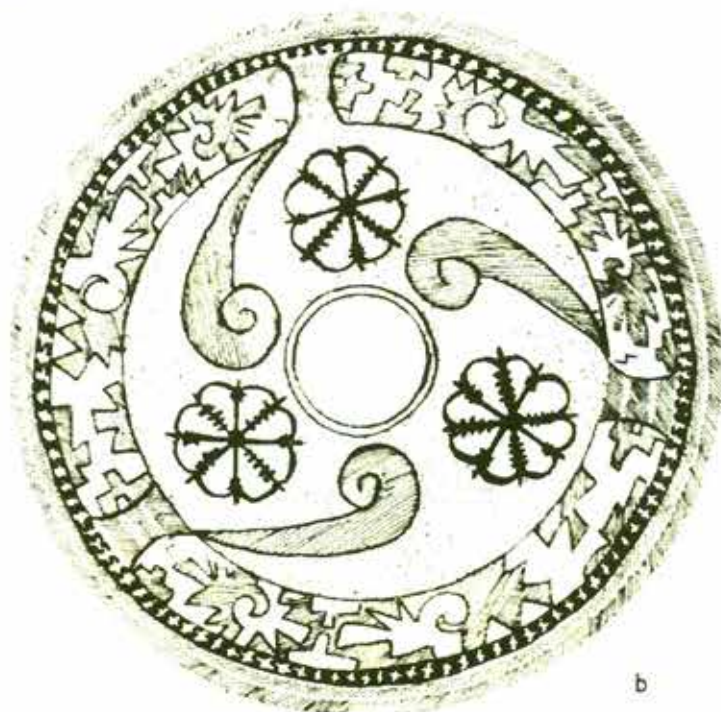
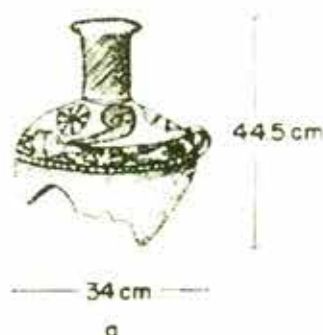
Con el Dr. Eric J. Thompson en Teotenango, 1977.

impartía muy serio sus clases ataviado con semejantes adornos.

Lo conocí mejor en la adolescencia, cuando me llevó consigo a un viaje de dos semanas a la zona maya. Pude acercarme a otros aspectos de su personalidad, como su necesidad de soledad (necesidad que comparto), su compulsión por el orden y la pasión por su trabajo. Comprendí su búsqueda por espacios propios, individuales, en compañía de sí mismo. Y logré visualizarlo como a un ser humano más completo y complejo del que hasta ese momento había visto o intuido. Y me cayó mejor y lo quise más porque pude identificarme con él, porque también lo sentí más vulnerable, y me conmovió. Papá siempre ha estado ahí, y pese a los años y a la cercanía hay algo que nunca ha cambiado: mi fascinación por él, la necesidad de intuirlo mejor y de acercarme a su mundo, así que me uno a este homenaje agradeciendo que estés aquí para continuar legándole a mis hijos lo que comenzó conmigo.

RETRATO HABLADO, CARLOS NAVARRETE

ADRIÁN MÁRQUEZ HERNÁNDEZ



Partials of Navarro's Polychrome Vase
Thick-handled water jar with painted decoration of motifs of the stepped scroll, the "vase"
colored, and possibly thence, for photographs see figure 4b.

Don Carlos Navarrete es un personaje de esos grandes que la vida pinta. Alguien que se inventó solo, una historia compuesta de muchas historias y vivencias, un libro-texto de etnografía viviente y practicante. Quizás también alguien que vivió vidas prestadas, con la gracia que la antropología de lo no vivido sólo puede dar.

Uno no podría pensar en alguien más adecuado para ejemplificar un ser humano interesado en las vidas pasadas, presentes y futuras de su tierra y su gente. Los años han sido como para todos, cargados de oportunidades de aprender y crecer, y don Carlos ha sabido aprovecharlos a bien. Quizá ya no es el aventurero explorador estilo Indiana Jones, pero sí prueba viviente de que el tiempo que cuenta solamente es el que se lleva en el corazón.

Y más de una vez hubo motivos para dejar pendiente algo: que una guerra, que un régimen militar, que los anti... pero a la nostalgia no la detienen pequeñeces como distancia y tiempo. Aun en nuevas tierras, y entre nueva gente, siempre buscó directa e indirectamente el regreso a esos parajes de sol y selva, de los grandes de hace mucho, que dejaron sólo huellas. Creo que los intentos de don Carlos por discernirlas, es porque sabe que no existe mejor reto que sobrellevar la nostalgia y el tiempo. La visión de atrás siempre presente en su trabajo. Más de una vez lo vi absorto en ese curioso estado

que los japoneses llamarían *sa-zen*, el "estar-haciendo". Poco a poco, maquinando furiosamente en papel el pasado, haciendo posible compartir con los demás una historia, historias de muchos y retratos de todo.

En sus cosas la realidad, aunque no sea tangible. A veces esa realidad no es como uno quisiera, lo más terrible y revolucionario puede ser la verdad. Es entonces que se produce el cambio, y la pipa necesita tabaco, las gafas ajuste, y ese piquete de mosco atención. Detalles, detalles... qué fue, cuándo, ¿alguien más lo dijo?...

El humor puede ser una gran bendición que redime el más grande estrés. Y esa es una de las grandes constantes de alguien que ha vivido por muchos. Nota del autor: leo "Todo con amor es bueno", en el piso de una rústica letrina de los "Andasolos".

Desde tierras lejanas es que se escribe esto. Pero seguro de que por allá está don Carlos, musitando quizás un tango viejo, buscando agujetas buenas para botas, pacientemente poniendo en orden acertijos sin instrucciones, rescatando piezas caídas de gracia o contando historias a nuevas generaciones. Y de vez en cuando, en el rancho, buscando en el horizonte el ayer y el por qué.

Con don Carlos es imposible no notar que la gente no se mide del piso hacia el cielo, sino de las ideas hacia mañana.

POR LA SENDA DEL CRISTO NEGRO (A PROPÓSITO DE UNA CONFERENCIA)*

JOSÉ BARNOYA



Participantes al homenaje a Piña Chán en el teatro Fco. de Paula Toro, Campeche, julio 2001.

Con Carlos Navarrete empezamos a hacer camino casi al mismo tiempo. Fue en el año de 1931 –hace 68 años– y en el mes de enero. Él, un 29 de enero; yo, seis días antes. Desde ese día, ese mes y ese año empezamos un recorrido por trochas y atajos, veredas y caminos.

Finalizada la senda de la primaria se abrió la del bachillerato, discurriendo por corredores y aulas acogedoras, bajo la grata protección de cuatro araucarias en el Instituto Nacional de Varones. A la salida, y llevando como único báculo el cartón de bachiller, se nos abrieron de par en par –casi gratuitamente– las puertas de la Universidad de San Carlos, que amablemente nos invitaba a discurrir por sus baldosas y bajo sus arcadas.

No satisfecho con las leyes, Carlos decidió aventurarse por la escabrosa vereda de la arqueología, y se metió hasta lo más profundo de la antigüedad. Fue así como el México de todos los tiempos lo acogió con cariño y lo adoptó para siempre.

Una tarde de enero se apareció jubiloso por el Museo Popol Vuh. Juveniles las canas del bigote, la cabeza y la barba, se plantó ante su auditorio. Con la mirada chispeante y la voz amable, invitó a hacer un recorrido por las trochas y atajos, veredas y caminos que hace cuatrocientos años emprendió el Cristo Negro.





Con Alfonso Muñoz y Eduardo Matos, el día del traslado de la Coyolxauqui al museo de sitio del Templo Mayor.



De izquierda a derecha: el guía Zambrano, Jorge Olvera, Carlos Navarrete, Eduardo Martínez, Gilberto Utrilla, y como personaje central, el gran Tláloc de los Horcones, municipio de Tonalá, el día que le dimos vuelta, 1972.



Con voz pausada, nos llevó hasta Esquipulas, Chiapas, Chiapa de Corzo, Oaxaca, Tullanká, hasta llegar a la lejana Chimayó, en Estados Unidos. En todos esos lugares –incluido el sureño Quito– hay más de sesenta y seis cristos negros; el más grandote, de dos metros cuarenta centímetros; el más pequeño, de escasos cuarenta centímetros. Porque –siguió diciendo mientras nos guiaba– el que talló Quirio Cataño, allá por 1595, por encargo de don Cristóbal de Morales, mide exactamente vara y media, y su color negro se debe no al humo de los sahumerios, sino a que el negro es el color de los comerciantes y del comercio. La voz de Carlos continuó llevándonos desde Tali (lugar negro) hasta Sisal; desde Veracruz hasta el valle de Anáhuac, y en cada uno de estos lugares un Cristo negro exornaba el altar mayor. Sobre andas o sobre barcas, vimos el moreno de su rostro repartiendo bendiciones y uno que otro milagro; desfilando complacido junto al moreno de la Virgen de Guadalupe.

Un sincretismo extraño, terminó diciendo con voz autorizada, sucedió en esta región con la conquista avasalladora: a los dioses negros prehispánicos los sustituyeron los de los conquistadores. En el lugar en que reinaba Tonancin, la *madrecita* de todos, apareció la Guadalupeana; en el sitio en donde mandaba Tlaloc, el dios de la lluvia, se entremetió San Isidro labrador, y en el reino de Huitzilopochtli, el dios de la guerra, apareció espada en mano San Miguel Arcángel.

Con la última imagen del crucificado se encendieron las luces. Para mi sorpresa, el museo se había transformado en un inmenso templo enjalbegado de cuatro esbeltas torres. En el atrio compré un sombrero adornado con tecomatíos, un par de exvotos con un ojo y un corazón, y una tableta de tierra blanca, que, con su caolín, alivia cualquier agrura. Al volver a ver, vi en una hornacina del fondo la imagen completa del Cristo Negro de Esquipulas, que sonreía satisfecha. Carlos Navarrete tomó su maletín, para seguir haciendo camino por la senda de la arqueología.

* Publicado en la columna semanal de *Siglo Veintiuno*, 3.02.99, Guatemala.



MI QUERIDO MAESTRO:

ROSKA (ROSA GUADALUPE DE LA PEÑA VIRCHES)
MALINALCO, EDO. DE MÉX. A 25 DE SEPTIEMBRE DEL 2002

Después de tanto tiempo de tener una bellísima amistad, ha llegado el momento de expresarle toda mi admiración, que desde siempre he sentido por usted.

Mí primer encuentro con usted fue “increíble”, pues no sé qué me gustó más: la conferencia sobre los mayas o el exponente; me quedé con la boca abierta (se me metieron las moscas). Al pasar algunos años, Elsa, la chica Pons tuvo a bien presentarnos, y de esta manera comienza la gran experiencia de compartir grandes momentos de mi vida “intelectual” a su lado.

¿Recuerdos? tengo muchos, pero hay algunos que son inolvidables y sobre todo memorables, como la elaboración de la tesis, que realmente fue todo un sufrimiento, ya que tenía miedo a sus comentarios, y sobre todo a que me dijera “Roska, esto no está bien, tienes que repetir este capítulo”; sin embargo, todo salió muy bien.

Una de las mejores experiencias a su lado fue nuestro maravilloso viaje al sureste; vivir, sentir, disfrutar, degustar y... todo lo demás, en cada uno de los sitios arqueológicos e históricos que visitamos; es algo que nunca podré olvidar.

Maestro, pero hay algo que es muy significativo e importante para mí, cuando me llamó para pedirme un artículo sobre los azulejos de la Catedral, para ser publicado en la *Memoria* a Noguera; mil gracias, éste fue mi primer artículo publicado.

De esta manera, con este discurso tan “fresa” como yo, quiero que sepa que soy su admiradora más ferviente, y espero que nuestra amistad perdure siempre.

Quien más que admirarlo lo quiere mucho:

Roska.



Tlaxcala, 1969. Pinturas rupestres.



CARLOS NAVARRETE: *LOS ARRIEROS DEL AGUA*

NAVARRETE, CARLOS, *LOS ARRIEROS DEL AGUA*, MÉXICO, ED. KATÚN (COL. IMAGINACIÓN Y REALIDAD, NO. 1), 168 PP., GLOSARIO DE REGIONALISMOS.

ALFONSO VILLA ROJAS



Con Gilberto y Victorita Urrilla, personajes importantes en *Los arrieros del agua*, Chiapa de Corzo, Chiapas.

Chiapa de Corzo, el lugar central donde ocurrieron los hechos relatados en la obra, está ubicado a pocos kilómetros de Tuxtla Gutiérrez, capital del estado de Chiapas. No obstante esta proximidad de una ciudad con la otra, y su conexión por la Carretera Panamericana, el lugar sigue teniendo esa aparente tranquilidad que heredó de la época colonial. Es una localidad pequeña, de siete mil pobladores hacia finales de los sesentas —cuando se recopiló la parte central de la historia—, cuyo nivel de subsistencia se apoya en el trabajo de campo y, en grado menor, en las actividades comerciales y artesanales. Es el último poblado de tierra caliente que se atraviesa antes

de iniciar el ascenso a las escarpadas montañas, donde tienen su asiento los indios mayas de lenguas tzotzil y tzeltzal, que se mantienen fieles a sus viejas tradiciones.

Por otra parte, Chiapa de Corzo ofrece la riqueza de un magnífico paisaje realmente excepcional, con su amplísima plaza, en la que destaca la esbelta fuente sin paralelo en todo el arte colonial mexicano.



Figuras de arrieros con caca, Chiapa de Corzo, Chiapas. (A) Museo de Chiapas, (B) Museo de Chiapas, (C) Museo de Chiapas, (D) Museo de Chiapas.

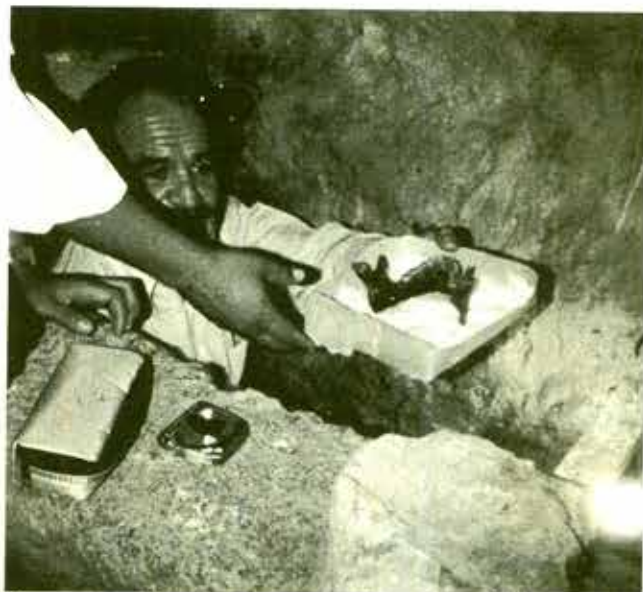
Todas las veces que atravesamos el lugar en dirección a la zona indígena, tuvimos siempre el deseo de saber algo del carácter de aquella gente, de sus problemas diarios, anhelos y frustraciones, relaciones personales y, en fin, de las motivaciones que daban sentido a su existencia. ¿Serían tan apacibles en su vida según mostraba su apariencia exterior? Aunque logramos allí algunas amistades, nunca dispusimos del tiempo necesario para adentrarnos en esa sociedad.

No fue poca nuestra sorpresa cuando, pasados algunos años, nos enteramos de que otro investigador, con inquietudes similares a las nuestras, había logrado redactar todo un volumen en el que se tocaban varios de esos tópicos que tanto nos habían intrigado. Para ello, el autor aprovechó sus largas visitas a Chiapa de Corzo y, especialmente, el trato diario con sus "peones" y su íntima amistad con uno de sus guías, con el que más años trabajó en el campo, de edad madura y vida azarosa, quien le confió mucho de ella. Tal volumen es el que ahora tiene en las manos el lector; su contenido habrá de proporcionarle aspectos fundamentales del modo de vida de esa región del sureste tan poco conocida. Se trata, pues, de un testimonio etnográfico de primera importancia que nos permite asomarnos a formas peculiares de actuar y pensar de estratos sociales que se mueven dentro de una "cultura de pobreza", según características propias de la provincia.

Su autor, Carlos Navarrete, es arqueólogo, miembro del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Autónoma de México. Originario de Quetzaltenango, Guatemala, se formó profesionalmente en México en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Sus investigaciones se centran en la arqueología, de la que ha derivado a otro tipo de trabajos, como éste que ahora nos ofrece, en el que la naturaleza del tema propicia una expresión literaria que no es casual, sino originada en su formación juvenil centroamericana.

A los 18 años de edad se integró al grupo *Saker-Ti* de artistas y escritores jóvenes de Guatemala, de bastante importancia en el terreno de la cultura durante los gobiernos revolucionarios de Arévalo y Jacobo Arbenz, en la década de 1944 a 1954. Publicó poemas, ensayos y cuentos breves.

Más adelante, en 1961, obtuvo el Premio Centroamericano de Letras con el trabajo intitulado *El romance tradicional y el corrido en Guatemala*. Su paisano Luis Cardoza y Aragón influyó decididamente en su generación y mucho tomaron de su actitud política e intelectual. Lo mismo les ocurrió con Pablo Neruda, a quien



Como peón calificado en una cista mexicana en la casa del Marquez del Apartado.

escucharon cercanamente cuando visitó Guatemala. A éste, Navarrete lo acompañó en parte de su recorrido por las zonas indígenas del occidente del país, y de las pláticas nació su interés por recopilar textos de tradición oral y poesía popular; sin embargo, el mismo Navarrete considera que las mayores influencias –aun en su búsqueda arqueológica– le llegaron de la vieja literatura hispanoamericana, sobre todo la novela del campo que se leía y discutía mucho en la Guatemala de esos años.

En cuanto a las circunstancias que lo condujeron a la creación de esta obra, nos parece oportuno incluir aquí unos antecedentes. El autor llegó a Chiapa de Corzo como miembro del equipo de arqueólogos financiado por la New World Archaeological Foundation, con objeto de explorar los vestigios de un antiguo centro prehispánico. Las temporadas de trabajo se prolongaron por varios años, en el curso de los cuales fue haciendo amistad con el personaje central, al que sólo llama Reinaldo. Éste, en sus años mozos, había sido arriero y se sabía de memoria cuanta vereda, lugar y persona existía en los contornos. Su existencia estaba íntimamente ligada al acontecer del pueblo, así como a sus costumbres, creencias, prácticas y expresiones; de ahí que sus narraciones tuviesen siempre ese toque de realismo y vivacidad propio del observador participante. Fue esto lo que alentó al autor a registrar la biografía oral del informante, la cual procuró enmarcar con los datos procedentes de su larga convivencia en el lugar, intercalando otros personajes y situaciones, incluso ajenas a aquél, pero que ocurrieron en el mismo pueblo, en las rutas de arrieros, o que llegaron de oídas.

Una vez reunido el material suficiente, Navarrete redactó el primer borrador y, con el apoyo de una beca del Centro Mexicano de Escritores, procedió a darle su estructura final.

Los veinticuatro relatos que integran la obra representan no sólo aspectos de la vida "cruzada" del personaje, sino también la de su misma comunidad. El resultado es una especie de "autoetnografía", según término acuñado por Kroeber (*A Southwestern Personality Type*, 1947) para referirse a los casos en que el relato autobiográfico de un individuo permite re-



Con Nati y el compositor Jorge Sarmientos en Bellas Artes, México, 2001.

construir la etnografía de su propio grupo. Este recurso se ha empleado con cierta frecuencia en estudios antropológicos, a fin de obtener conocimientos específicos de índole diversa, tales como las referentes a tipos de personalidad, cosmovisión, influencia de la cultura sobre el individuo y otros más. En el mismo estado de Chiapas se ha aplicado tal método en libros como el conocido *Juan Pérez Jolote* de Ricardo Pozas, y *Los hombres verdaderos* de Carlo Antonio Castro. El propio Navarrete ofrece otro antecedente en su biografía de un curandero chiapacorcenño, Cristiano Cuesta, que incluye en un libro anterior, las *Oraciones a la cruz y al diablo*, que es una recopilación de textos religiosos del centro del estado publicados por la Escuela Nacional de Antropología.

El acercamiento a la cosmovisión de un grupo indígena tzetzal, usando los relatos de un solo individuo de nombre Manuel Arias Sohom, fue ideado y dirigido por el famoso antropólogo Robert Redfield, mientras que el trabajo de campo quedó a cargo de la antropóloga Calixta Guiteras. La obra que ésta produjo, con el título

de *Los peligros del alma*, ha sido incluida entre las mejores de la etnografía mexicana.

En el caso de Carlos Navarrete y los relatos que integran *Los arrieros del agua*, su empeño alcanza significación similar, dado que el mensaje que transmite sobre la condición humana es de los que dejan huella. Además, la narración con su espontaneidad y apego al estilo verbal —que cubre desde la costa hasta la frontera con Guatemala por los Altos—, con sus giros peculiares, proverbios y localismos, ayuda a situar la región en que acontecen los relatos. El personaje central absorbe otras vidas y enlaza distintas experiencias, de ahí los contrastes de su carácter y los atisbos filosóficos encontrados que tiene de vez en cuando. Ya en el ocaso de su vida, hace una compacta síntesis de la misma, más personal e íntima, en la que muestra una visión que en ocasiones puede parecer fatalista:

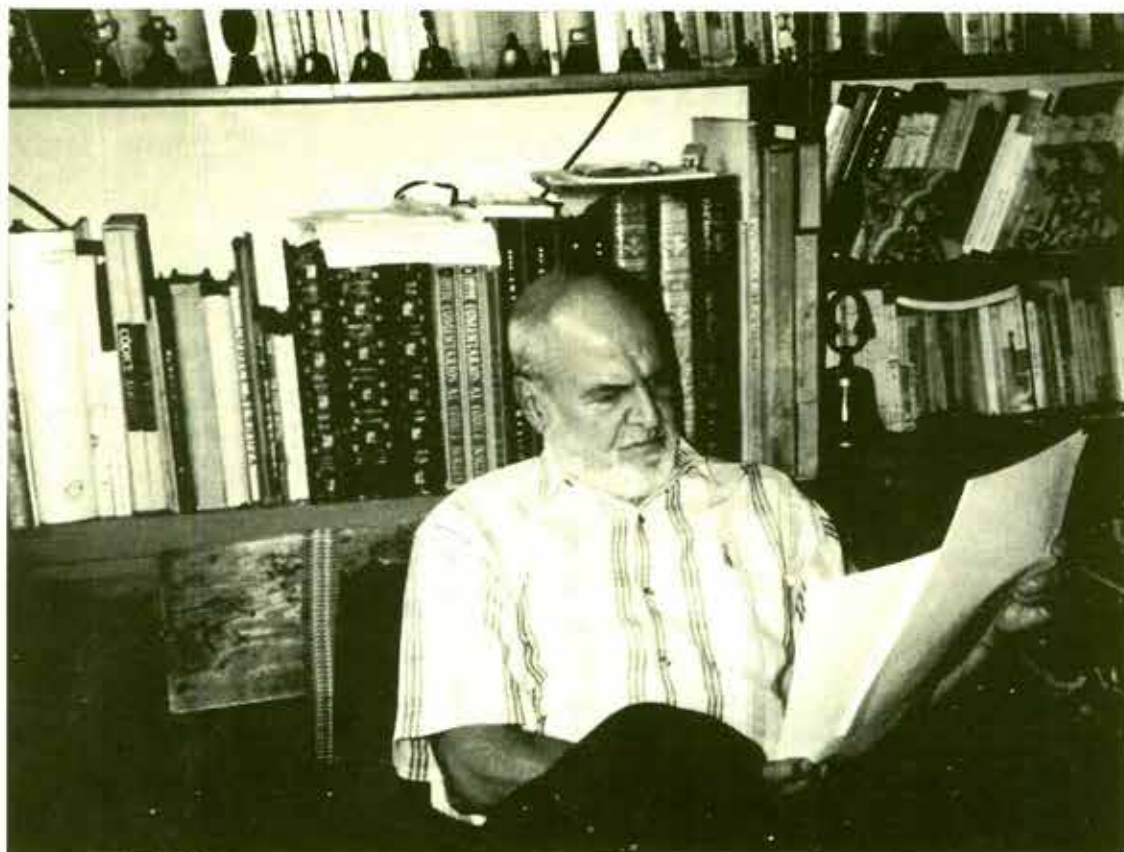
Así me imaginé la forma en que debí nacer; y al ir trayendo mis pasos me di cuenta que es inútil pedir más porque todo fue como debía, alegre o triste, y si por un lado di por el otro me llevé la chinga merecida. Estuve en la cárcel penando y gocé la libertad que quise. Tuve madre y la perdí, tuve padre y apenas me acuerdo de él. Me crié con cuatro hermanos, logré esposa, suegros de buena pieza, y un hijo que siempre estuvo y ahora se comienza a ir.

Para qué más. Si de muchas cosas ya ni me acordaba y de otras trato mejor de no hacerlo. Y por mi cuenta corre que no me voy a acordar nunca, porque no le voy a echar vinagre a esta canija suerte de estar baldado y sin el gusto de enmascaramme para salir a bailar.

Tales son las reflexiones de este "cuentero", con sus recuerdos familiares, de las relaciones amorosas, del trato entre amigos, de las festividades religiosas, del duro bregar por la simple subsistencia, y de muchas cosas que forman la urdimbre de la sociedad.

A la manera de lo que ocurre en la vida real, unos relatos se entrecruzan en nuevas versiones y una plática de la costa se repite en las montañas y los personajes viajan. Hay técnica de investigación folclórica presente, reconstruyéndose cuentos y oraciones con la participación directa del autor. La etnografía que se estudia se tiene que vivir.

Muchas cosas han variado desde la época última del libro, que ocurre antes de los terremotos de 1975 y que cambiaron mucho la fisonomía de la población. Tuxtla Gutiérrez, vecina capital del estado, cada vez más desarrollada, también está incidiendo en los cambios, pues hay cada día mayor cercanía física y económica. Pero mucho de la herencia cultural sobrevive, se aferra y se adapta; y en esto el presente libro constituye un valioso testimonio.



La cueva urbana del D.F.

LOS SANTOS PATRONES*

JESÚS MORALES BERMÚDEZ

Las pestes, las epidemias recorrieron como azote nuestros pueblos, los de Europa. Calamidades por la lluvia fueron pan de muchos años, lo mismo para Tenochtitlán que para los valles de Hueyzacatlán. Aparte, los padecimientos de guerra, los males de mujer, los dolores de diente o el mal de ojo escaso problema representaban para una avanzada herbolaria y técnica quirúrgica. Sólo Tláloc se mostraba incontenible por más templos, monumentos, sacrificios y degollinas. Señor del agua, permaneció como Señor de la vida o de la muerte. Cada nuevo ciclo agrícola es preciso reconocerlo para que muestre así su rostro propicio: el de la abundancia de la tierra. Si se desborda no hay sino invocar conjuros que calmen su cólera, mas nunca sequen la lluvia, y el equilibrio señoree, sin temor de la vida o de la muerte. Y la muerte, incontenible, llegó con los galeones de la España. Pestes, epidemias, desolación, descendieron a la América como escapadas de una caja misteriosa, quizás como la de Pandora. Bien podríamos rememorar las travesías de Nosferatu, conde de Transilvania, trasladando sus ataúdes, algunos con tierra, algunos con ratas, algunos con el aire maligno de un erotismo arraigado, fascinante y fatal: de muerte.

Esta imagen, conjunción mórbida en que se impelen delectación y muerte, provoca condena y rechazo. Las doncellas se cautivan ante el vampiro, gustan tanto el agujón de colmillos sobre su cuello que en pos de él pierden sueño, interés, corporeidad, liga con los elementos de la Tierra, como no sea la sangre, líquido vital que sorben

lenta y abundantemente. Si los vampiros abundasen la muerte se extendiera sobre la faz de la Tierra. Mejor vencer a la muerte con la muerte y expulsarla de los pueblos, de las ciudades, hacia un lugar de reclusión: cementerio o cripta de los templos. Quede clavada, estacada bajo la tierra, recubierta con los signos del poder —la cruz— y no asome devastadora, de nuevo, por entre las calles y las plazas. Pelear con la muerte es a veces vencerla, a veces correr el riesgo de que alguna casualidad, algún descuido la levante de su yacencia y de nuevo se avorace sobre los cuellos hermosos de las mujeres, sobre los recios cuellos de los varones. Cruces y ajos, fe y herbolaria resguardan la vida, más el encierro, la distancia del mundo. Y cuando la peste reina, desenfrenarse ante lo evidente de su victoria. Tal la resultante cultural de las pestes europeas, tal su actitud ante la muerte.



Incómodo, pero higiénico.

De México se ha exaltado hasta la saciedad una forma de relacionarse con la muerte. Ni expectantes de resurrección ni aferrados a la vida, bella sí, pero difícil; el privilegio del hombre se encuentra en el juego, a veces gozo, a veces amargor. Jugar con la muerte puede lo mismo provocar risa y disfrute que desesperanza y pena. Oscilando entre el efectismo arábigo, el conflicto europeo y el naturalismo indígena, en México se rumia lo amargo cual si fuera dulce o se conduce a risa lo que desde otros ojos es la entraña misma del dolor. Samuel Ramos, Robert Escarpit, Octavio Paz, grandes autores se han ocupado de este llamado “fenómeno nacional”. No abundaremos más aquí, pero quede señalado como peculiaridad.



El sol se va, llega la lluvia en Chinkultic.

Sin tener diferencias radicales con el resto del país, existen particularidades en la relación con la muerte en Chiapas, parece decirnos Navarrete en libro anterior y en éste de San Caralampio en Comitán. El primer texto de referencia: *San Pascualito Rey o el culto de la muerte en Chiapas* reviste direccionalidad mayor. Se trata del culto a un

santo en forma esquelética, con romerías floridas como en los entierros, con cantos y coplas de moriduría. El paso del santo por las calles de la ciudad, el acompañamiento procesional de la gente bien pueden ejemplificar la costumbre de los sepelios cuando el difunto era conducido en carreta, el cortejo detrás, hasta dejarlo en la fosa y volver con la certeza de que el hoyo es hoyo y el vivo perifollo. Vaya, entonces, San Pascualito delante y muerte como es, la muerte le alcance tan sólo a él y a los de atrás conserve pacientes en la vida, como los deudos a la vuelta del camposanto.

En *Documentos para la historia del culto a San Caralampio* encontramos otro momento de esta relación. San Caralampio aparece de manera casual, relacionado con la peste de 1850. Don Raymundo Solís, afiebrado lector de una novela, crea la primera imagen y el culto. Dicha imagen y dicho culto, vinculados inicialmente con la novela del *Mártir Caralampio*, lo hacen salir airoso de la inminente muerte que ya le ocasionaba un judío. El vencedor es el santo; el judío, converso. Judío como imagen iconográfica, no exento de la carga teológica que lo identificaba con la perdición y la muerte. La muerte, entonces, se representa con el Señor de la Victoria. ¿Se la puede temer? Inicuo

fuera. Teniéndola sujeta a él, vaya con nosotros dondequiera. A nuestra casa sobre todo. Y allí está, en los oratorios de Comitán, en los altares, en las casas de los comitecos en México o dondequiera se encuentren, merced a ese afán chiapaneco de cargar con lo propio como bastimento en un morral. Se extiende el bastimento sobre un mantel, se convida a los amigos, a los de al lado,

se sabrosea con temperante y pan. Así San Caralampio se encuentra en otras casas no comitecas, como extensión dadivosa, merced a su milagrería (la exclusión posterior del judío en la iconografía bien puede obedecer a la apertura ecuménica que descargó a los judíos el fardo centenario de ser los asesinos del Cristo).

Más acá de las anteriores consideraciones derivadas de una lectura del presente libro de Carlos Navarrete, llama mi atención otra cosa. Algunas muy recientes novenas del santo lo hacen provenir cultural y nativamente de Polonia, Rumania o Checoslovaquia. ¡Vaya uno a saber! El santoral católico lo ha discontinuado, lo mismo que a San Cristóbal. La feria, empero, continúa. Sin entrar en otro tipo de análisis, es cosa de saborear en el libro la manera cómo es elegido San Caralampio y cómo nace un culto ahora hondamente enraizado. Al leerlo no pude menos que recordar el vano afán del primer obispo de Tabasco: como viese que su feligresía se mostraba asidua al festejo del Corpus Christi en el pueblo de Tila, estado de Chiapas, con romerías interminables y seguramente abundante derrama de capital en honor de un Cristo negro, de Esquipulas, regionalmente conocido como "El Señor de Tila", pensó este digno obispo en la necesidad de retener la práctica religiosa dentro de su mismo estado. Luego de cavilaciones y acordado que lo hubo con algunos lancheros convino el apareamiento. Cierta madrugada cundió el bullicio en Villahermosa. Lancheros y pescadores corrían, señalando al río, en medio de algazara, jurando y perjurando haber encontrado entre sus lanchas un Cristo que se les apareciera. Al vocerío llegó el obispo, con sacerdotes, incensario y palio. Se postró ante el Cristo aparecido, lo condujo en procesión hacia el centro del poblado, habló de lo maravilloso que fuera "El Señor de Tabasco", pues que así se manifestaba al pueblo; convino en la construcción de una catedral-santuario y echó las campanas al vuelo. Con eso terminaba la fuga hacia otro lado. Pero cuarenta y cinco años



Una mensaje de despedida: jóvenes arqueólogos, aprendan a gozar su profesión...

después ni se finaliza la catedral, ni merman las romerías a Tila, ni termina por arraigar "El Señor de Tabasco". San Caralampio, en cambio: "En esa época que don Raymundo daba a conocer su santo, Comitán fue invadido por la peste de viruela y el cólera *morbis* que arrasaron con muchas vidas. Don Raymundo con toda su familia se fueron a Tzeltón y oraban todos los días ante la imagen de su San Caralampio, dando la casualidad de que en su rancho y en los circunvecinos no se hubiera registrado un solo caso de la epidemia, atribuyéndose por don Raymundo y todos sus vecinos, así como algunos de Comitán, que eso se debía a la existencia en ese lugar de la imagen de San Caralampio, título con el cual ha sido reconocido desde entonces por todos los habitantes de Comitán y fuera de ella", al decir de Navarrete.

De entonces todo devino como devienen las cosas en los pueblos: adquisición de terreno, construcción de templo, encargo y compra de imagen (pero de bulto), promoción de festejo y fiesta. Es cosa de admirar, como en 1989: "La descubierta de hombres a caballo (uno de ellos luchó desesperadamente por pararlo en dos patas durante todo el desfile). Entre ellos los primeros disfrazados: una banda de



En la cueva de Los Andasolos, con una estela preclásica.



Con don César, su maestro de la vida y su caballo *El Fierro*.

apaches con dos mujeres, un africano tizado, un cavernícola, varios fachudos y el tradicional grupo de charros. Detrás de los jinetes un bonito contingente: los tocadores de pito y tambor; veintiocho tamboreros reunidos de diferentes comunidades le hacían ritmo a tres pitos, en ciertos pasajes sólo a uno, turnándose la melodía, de asociaciones participantes. Entre los músicos algunos hablaban tojolabal y unas diez mujeres vestían el traje. La parte indígena de la columna". O la otra visión de antiguo, cuando llega "la noche del día 20 de febrero, fecha dedicada a la imagen, desde el más rico hasta el indígena tojolabal, codo con codo se reúnen en la plaza principal de la ciudad para realizar aquella ofrenda que dura varias horas en desfile perfectamente organizado, llevando las mismas velas y flores que en su mayoría son las olorosas orquídeas y los blancos lirios de la sierra, siendo recibidos con repiques de las campanas y cohetería".

El libro nos hace discurrir entonces con naturalidad. Pareciera todo como dado de manera espontánea. El pueblo vive todo gusto y el antropólogo *más se divierte viendo que gastando*. Sólo que esa espontaneidad, el decurso fluido de las cosas nos aparece porque antes fue recorrido de manera documental, y fue visto con ojos de etnohistoriador y fue visto con ojos humanos. Uno de los grandes méritos del libro se encuentra en eso: en que edificando un texto de etnohistoria, de manera lúcida, metódica, no deja de ser lúdico, es decir, humano. Claro que a Navarrete le interesa explicarse el origen, el desarrollo, las formas del culto a San Caralampio en el pueblo de Comitán. E interesándole verdaderamente no deja de mirar y comparar los diferentes momentos. Anota los cambios entre un festejo tradicional y los observados en fecha reciente, cuando la electrónica, las importaciones alcanzan todos los rincones de nuestra Tierra. A más de eso, dilucidar la memoria, volverle el significado al significativo, el mito al rito. "Los diablitos [nos dice] y muerte que antaño encabezan la peregrinación,

mencionados por la señora Albores en su crónica, todavía salen pero sin la relevancia que tuvieron, confundidos con los demás [...] Este aspecto debiera profundizarse, porque a medida que logremos acercarlo a la peste de 1850 estaremos frente a una tradición derivada de aquella crisis. Nada extraño; en Chiapas las plagas de la Colonia dieron paso a manifestaciones religiosas populares centradas en el culto a la muerte."

Aun lo anterior, en Navarrete no existe juicio. Contempla las cosas y las contempla así, como cosas de los hombres; cosas acaso necesarias, acaso absurdas, o fatuas; cosas de los hombres, de gran importancia pero sin importancia, como juntarse para celebrar la vida o la muerte... o celebrar a San Caralampio, imagen, esperanza o sueño que permaneció en esa como caja de Pandora, cuando aquellos días de la peste.

Y la peste, forja de ilusiones y consejas, ha dado a San Caralampio, aparte de una iconografía hermosa, una biografía singular. Nunca el fuego alcanzó sus carnes, el látigo su piel. *Cur nobis dicis si vere es Christus?* le preguntaban, cuando ya los cielos se abrían ante él. Genio popular e ingenio emparentan maravillosamente con las antiguas vidas de los santos, con el complejo, terrible catálogo de nota roja conocido como *Martirologio Romano*. En él, sin una gota de sangre, Caralampio alcanza la santidad.

La grata lectura del libro *Documentos para la historia del culto a San Caralampio* suma disfrute al tanto que ya Navarrete —hombre de Chiapas y de Guatemala— nos ha donado. Su agudo ingenio de investigador se suma a un suelto gusto por la palabra. A ratos las fronteras entre ciencia y literatura caen; nos prefiguran lo posible de una literatura total, o a la inversa, de una ciencia literaria. Mientras esperamos nuevos textos de una pluma bien lo podríamos parodiar: *Santísimo Navarrete / danos riqueza y placer, / ahuyenta los malos ratos/ con tus obras por leer.*

* Texto leído en la presentación del libro, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1990.

UNA NOVELA CHIAPANECA: LOS ARRIEROS DEL AGUA*

CARLOS ILLESCAS



Iker Larrauri mostrándoles la ciudad de México a tres estudiantes centroamericanos, Méndez, Navarrete y el "tico" Arroyo Soto, 1952.



Gabriela Salinas, Navarrete y la chica Pons, en una práctica de campo. Oaxaca, 1977.

En 1984, la editorial Katún –desaparecida hace ya largos años– publicó el libro *Los arrieros del agua*, de Carlos Navarrete, novela hilvanada frente a la realidad mestiza del sueño permanente que es Chiapas, donde todo bostezo medieval halla su réplica. La segunda edición salió con el sello de la benemérita editorial Praxis.

Con frase tan torturada, deseo expresar que Carlos Navarrete supo indagar en las cosas de Chiapas lo que persiste en las órdenes de cuentos, leyendas, irrealidades con traje de fantasma, pero puestas ahí, de tal forma, que suplen la verdad de las cosas con ventaja.

No se trata de una novela que quepa en los presupuestos preceptivistas. No. Se trata de la acumulación endemoniadamente ordenada de cuanto es identificación del mestizaje, sobre todo en una región donde los conflictos de clase son cosa del día. El texto de Navarrete corre como río cuyas riberas se pierden con frecuencia. A veces, es lo probable, se magnifica en personajes dueños y señores de las artes de no envejecer debido a no saberse en qué momento nacieron o si ya rindieron el espíritu, y en caso de ser así, entonces –es la pregunta– ¿qué andan haciendo fuera de la sepultura? Más parece cosa de mitos contados una y mil veces bajo la ceiba de la reuniones tribales.



Generación 74-78 en la pirámide del Apartado, durante una clase, 1977.

Y como no se trata de una novela a la usanza actual, entonces el autor nos muestra caminos que llevan al reconocimiento de personajes que nosotros, los lectores, fabricamos a la imagen y semejanza de la imaginación, de la picaresca, suma de los delincuentes que un día nos dieron cruz, espada y encomienda. Pero no hay tragedia. En *Los arrieros del agua*, el refranero, lo apologético, la invención, los fantasmas refrendados en sus travesuras, el trazado de los signos intersubjetivos de los indígenas que se marginan de los blancos abusivos, en fin, componen cuadro tras cuadro sin que falte el marco antropológico condigno.

La novela ha llevado con ella un destino; éste, constituir una especie de panacea. Para todo sirve, y leída con detenimiento, hallamos en sus páginas secretas fórmulas de encantamiento, conjuro contra el maligno, alabanzas, sobre todo, para el Señor de Esquipulas, tanto el de Guatemala, como los que se adoran en Chiapas y otras partes. Parecería que su autor se equipara a un mozárabe contemporáneo en cuyo dominio de las ciencias de la hechicería y el espíritu en general, menudean palabras árabes, hebreas, célticas, otras góticas y, desde pronto, espíritus hechos expresión provenientes del latín en sus formas tahurescas y prostibularias, palabras no siempre afines.

El mestizaje, pues, retratado de cerca en Chiapas, buena parte de Guatemala, Tabasco, Campeche y también Oaxaca, donde Andrés Henestrosa es dignísimo chamán.

Sólo imaginen ustedes que leyendo la sorna o la ternura, el barroco en el barroco o la llaneza de gente hidalga, uno entra en contacto con el Arcipreste de Hita y la Celestina merced a un refranero vivo y a las malas mañas de hombre y mujeres condenados a todos los infiernos por el Arcipreste de Talavera. Y comprendan al verificar los malos ensayamientos de las mujeres contra los incautos varones, topar con el *Sendebarr*, el *Panchatantra*, el *Libro de los gatos*, de un tal Odón de Cheriton, y otros muchos compadres que sabían en retahíla perpetua las *Danzas de la Muerte*.

Y si caminan aprisa en el tiempo se verán en los salones de don Melchor de Santa Cruz y Dueñas, uno de los

escritores más averiguados de nuestra lengua; éste más periodista que cronista y más cronista que formador, ponía los acentos en todo cuando es ingenio. No dejó títere con cabeza sin que en ello haya faltado el respeto a sus majestades, al contrario de Rodrigo de Cota y el lengualarga de Antón de Montoro, uno de nuestros más ilustres pornógrafos. Y así y pronto estaremos haciendo antesala en casa de León Hebreo a fin de que diga cómo ejerció su seducción sobre el Inca Garcilaso de la Vega, el fundador, sin duda, del mestizaje en nuestros países. Y terminó con todas estas cosas que mucho habrían satisfecho a don Panchito Monterde y otros lectores de textos donde la vida se construye con palabras, ya aplanchándoselas, ya encogiéndolas, ya actuándolas como los personajes de *Los arrieros del agua*, novela en la que Carlos Navarrete nos ofrece su humildad a fin de que entendamos que América, en el caso Chiapas, es crisol de un mestizaje puesto a la mano de la salvación del alma.

Carlos Navarrete es un distinguido arqueólogo al mismo tiempo que medio brujo, como se reconoce él mismo y reconoce en todo aquel que desee desentrañar los límites del mundo indígena, trazados de este lado por Dios y del otro por el diablo.

Navarrete aporta una serie de filtros que pertenecen al Chiapas de las altas sierras, de los de tierras abajeñas, de los que neutralizan la voz de sus espejos al vivir en Tuxtla Gutiérrez distraídos por llegarle a la modernidad y, en su caso, al chatarrismo. Navarrete



Con Álvaro Mutis y Fernández Retamar, Jornadas Carlos Pellicer, Villahermosa, 1992.

sabe, pues, cómo se tiñe el verde. Y en ello van otros mundos amaestradores de los ecos provenientes del mayismo de Guatemala, país donde Navarrete, dice, vio la primera luz.

Un guatemalteco chiapanecado, o un chiapaneco aguatemaltecado son otra cosa: son como el diablo con dos colas, y en la punta de cada rabo un cascabel distinto. Navarrete lo sabe y por ello cuando se sienta a componer su sinfonía de los adioses, ésta le resulta de bienvenida, y para lograr el truco ha puesto en tiempo la chirimía de las cosas de la naturaleza, el *tun* del subconsciente colectivo repercutiendo en la visita de todos los fantasmas que van y vienen de México a Guatemala y viceversa, sin más pasaporte que la inmaterialidad. Ésta es la única carta de identidad en quien chiapanequiza la permanente angustia de ver en Guatemala ríos de sangre sin mitigación inmediata.

Yo, como otros muchos, leí *Los arrieros...*, me desquijaré de tanto reír, de tanto afinar la pupila para espiar sin perder detalle del hilván literario de todo un país, eso que es Chiapas, donde la América del Sur se abre de brazos. Risa y más risa, para desengañar la solemnidad a la vista de los personajes trazados con minuciosidad, con un par de brochazos a fin de recordarnos que la literatura mestiza es educación del ojo más que del oído, comentario más que profundización, hecho más que suceso, y todo ello bajo la mirada atenta del Inca Garcilaso de la Vega, el neoplatónico, el lector ceñido de León

Hebreo. Y juntamente con el Inca hacen cuerpo de presencia Concolorcorvo, don Antonio de Remesal, Asturias, la gran lengua de Laco Zepeda, la mala leche de los coletos, la cazurrería de los conejos y la cruda de caracol panteonero de los chapines.

Pienso que ha llegado el momento de hacerle justicia a esta novela. En su primera edición se conjuraron todas las formas del infortunio, la más detestable el hecho de que la señora Consuelo Moreno cerrara Katún y dejara a medias la distribución de un libro recomendado hasta la saciedad por Juan Rulfo, quien lo trabajó con Navarrete cuando éste gozó una de las jugosas becas del Centro Mexicano de Escritores. Rulfo no cabía en sí de satisfacción al recomendar la manera de narrar de Navarrete, la penetración merced a las formas legítimas e ilegítimas de un folklore lozano, vivo y tan bien instrumentado que la mejor orquesta de aquí y allá no hubiera dudado en darlo a conocer a un público atento.

Esta novela, pienso, sería la mejor aportación en la hora actual para ver de soslayo y de frente un estado como Chiapas, donde el tiempo nunca encanece.

Y aquí va un vaticinio. Por el hecho de ser Carlos Navarrete ajeno a grupos y grupas ya conocidos, y de ser Praxis una gran editorial al margen, ¡a esta hora!, de la globalización, el silencio a esta obra maestra se hará todavía más enconado.

* Texto inédito, leído en la presentación de la novela *Los arrieros del agua*, II.67.1997



Comida de maravillosos 80 años de Constantino Reyes Valerio; de izq. a der., el maestro José Servín y Sra., el quinceañero, Alfredo López Austin, Beatriz Barba, Carmela de Mtz. Marín, Martha Lujan, Elsa H. P., Carlos Navarrete, Carlos Martínez Marín. 14 de diciembre de 2001.

EL ARQUEÓLOGO PREFIGURA SU TUMBA

CARLOS NAVARRETE

*Para ti fue destinada la tierra
Antes que salieras de tu madre*
Anónimo anglosajón. S. XII.

I

Me adornarás,
vendrán a mi las mariposas de la noche.

En el rincón de las sombras
de sueños estarás quieto,
sin tiempo para comprender tu infierno.

Te condecoran leyendas y crespones
y el sudario asume el mismo protocolo:
la alfombra negra, grises las cortinas,
los cirios, blancos en plata rebosante,
de unos a otros los signos en esdrújulo;
los murmullos en olas, los espirales de humo.

Para ti es diferente
de una palabra a otra
porque estarás desnudo,
manchadas las galas de tu mortaja.

Del viento en el ciprés
las pisadas rozarán el nombre
y por la risa sabrás si te olvidaron.
Yo guardaré el embate del invierno
pues tú querrás dormir.

II

Profanaron de los gentiles
el túmulo sepulcral,
demolieron la puerta del triunfo
y el mármol del obelisco:
irrespeto a la cista de la ofrenda
y a los huesos esparcidos del cacique.

Hoyaron para tu vanidad
los muros catedrales,
mil ciudades ardieron
abatidas lunas y minaretes,
el bronce alado, torres, cruces.
La cista recobró los alaridos
enrojecido el foso y las murallas.

Dejó de arder la lámpara votiva,
borróse del copal la letanía.
No hay danza, ni registro o calendario.

No tienes escapatoria,
La memoria la signan los que mueren.

III

Poseeré tus ojos, la lengua,
el olor no compartido,
tu carne-lava.
Devoraré las tablas
y los hijos de la humedad.
Te haré creer en el festín pagano,
que la sal y que el vino
y el hartazgo final.

“Todo a un tiempo será”,
lo dice tu epitafio.

Le tiendes la cena a los gusanos.

IV

Solar fui de los antepasados,
casa nueva de tu presente.
Mantenla limpia,
desde que tapiaron la luz
el comején escarba
y él mismo se torna madriguera,
la araña flota en la tela de la mosca,
la mariposa presta alas al ciempiés,
vuelo ciego a la inversa de los días,
color tan sin color...
es que ahora me verás por dentro,
penetrado en la entraña,
corrompido en la perseverancia
de la oruga.

V

Te haré saber de los sollozos
y del enigma de los alcatraces
en la turbia presencia del florero.

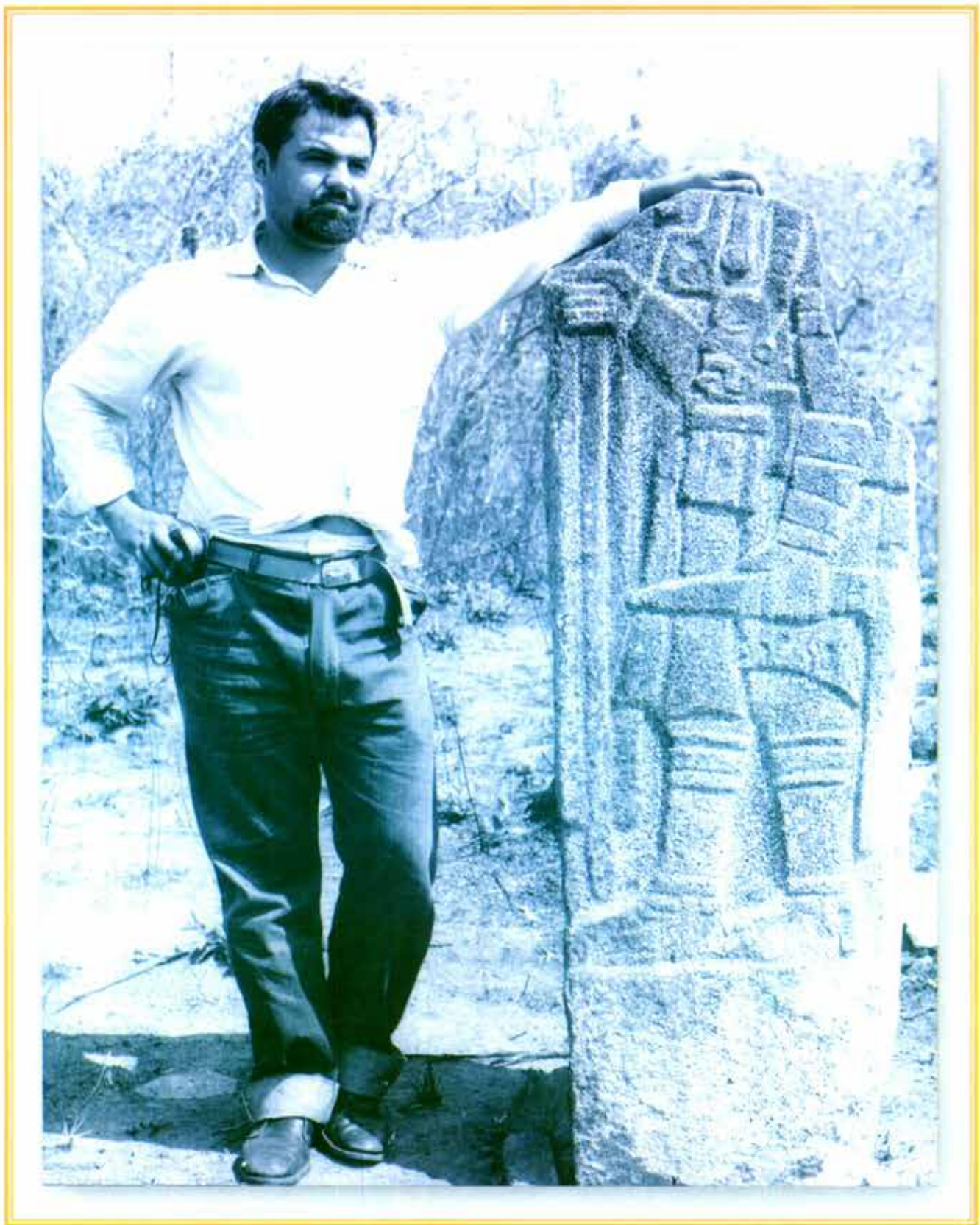
Antes que mis ruinas
tu carroña.
Antes de que en mis grietas
la yerba se estremezca,
serán tus huesos memorial de nada.
Se hundirán los cimientos donde yaces,
lagartijas serán mi gusanera.

Hijo de la tierra no serás
ni volverás al polvo,
no habrá toque final que te despierte,
ningún testigo exculpará tus faltas.
En la hora del negro y el despojo
nadie esgrime balanzas ni tridentes,
solo el silencio.

Las tumbas carecemos de sepulcro.
Estoy condenada
a velar por siempre un imposible.







 **CONACULTA • INAH** 